



Esposa oculta

Carrie Weaver

e lit

Esposa oculta

Carrie Weaver

Sinopsis

¿Cómo había acabado siendo la otra mujer? Y peor aún, ¿cómo había acabado siendo la otra esposa...?

Hasta que Eric entró en su vida, Maggie McGuire había llevado una vida impecable. Ahora se veía obligada a cruzar el país para pedir ayuda para su hijo, no para ella, a la familia de Eric. Una vez allí, descubrió con horror que Eric ya estaba casado.

J.D. McGuire estaba acostumbrado a solucionar los enredos provocados por su hermano, pero aquél era el peor de todos. Y antes de que pudiera hacer nada, Eric fue asesinado y Maggie se convirtió en sospechosa. Aunque le habría encantado alejarse de todo aquello, J.D. no tardó en darse cuenta de que deseaba ayudarla. Pero, ¿cómo iba a confiar en ella si sabía que le estaba mintiendo y que su hermano no era el padre del hijo de Maggie?

Prólogo

Catorce dólares y treinta y siete céntimos eran todo lo que se interponía entre Maggie McGuire y la indigencia. Se metió el cambio en el bolsillo, junto con los billetes húmedos y arrugados.

El área de descanso de la autopista de Oklahoma estaba bastante desolada para ser viernes por la mañana. O eso imaginaba Maggie. Ella raramente se aventuraba más allá de los límites de Arizona.

Echó una miradita por la ventanilla del coche y vio que David se retorció mientras dormía. El asiento del coche era demasiado estrecho. El bebé necesitaba espacio para estirarse y rodar.

¿Qué clase de madre arrastraría a su hijo por todo el país hasta Arkansas? ¿Y para qué? ¿Por si acaso Eric reaparecía en aquella reunión familiar? ¿Eric, que pensaba que la familia era un lastre en su vida?

Maggie se había dicho que no tendría que llegar a aquello, que perder el trabajo no era el fin del mundo. Sin embargo, había descubierto rápidamente que no había muchos trabajos a los cuales pudiera llevarse a su bebé, sobre todo en los trabajos nocturnos. La guardería donde había trabajado durante los seis meses anteriores había sido perfecta, pero el edificio iba a ser demolido y en su lugar se construiría un centro comercial.

Mientras se apartaba el pelo de la frente, se imaginó que la coleta se le habría deshecho en algún lugar de Nuevo México. En aquel momento tenía la melena rojiza suelta, salvaje, recordándole que no podía permitirse ni un corte de pelo.

Eric.

Miró al cielo. Estaba despejado, y el aire era fresco y cálido.

Inocente.

Ella también había sido inocente, hacía mucho tiempo.

David comenzó a gimotear.

Maggie miró a su bebé, y experimentó un fuerte sentimiento de protección.

Eric había echado por tierra sus sueños, pero la había dejado con un regalo precioso.

Un regalo al que casi se le habían terminado la leche en polvo y los pañales.

Sintió pánico al hacer recuento del contenido de la bolsa del bebé. Había cuatro pañales y cuatro dosis de leche. A Maggie le ardían los ojos mientras su mente fatigada hacía las cuentas.

Aquello le concedía seis horas más, como máximo. Y quedaban todavía ocho para llegar a McGuireville.

Precisamente en aquel momento, el quejido de hambre del bebé resonó en su cabeza. David tenía clavados sus ojos en ella, con una mirada suplicante. Como si su culpabilidad maternal no fuera suficiente, Maggie estaba segura, por algún motivo, de que las autoridades sabrían el minuto exacto en el que la última gota de leche pasara por los labios de David. Y se lo quitarían. Exactamente igual que se habían llevado a su sobrina, Emma.

Maggie irguió los hombros y se apartó de la cabeza el espectro de que podía perder a su hijo. Nadie podría decir que era una madre inepta cuando tuviera un graduado en la mano y un trabajo decente. Pero, hasta entonces, debía la renta y las clases. Y entre ella y las autoridades sin nombre y sin rostro que la obsesionaban sólo se interponían catorce dólares.

El grito de hambre de David hizo que se pusiera en acción. Abrió la puerta del coche y desabrochó el cinturón de seguridad de la silla. El niño se quedó muy quieto, esperando con impaciencia.

Ella le besó una mejilla húmeda por las lágrimas, y después la otra.

—No te preocupes, cariño. Mamá va a arreglarlo todo muy pronto. Sólo quedaban ocho horas más hasta McGuireville.

Capítulo 1

Maggie irguió los hombros y se preparó para lo imposible. Hacer una escena.

La puerta del gran salón de baile estaba ante sus ojos. Debido al dolor de cabeza y a los gritos de David casi le resultaba imposible pensar.

—Shh —dijo, y se colocó al bebé en la cadera—. Mamá lo arreglará todo, cariño —le prometió, aunque su tono de voz no era convincente, y sólo consiguió que el niño llorara aún con más fuerza.

Tenía que hacerlo. No le quedaba más remedio.

Abrió la puerta antes de que el estómago se le rebelara por lo poco que había comido y por un terrible miedo a las confrontaciones. Al entrar, sintió una oleada de aire acondicionado, y el ruido sordo de las conversaciones se cernió sobre ella.

El aroma de la comida, de los platos de carne, pescado, verduras y patatas, consiguió que le rugiera el estómago de hambre y que se le hiciera la boca agua. Pareció que incluso David se calmaba por aquella abundancia.

Ella recorrió a sala con la mirada. Lo habría conocido en cualquier parte. Maggie podía estar ciega, sorda o aturdida, y aun así, sabría que él andaba cerca. La mera electricidad que provocaba su presencia era suficiente para causarle escalofríos.

Nada.

Maggie observó los preciosos vestidos, los trajes de verano. Sus pantalones vaqueros desgastados y sus zapatillas deportivas viejas no estaba a la altura, ni mucho menos.

—Creo que no voy adecuadamente vestida —le susurró a David

—. Deséame suerte.

Le pareció que tardaba años en atravesar el salón, aunque sabía que debía de parecer un corredor de marcha moviendo los codos, concentrado en llegar cuanto antes a la meta. Finalmente, llegó hasta la tarima y se dio la vuelta frente a toda la gente que llenaba la habitación.

—Discúlpenme —dijo, pero su voz no llegó ni tan siquiera a la primera fila de mesas.

—Discúlpenme repitió, un poco más alto.

Ellos apenas interrumpieron sus conversaciones.

A ella le ardía la cara. Aquél no era su lugar. Y si tuviera mucha suerte, la tierra se la tragaría.

Entonces miró a los ojos confundidos de su hijo y decidió que la vieja Maggie tendría que aprender nuevos métodos de hacer las cosas.

Se tragaría lo poco que le quedaba de orgullo y haría la escena más grande, ruidosa y desagradable que pudiera. Hasta que Eric saliera de su escondite y aceptara la responsabilidad de su hijo.

Lo que necesitaba era un megáfono, y lo buscó con la mirada por la tarima.

Había un estrado muy cerca, con micrófono incluido, probablemente, para dar discursos sobre cómo los santos McGuire habían fundado el pueblo. Sin la ayuda de nadie, habían impulsado la economía. Habían engendrado vástagos de negocios.

Salvo Eric, claro. La oveja negra.

Maggie observó una vez más la multitud, con la esperanza de poder resolver aquello silenciosa, discretamente. Pero no lo vio por ninguna parte.

Probablemente estaría en el bar, divirtiéndose con alguna camarera.

Bien, pues ella iba a asegurarse de que él oyera lo que tenía que decir, incluso desde el bar.

La nueva Maggie caminó hasta el estrado y tomó el micrófono. Un chirrido muy agudo sobresaltó a David.

El silencio se hizo en aquella enorme sala, salvo por el grito de irritación de David.

Maggie intentó atraer la atención.

—Siento interrumpirlos durante su comida, señores. ¿Me oyen bien desde el final de la sala? No. Bien, entonces hablaré un poco más alto. Bien, ahora que ya tengo su atención, dejen que les cuente lo canalla que es Eric McGuire y después podrán seguir cenando.

La única respuesta fue un salón lleno de gente boquiabierta. Quizá fueran todos tontos. Quizá Eric fuera el más listo de toda su familia.

Aquella idea hizo que Maggie comenzara a hablar lentamente, pronunciando exageradamente, como si su público no entendiera el inglés.

—He dicho que ¿dónde está ese canalla, vago, escoria de Eric McGuire?

En aquella ocasión, todo el mundo debió de oírla muy bien, porque todos dejaron escapar exclamaciones y jadeos de asombro, mientras seguían mirándola con los ojos muy abiertos.

—No puedes esconderte de mí, Eric. Sé que estás por ahí. Quítale las manos de encima a esa camarera y ven aquí a enfrentarte a mí como un hombre.

Ella observó las puertas dobles, pero ningún canalla, ni nadie más, entró al salón.

Una anciana de la segunda fila de mesas estaba intentando respirar. El tipo que estaba a su lado, que llevaba la cabeza afeitada y tenía las espaldas como el Monte Rushmore, le dio un vaso de agua y unos golpecitos en la mano, solícitamente.

David estaba succionando el hombro de Maggie, dejándole una mancha húmeda en la última camiseta limpia que tenía. El bebé tenía hambre, y la paciencia no era una de sus virtudes. Exactamente igual

que su padre.

—Miren, éste es David. Es el hijo de Eric. Nosotros no hemos venido a causar problemas. Sólo necesitamos... ayuda.

La anciana jadeó mientras continuaba mirándolos de una forma muy extraña. El hombre que estaba a su lado le susurró algo al oído, le apretó el hombro y se dirigió hacia el estrado. El tipo era pura fuerza de la cabeza a los pies. Se tiró del blanquísimo cuello de la camisa mientras se acercaba a ella. La chaqueta le quedaba como un guante.

Se movía con elegancia y control, como si estuviera en una competición de culturismo de las que ella había visto en la televisión. El brillo malvado de sus ojos le dio a entender a Maggie que a él le encantaría sacarla de allí a patadas.

El hombre subió a la tarima y se colocó frente a ella para bloquearle la vista de la asamblea y viceversa. Estaba dispuesto y era capaz de bloquearle así la oportunidad de conseguir una vida mejor para su hijo.

—Eric —gritó ella—. Lo único que quiero es hablar...

Entonces, Maggie se quedó boquiabierta, cuando él sacó una galleta y se la dio a David. El llanto del bebé se ahogó cuando el niño comenzó a mascar extáticamente los carbohidratos. Después, el hombre le quitó a Maggie el micrófono y la tomó por el antebrazo.

—Pero...

—¿Quieres saber dónde está Eric? —le dijo él, con una voz grave que le retumbaba en el pecho. Ella elevó la barbilla.

—Sí.

—Entonces, ven conmigo.

—No voy a ir a ningún sitio hasta que no hable con Eric.

—Hablarás con él —le dijo el hombre, con una sonrisa que no le alcanzó a los ojos, y con una voz suave aunque poco sincera.

Ella se mantuvo firme, mirándolo fijamente. Estaba claro que aquel tipo tenía la intención de sacarla de allí y entregarla a los

guardias de seguridad.

—La gente ya ha pasado un mal rato —le dijo él, señalándole la sala llena de espectadores silenciosos. No necesitan esto —le dijo, con los ojos entrecerrados, y después señaló al niño con la cabeza—. Ni él tampoco.

—Tiene un nombre. Se llama David McGuire.

El hombre la miró con dureza. Después volvió la cabeza y miró a la anciana. Cuando volvió a dirigirse a Maggie, lo hizo en un tono de desesperación.

—Por favor. Iremos a cualquier sitio a comer algo. Hay una cafetería muy cerca de aquí. El bebé... David, ¿no es eso? Él tiene que estar cansado y hambriento.

A ella le rugió de nuevo el estómago ante la mera mención de la comida. Su hijo se le retorció, apoyado en su cadera. Tenía la camiseta húmeda entre el cuerpo del niño y el suyo. Caliente y acre, sólo sería cuestión de minutos que el olor a orina de bebé se extendiera por el escenario.

—Sólo si me prometes que me dirás dónde está Eric. ¿Prometido?

—Por supuesto.

David también emitió su voto, en forma de grito enfadado. Había terminado la galleta y quería más. En aquel mismo momento. Y también un pañal seco.

—De acuerdo. Pero será mejor que no se trate de un truco.

Él extendió las manos hacia el bebé, pero David las apartó de un manotazo. Si el hombre no tenía galletas ni un biberón, él no quería tener nada que ver con el extraño.

—Ven conmigo.

Ella asintió, pero aparentemente, él no la creyó. La tomó por el codo y la sacó de la sala. Maggie sintió doscientos pares de ojos siguiéndolos hasta que llegaron a las puertas.

Mientras seguía a aquel hombre por el vestíbulo, Maggie no pudo evitar preguntarse cómo había llegado a aquella situación, al punto

de haber sacrificado el respeto por sí misma y sus valores.

Pero, en realidad, no era un misterio. Todo se remontaba a Eric. Ella no había tenido ni una oportunidad. Ni una, desde la primera mirada.

Capítulo 2

El hombre titubeó, y después sostuvo la puerta para que Maggie saliera. Por su expresión tensa, quedaba claro que él no estaba seguro de que ella se mereciera tal cortesía.

Maggie mantuvo alta la cabeza. Estaba en la ruina, cierto, pero todavía tenía orgullo.

—¿Dónde está tu coche? —le preguntó él.

—En el aparcamiento este. ¿Por qué?

Él la miró con la ceja arqueada.

—Tienes un asiento para el bebé, ¿no? Mi coche no está convenientemente equipado para niños.

—Oh.

En su honor, Maggie tuvo que reconocer que él ni siquiera parpadeó al ver su viejo Toyota con los guardabarros distintos. Se limitó a esperar mientras ella trataba de colocar a David en la silla.

Sin embargo, el bebé estaba furioso. Tenía la cara congestionada, y los brazos y las piernas rígidas.

—¿Tienes alguna galleta más? —le preguntó Maggie, sin mirarlo a los ojos mientras le pedía comida. Ninguna madre decente permitiría que su hijo pasara tanta hambre.

Él se dio unos golpecitos en el bolsillo del pecho.

—No. No se me ocurrió tomar ninguna de camino a la puerta. Estaba ocupado.

—Está bien. Quizá podríamos vernos contigo allí. ¿En esa cafetería que has mencionado?

—Ni lo sueñes.

Finalmente, Maggie consiguió meterle los bracitos a David por las

correas de seguridad. Al inclinarse hacia delante, sintió que el dolor de cabeza se le multiplicaba cuando un pequeño puñito le tiraba con fuerza de un mechón de pelo. Tuvo que contener un juramento. Estaba a punto de llorar mientras luchaba por conservar la paciencia.

—Va a ser un viaje muy ruidoso —le advirtió al hombre.

—Ya, ya me he dado cuenta. A propósito, me llamo J.D.

—Yo soy Maggie. ¿Está muy lejos la cafetería?

—No, a un par de kilómetros.

—Vamos —«por favor, Señor, que no se me acabe la gasolina».

Él encogió las piernas y se las arregló para encajarse en el asiento. Después se retorció hacia un lado para mirar su salpicadero. J.D. sacudió la cabeza y gruñó.

—¿Perdón?

—Tenemos que ir a una gasolinera. Sal hacia la izquierda. Está muy cerca.

—No necesito gasolina.

—Y un cuerno que no.

—Yo... eh... no tengo mi tarjeta de débito.

—Aceptan dinero en efectivo, como en la mayoría de los sitios.

Maggie rebuscó por su bolso, aunque sabía que no le quedaba ni un céntimo. Finalmente, se rió con incertidumbre.

—Eh... Supongo que tampoco tengo dinero.

—Yo invito. Tú conduce. Este niño me está dando dolor de cabeza.

J.D. tomo aire y dio gracias al cielo por un descanso de aquel bebé que aullaba. Y también de la última escapada de Eric, que había vuelto para que él resolviera sus consecuencias.

Las luces fluorescentes iluminaban la comida con un brillo verdoso. J.D. miró las estanterías repletas desde una nueva perspectiva. La tienda de la gasolinera parecía un pequeño supermercado. Y era la solución de algunos de sus problemas, al menos, de los más inmediatos.

Maggie estaba en la más completa ruina. Aquello era evidente.

Tomó pañales, leche en polvo y galletas para bebé. ¿Comida para bebé? Le parecía que el bebé tenía la misma edad, más o menos, que el hijo de su amigo Kirk: unos ocho o nueve meses. El pequeño Brandon se comía todo lo que había a la vista, incluyendo puñados de pelo de gato. Pelos de gato recién arrancados.

Mientras J.D. tomaba frascos, latas y pañales, se preguntaba cómo se había visto metido en aquella situación.

La respuesta era evidente. Por costumbre. Por la costumbre de arreglar todos los desaguisados de Eric. Y aquel desaguisado no era muy distinto del resto, salvo por la mujer. Ella era más joven de lo normal, y tenía una melena de rizos rojizos y brillantes. Las pecas que tenía en el puente de la nariz hacían que pareciera una granjera.

Eric debía de haber sufrido una digresión de su predilección habitual, las rubias de pechos del tamaño de Texas, porque aquella chica era distinta.

Pero la historia era la misma.

—Eric me ha dejado embarazada. Necesito dinero. Me marcharé si me ayudas.

Aquella estaba mintiendo, como las otras. Pero su abuela se moriría si tenía que pasar por todo aquello de nuevo. Ella siempre esperaba que fuera verdad, aunque sabía que era imposible. Siempre esperaba que Eric hubiera traspasado sus genes rubios y de ojos azules y le hubiera dado un nieto McGuire al que adorar.

J.D. dejó las cosas sobre el mostrador.

—Esto y quince dólares al surtidor tres.

La madre de David estaba echando gasolina cuando él volvió. Ella tenía la mirada fija en el surtidor y estaba ruborizada. Se comportaba como si tuviera orgullo y el hecho de aceptar las bolsas que él llevaba en las manos la hirieron. Interesante.

El sonido de unos aullidos se expandía por alrededor del coche. El ruido hizo que J.D. tuviera la tentación de retirarse de nuevo a la paz de la tienda.

Tomó aire, abrió la puerta y recibió el primer castigo del disgusto del bebé. El pequeño estaba casi de color púrpura, y tenía los puños apretados. Estaba retorciéndose para escapar de la silla.

—Eh... David... shh —le dijo J.D. Se sintió raro al pronunciar aquel nombre. Era su segundo nombre, también.

Nada, sólo más gritos.

Rápidamente, abrió una bolsa de galletas y le ofreció una.

El niño lo miró como diciendo «ya era hora, idiota», y agarró la galleta.

Mientras la mordisqueaba furiosamente, observó a J.D. con interés. Blandió el puñito y comenzó a mover los brazos y las piernas alegremente. David le hizo unos suaves sonidos de aprobación.

Aquello hizo que J.D. se sintiera mejor. Salió del coche y sonrió a la mujer.

—He conseguido que dejara de llorar.

Ella asintió, pero no lo miró a los ojos.

Su logro no la había impresionado en absoluto.

El silencio los rodeó mientras ella dejó la manguera en el surtidor. Entonces, ella se volvió y lo miró.

Y su mirada inquietó a J.D. Tenía los ojos verdes.

Profundos. Sinceros.

—Gracias.

Él gruñó una especie de respuesta, sólo Dios supo qué, y entró de nuevo al coche.

Fueron hacia la cafetería en silencio sólo roto ocasionalmente por el galimatías de satisfacción del bebé.

Cuando aparcaron el coche, J.D. hizo un gesto hacia el asiento trasero.

—Hay pañales en la bolsa, por si acaso crees que David necesita que lo cambies.

La mujer apartó la mirada durante unos segundos.

—No tenías por qué hacerlo.

Él se encogió de hombros.

Caridad. A él no le gustaba tenerla, y se imaginaba lo difícil que resultaba aceptarla. Para ser una caza fortunas, Maggie era muy sensible a la hora de pedir ayuda.

—Hay leche en polvo y algunas cosas más.

Entonces, Maggie comenzó a protestar, pero él alzó la mano para acallarla.

—Así es como hacemos las cosas por aquí. No es nada más que la hospitalidad sureña. Y puedes devolvérmelo cuando encuentres la tarjeta de débito.

—Sí. Te lo devolveré.

«Cuando las ranas críen pelo».

—¿Por qué no cambias al bebé? Yo pediré algo de comer. ¿Te parece bien unas hamburguesas?

Ella asintió. Él observó cómo echaba el asiento hacia delante, giraba la espalda y agarraba el abridor de la puerta. La descolorida camiseta se le subió hasta las costillas, y dejó visible parte de su piel, blanca y vulnerable.

J.D. se volvió y se encaminó hacia la cafetería antes de que pudiera hacer alguna tontería, como posar la palma de la mano en su espalda desnuda y cálida. Le pareció que seguramente ella no se tragaría el pretexto de que lo hacía por ayudar.

Encontró una mesa y vio cómo ella se dirigía al servicio con el bebé en una cadera y la enorme bolsa de pañales rebotándole en la otra.

Estaba delgada. Muy delgada. A Eric no le gustaban normalmente las del tipo anoréxico, pero J.D. tenía que admitir que ella tenía cierto encanto, unos ojos enormes y el rostro ovalado.

Tomó la carta que le ofrecía la camarera mientras castigaba mentalmente a su hermano, disgustado y decepcionado.

«Maldito seas».

Maldito por mentir, por decir que había cambiado, por hacer

pasar a su abuela aquello de nuevo. Por ser su favorito, se lo mereciera o no. Y maldito fuera por echarle aquel lío encima.

El carraspeo de la camarera lo sacó de su ensimismamiento. Miró hacia arriba y le pareció que conocía de algo a la mujer. Se había graduado con Eric. ¿Cómo se llamaba?

—Darlene —dijo, al leer su nombre en la tarjeta de identificación—. Lo siento, creo que estaba soñando despierto.

—No tiene importancia, J.D.

¿Cómo sabía ella su nombre si él no recordaba el suyo sin leer la tarjeta?

Era muy sencillo. Él era un McGuire, aunque sólo fuera de apellido, no de sangre. Los McGuire eran respetados en aquel pueblo. Su dinero podía comprar mucha buena voluntad.

Tomó nota de dejarle una propina generosa, y pidió hamburguesas de queso para él y para la pelirroja. Patatas fritas. Ensalada de col. Dos vasos grandes de té. Parecía que al último error de Eric le vendría bien tomar proteínas. Aquello, junto con la cafeína, harían que ella pudiera soportar lo que iba a decirle.

J.D. vio que ella se acercaba a la mesa. Tenía unas profundas ojeras. Seguramente, la más suave de las brisas podría llevársela.

Maggie tragó saliva y se obligó a mirar a J.D. a los ojos mientras iba hacia la mesa. No era un crimen ser pobre, pero la expresión de pena que él tenía en el rostro le dio a entender que era muy triste.

Ojalá hubiera tenido un sitio donde ducharse y cambiarse antes de enfrentarse a los McGuire. Pese a que se había lavado la cara con agua fría y se había peinado con los dedos, sabía que tenía muy mal aspecto. Su madre la habría repudiado.

Maggie contuvo una carcajada histérica mientras se sentaba a la mesa. Su madre ya la había repudiado. Pero por crímenes mucho peores que la falta de aseo personal.

El hombre observó cómo ella se colocaba a David en la rodilla. La galleta se le había terminado hacía tiempo y el bebé estaba

comenzando a quejarse de nuevo. Pobrecito. Había sido un día muy largo para los dos.

Se sacó un biberón de un bolsillo lateral y dijo:

—Lo he mezclado con agua caliente en el servicio —la ayuda, algo a lo que no estaba acostumbrada, había hecho que se le formara un nudo en la garganta. Qué diferentes podrían haber sido las cosas si... No. No iba a pensarlo—. Gracias por la leche y todo lo demás.

—De nada. Hospitalidad sureña.

Podría acostumbrarse fácilmente a aquella hospitalidad. Y la asustaba.

—Dame el recibo. Soy estudiante, y te pagaré cuando...

¿Cuándo?

¿Cuando pagara la renta? ¿Cuando tuviera los armarios llenos de comida y pañales? ¿Cuando se licenciara y tuviera su título de ciencias funerarias en la mano?

Aquella sería la única oportunidad que tendría de devolverle el dinero a aquel hombre.

—Toma. Págame cuando puedas.

Ella tomó el ticket doblado y lo metió en la bolsa de los pañales.

—Conoces muy bien a los bebés. ¿Tienes hijos?

Pareció que él se quedaba muy asombrado al oír aquella pregunta. ¿Por qué? Debía de tener unos treinta y cinco años. Era sólido, bueno, y guapo. Un hombre que probablemente tenía esposa e hijos en casa.

—No. Pero un par de amigos míos sí. Y una vez que llegan a esta edad —dijo J.D., mirando a David—, con una galleta se quedan callados si tienen hambre o se aburren.

—Una observación muy astuta, J.D. No sé cómo te apellidas, aunque me imagino por la reunión del pueblo que tu apellido es McGuire.

Él sonrió.

—Sí. J.D. McGuire. ¿Y tú?

—McGuire. Maggie McGuire.

Él abrió unos ojos como platos al oír aquello. Después frunció el ceño, como si ella hubiera dicho la cosa más despreciable del mundo.

—Eso no tiene gracia —le dijo.

No tenía intención de ser graciosa.

—Hacerte pasar por su mujer no te va a servir de nada.

Maggie estiró la espalda. No estaba preparada para aquel tipo de enfrentamiento. Con Eric, sí. Había tenido tiempo de prepararse para enfrentarse con Eric durante los miles de kilómetros que había recorrido. Pero ¿aquel tipo? Él hacía que se sintiera como si estuviera haciendo algo malo. Algo inmoral.

—No me estoy haciendo pasar por nada. Simplemente he sido amable y me he presentado. Tú has sacado tus propias conclusiones.

—Mis conclusiones no tienen nada que ver con esto. Ya hay dos señoras McGuire. Una es mi abuela. La otra es Nancy, la mujer de Eric.

¿La mujer?

Aquella palabra le rebotó en la mente, le bajó por la garganta y llegó al estómago con la fuerza de una pedrada.

—Eso es imposible. Yo soy su mujer.

—Mira, yo no te conozco, pero pareces una buena persona. Mi hermano ha hecho cosas malas en su vida, aunque no creo que haya sido capaz de cometer bigamia.

—Al menos estamos de acuerdo en algo.

Eric había sido un estúpido en muchas ocasiones.

Pero había sido un estúpido encantador y cariñoso, y Maggie no podía creer que hubiera sido capaz de hacer algo que le hiciera tanto daño. Que le hiciera tanto daño a su hijo.

Sin embargo, tenía muchas dudas. Él nunca había creído que David fuera hijo suyo. Su discusión sobre la paternidad había sido muy intensa. Ella había empezado a tener pérdidas, y había temido que perdería el bebé. Después de eso, Eric no había aceptado ni rechazado la paternidad. Simplemente, le había seguido la corriente,

se había asegurado de que comiera bien, de que descansara, y le había sugerido nombres para el bebé.

Y cuando ella le había dicho que había puesto su nombre en el certificado de nacimiento de David, él se había limitado a sonreír tristemente y le había dado un beso en los labios. Después había tomado al recién nacido de sus brazos y se había sentado en la mecedora del hospital.

No, él no podía ser tan cruel.

—Quizá esté equivocada, esa tal Nancy.

—No. Yo fui el padrino de su boda, que se celebró justo después de que Eric terminara la universidad. Y si hubiera habido un divorcio, yo me habría enterado.

Entonces fue cuando Maggie sufrió el segundo choque. Todo lo que ella había creído que era cierto estaba en peligro. J.D. estaba mintiendo. Tenía que estar mintiendo.

—¿Acaso me estás gastando una broma pesada? —le preguntó Maggie.

—No, en absoluto.

—Si estás diciéndome la verdad —susurró ella, mientras abrazaba al bebé con fuerza—, entonces yo no estoy casada. Y David es...

—Un niño precioso y sano —dijo él, y se inclinó hacia delante—. Eso es lo único que importa.

—¿Por qué estás siendo tan amable?

El hombre se pasó una mano por la cabeza.

—No estoy siendo amable. Sólo te estoy diciendo la verdad. Algunas veces, mi hermano es un auténtico idiota, y hay gente inocente que sale perjudicada.

En aquel momento, Maggie se dio cuenta de que el hombre había dicho que Eric era su hermano, no una vez, sino dos, y apoyó contra el respaldo de la silla.

—¿Tú eres Jamie?

—Sólo para mi abuela. Y para Eric, si no estoy demasiado

enfadado con él.

—No te pareces en nada a él.

—Me lo dicen a menudo: Misma madre, distinto padre. El padre de Eric era mi padrastro.

—¿J.D. significa James David? —le preguntó ella. No había visto ninguna foto del hermano de Eric, pero se había imaginado que tendría el mismo pelo rubio y los ojos azules, como él.

—Sí, en efecto, Pero yo prefiero J.D. —respondió él, y señaló a David con la cabeza—. ¿Su nombre es una coincidencia?

—No. Eric quería que David se llamara como tú. Él hablaba mucho sobre ti, como si fueras un héroe.

Pero no siempre había sido una comparación agradable. Algunas veces, cuando su hermano había bebido una cerveza de más, el resentimiento se le reflejaba en la voz. El gran Jamie, siempre haciendo lo correcto, siempre pensando que era el mejor.

—Lo dudo. No nos llevamos muy bien.

Ella se quedó en silencio, observando cómo a David se le cerraban los ojos. Su padre tenía muchos defectos.

Maggie esperaba que David hubiera heredado las buenas cualidades. Su generosidad, su entusiasmo por la vida. Su forma de alargar las manos y tomar aquello que quería.

—Necesito hablar con Eric y resolver esto.

J.D. miró su reloj.

—Tendrás que esperar hasta mañana. Así estarás... eh... más fresca, antes de verlo.

—Y así tú podrás advertirle que estoy aquí.

—La idea se me ha pasado por la cabeza.

—Ni hablar. Quiero verlo ahora mismo.

—No puedes. Está en una carrera, fuera del pueblo. Por eso no estaba en la gran comida familiar. Sus prioridades están un poco liadas.

—No me digas —comentó Maggie, mirando pensativamente a

David—. ¿Has dicho que estaba en una carrera?

—Sí. Ya sabes cómo es. Unos cuantos tipos dan vueltas y vueltas por un circuito en coche hasta que todos ellos han chocado o hasta que alguien gana.

—Claro que sé lo que es una carrera. Allí fue donde conocí a Eric. Pero él lo había dejado. Me dijo que...

—¿Y lo creíste?

Maggie se movió con incomodidad en el asiento. No sabía qué era peor, si que aquel tipo se hubiera dado cuenta de lo ingenua que había sido, o el punto hasta el que había llegado su desesperación.

—No, no del todo. Intenté llamarlo al ver que no recibía los papeles del divorcio, pero no lo encontré en ninguno de los números de emergencia que me había dejado en el pasado. Entonces busqué en Internet en la biblioteca. Él no estaba registrado en ningún punto del circuito amateur.

—¿Y no lo encontraste bajo el nombre de Eric McGuire, con una «A»?

—No.

—¿Y con Johnny Bravo?

Bingo. Su personaje de dibujos animados favorito. J.D. acababa de entregarle la cabeza del padre de David en una bandeja de plata.

Capítulo 3

Maggie observó el pequeño vestíbulo mientras se balanceaba suavemente con la cabecita de David en el hombro. El motel estaba limpio y ordenado. No era lujoso, pero era agradable y estaba en un lugar retirado.

J.D. dejó la maleta en el suelo y se sacó un rollo de billetes del bolsillo. Separó cuarenta dólares y los puso sobre el mostrador como si fuera cambio. Quizá para algunas personas.

Pagó la habitación durante una sola noche. Seguramente, el hermano de Eric esperaba que Maggie se marchara antes del mediodía.

Tenía mucho que aprender de ella.

Toda la sabiduría sobre el mundo que no tenía la compensaba con agallas. De lo contrario, ¿cómo habría sobrevivido hasta aquel momento?

J.D. le dio la llave y la miró con los ojos entrecerrados.

Ella le dio un beso en la cabeza a David para evitar su mirada inquisitiva.

—Gracias —murmuró.

Dios, se estaba cansando de repetir aquello. Cansada de depender de un extraño. Pero no podía evitarlo. Antes de permitirse el lujo de no tener que apoyarse en nadie nunca más, tendría que graduarse en ciencias mortuorias y convertirse en la mejor directora funeraria de Phoenix.

—Ve a descansar. Yo vendré mañana por la mañana y te llevaré a ver a Eric. Aquí dan de desayunar zumo de naranja y donuts, así que no tendrás que ir a ningún sitio.

La amenaza estaba implícita.

Él no quería que la segunda esposa de Eric desfilara por el pueblo y alguien pudiera verla. Sólo quería que desapareciera como una voluta de humo. Sin escándalos. Sin manchar el santo apellido de los McGuire. Y ella le iba a dejar que saboreara aquella fantasía un rato más.

—Oh, de acuerdo. Estoy agotada. Nos instalaremos y descansaremos.

—¿Quieres que lleve la maleta hasta tu habitación?

—No, gracias, ya me las arreglaré.

—Te recogeré mañana a las nueve.

Ella asintió.

J.D. se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Sin mirar atrás. Problema resuelto. A Maggie no le habría sorprendido verlo sacudiéndose el polvo de las manos.

Maggie se metió la llave en el bolsillo trasero del pantalón y observó cómo él entraba en su furgoneta roja. Ella lo había llevado a recoger su vehículo y después lo había seguido hasta aquel motel. Cuando Maggie se había quedado atrás, él la había esperado. No había forma de que su pequeño Toyota pudiera adelantarlo, así que ella había tenido que esperar una buena oportunidad para deshacerse de él.

Sacudiendo la cabeza, Maggie se preguntó cómo ora posible que J.D. y Eric fueran de la misma familia. Él era todo lo que no era Eric, sólido, fiable, controlado.

Un contable escondido en el cuerpo de un jugador de fútbol. La clase de hombre que tendría un coche de cuatro puertas. Algo seguro y aburrido. Por el contrario, Eric era un hombre de coches deportivos. Uno podía divertirse y emocionarse con él, pero nunca apoyarse en él.

David se movió en sueños, acomodándose contra su hombro con un suspiro.

Sin embargo, los coches deportivos no eran útiles con los niños.

Maggie sintió una punzada de soledad al ver las luces traseras de la furgoneta de J.D. perderse en la oscuridad. Levantó la barbilla e intentó olvidarse de la presión que sentía en el pecho, ponerse triste no le iba a pagar las facturas.

Maggie esperó quince minutos después de que J.D. se hubiera marchado. Cuando estuvo segura de que no iba a volver, colocó a David en su sillita del coche y continuó su misión.

No le resultó difícil encontrar el circuito de carreras una vez que le dieron las indicaciones en un supermercado. Atravesó el pueblo, recorrió siete kilómetros y lo encontró justamente donde le había explicado el cajero.

Metió el coche en el aparcamiento y miró a su alrededor, satisfecha al constatar que no había llegado demasiado tarde. La gente se arremolinaba junto a las puertas de entrada. Se metió entre la multitud hasta que se acercó a la cabina de las entradas. Allí se dirigió hacia la izquierda, siguiendo una valla de cadenas que la separaba de su destino.

Irguió los hombros y se dirigió hacia la entrada de boxes. Le ardía la cara de vergüenza. No estaba bien intentar colarse sin pagar, pero era la única forma.

Alzó la barbilla mientras pasaba junto al enorme tipo que rasgaba las entradas. Con el bebé en un brazo y la bolsa de pañales en el otro, puso cara de inocencia y dejó que la manta de David se cayera un poco para que se le viera la cara.

—Ay, vaya. Debo de haberme dejado el pase en el coche. Bobby me va a matar. Va a correr esta noche, y le prometí que iría a desearle buena suerte.

No supo si fue por su sonrisa encantadora, o al ver al bebé dormido, pero el tipo asintió y dejó que pasara.

Maggie suspiró de alivio. Obstáculo número uno, superado.

Con una mano sobre los ojos para protegerse del brillo de las

luces del estadio, buscó el área de boxes. No había ningún número cincuenta y tres. Aquél siempre había sido el número de la suerte de Eric. Sin embargo, el número ocho era blanco y verde, los colores de Eric.

Se aproximó cautelosamente al coche, temiéndose que alguien la tomara del brazo para detenerla. Sin embargo, nadie se dio cuenta. Todos estaban demasiado ocupados en su trabajo, preparando los coches para la carrera. Vio a un hombre que le resultó familiar agachado junto al coche, apretando las tuercas de los neumáticos con una pistola de aire comprimido que hacía mucho ruido. Era Randy, un amigo de Eric, y el jefe del equipo. Si él estaba allí, Eric también.

Pero sólo había una manera de asegurarse de que aquél fuera el coche de Eric. Maggie se acercó a mirar el salpicadero por la ventanilla. Con el corazón acelerado, se inclinó sobre Randy. Entre los indicadores había pegada una fotografía de los sesenta, de los padres de Eric, o eso era lo que él le había dicho. Él nunca empezaba una carrera sin tocarla para que le diera buena suerte.

Aquél era el coche de Eric.

Y la caravana abollada que había unos metros más allá era la de Eric, también. Él insistía en dormir en el circuito para estar cerca de su coche. Parecía que en aquellos pocos meses la situación económica de Eric no había mejorado más que la de Maggie.

Cuando ella lo había conocido, tenía una rulote estupenda, nueva y brillante, Pero se había gastado demasiado dinero de su patrocinador en falsos recambios y piezas nuevas, y había perdido la financiación. Incluso un viejo amigo de la familia tenía un límite en cuanto a lo que se dejaba estafar.

Aunque las condiciones no eran tan lujosas como antes, Maggie sabía cómo se preparaba Eric antes de cada carrera. Estaría leyendo la Biblia. Quizá estuviera rezando de rodillas.

Maggie echó a andar hacia la caravana, comportándose con naturalidad, como si fuera la suya. Agarró el pomo de la puerta antes

de que pudiera echarse atrás. La puerta se abrió con facilidad, sin rechinar. Entró casi de puntillas y dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. La caravana estaba extrañamente silenciosa.

Maggie observó el desorden que Eric siempre dejaba tras de sí. Revistas de carreras, guantes, una lata de bebida energética...

Pero él no estaba allí.

Era extraño, porque Eric era una criatura de costumbres, y muy supersticioso. Tenía un ritual inalterable antes de cada carrera. Primero leía la Biblia, y después rezaba. Pero su Biblia no estaba abierta sobre la mesa. Maggie se acercó a la puerta del baño, pero estaba cerrada.

— ¿Eric?

No hubo respuesta.

Abrió la puerta y metió la cabeza para echar un vistazo. La luz entraba por la ventanilla y lo bañaba todo de diferentes tonos de gris. Las sombras apenas podían distinguirse de los objetos que las creaban.

David se acurrucó en sus brazos y posó la mejilla en su pecho. Su respiración se hizo más lenta. Pobrecito. Los dos estaban exhaustos.

El blanco del lavabo resaltaba contra el fondo oscuro de la pared. El grifo goteaba.

Era un terrible gasto de agua. Maggie lo cerró.

Había manchas negras en el borde del lavabo que caían gota a gota hacia el suelo. Era un líquido oscuro.

¿Aceite, quizá? Era demasiado líquido como para ser grasa. Maggie pasó los dedos por una de las manchas. Era espeso y estaba endurecido por los bordes. No era aceite. Casi parecía... no, su mente se negó a aceptarlo. No era sangre.

Buscó el rollo de papel higiénico, pero no había. Típico. A Eric nunca se le habría ocurrido poner uno nuevo.

Maggie suspiró y se colocó al bebé un poco más alto en la cadera. Después se limpió la mano en los pantalones. Después tendría que

lavarlos en el lavabo del motel.

El silencio la rodeaba, intensificado por los ruidos ahogados que venían de los boxes. David se retorció contra su cuerpo y resopló como un cachorrito. Se merecía una buena noche de sueño. En una cama de verdad. Y ella también.

Maggie contuvo un bostezo y se dirigió hacia la puerta. Cuando tomó el pomo, se volvió a echarle un último vistazo a su pasado. Lo que una vez le había parecido emocionante y peligroso en aquel momento sólo le parecía triste. Sacudió la cabeza. Algo que vio de pasada en el catre de la caravana le llamó la atención.

Estaba el saco de dormir de Eric, como siempre, extendido sobre sus pertenencias sin ningún cuidado, como si a nadie pudiera ocurrírsele buscar allí sus cosas de valor. Su guitarra, su pistola...

Algo de color claro cobró una presencia extraña cuando ella se acercó a comprobar qué era. Casi parecía una... era una mano.

Ella tiró de lo que pensó que sería su brazo. Estaba durmiendo bajo el saco.

—Eric —susurró. No quería despertar al bebé.

Tiró con un poco más de fuerza.

No hubo respuesta.

—Vamos, Eric, no tiene gracia.

David gimoteó.

Maggie perdió la paciencia con los jueguitos de Eric. Tomó el borde del saco y tiró hacia atrás.

El tiempo se congeló, Maggie se quedó petrificada.

Palpó para tomar la mano que había visto y la tomó por la muñeca. Estaba caliente.

Los golpes salvajes de pulso que sentía en la cabeza se mitigaron.

Hasta que miró su rostro. Y supo, sin duda alguna, que no encontraría el pulso. Había visto suficientes cuerpos en las clases de embalsamamiento como para distinguir a un muerto.

Abrió mucho los ojos al percibir el grito de rabia de David. Le

resonó en los oídos hasta ensordecerla. Solo cuando se llevó la mano a la boca abierta se dio cuenta de que los gritos provenían de ella misma. Entonces, y sólo entonces, se le unió el bebé.

Maggie se movió inquieta en la fría silla de metal, mientras oía una y otra vez los gritos de David.

Casi había podido sentir su terror cuando se lo habían quitado de los brazos. Con sus pequeñas manitas, David se había agarrado a su camisa con los ojos como platos de miedo. Y ella había tenido que dejar que se lo quitaran. Se lo había tenido que entregar a unos extraños. Su peor pesadilla se había hecho realidad. Las autoridades sin cara y sin nombre se lo habían quitado porque no era una buena madre.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero ella se las secó. Aquello era un gran error. Ellos tenían que saber que ella no era capaz de hacerle daño a su hijo, ¿verdad?

Observó a los dos ayudantes del comisario mientras uno de ellos le ofrecía una taza de café. Los dos tenían una expresión anodina.

—No tomo café.

Una media verdad. Antes bebía cubos de café. Antes de que tuviera a David, cuando era una estudiante con una buena beca. Aquellos días, sin embargo, los refrescos de cola sin marca eran una alternativa mucho más barata y conseguía que mantuviera los ojos abiertos.

Pero en aquel momento, estaba demasiado nerviosa y no creía que pudiera volver a cerrarlos. Cuando lo hacía, lo único que veía era a Eric. Y sangre. Mucha sangre.

—¿Y una gaseosa? —el esquelético ayudante era el que hablaba más. En realidad, no era un mal tipo. Era el ayudante Wells, el ayudante fornido, el que le ponía los nervios de punta a Maggie.

—No, gracias. Lo único que quiero es que me devuelvan a mi bebé.

—Está bien. Una asistente social lo está cuidando mientras

nosotros hablamos.

—Eso no es necesario. Aclararemos esto y me ocuparé yo misma del niño.

—Mmm... Necesitamos que nos cuente su versión desde el principio.

—Ya se lo he contado todo.

—Eso era una entrevista inicial en el escenario del crimen. Ahora necesitamos su historia completa. Con detalles.

A Maggie no le gustaba que el ayudante Wells continuara llamándolo «historia». Como si su versión fuera una ficción, un invento.

Respiró profundamente. Aquel tipo tenía su futuro y el de su hijo en las manos.

—Su relación con la víctima era...

—Sabe muy bien...

La mirada de advertencia del ayudante hizo que Maggie se contuviera,

—Quiero decir que... Eric y yo éramos...

¿Qué eran? Un matrimonio separado, o eso había creído ella hasta que había conocido a Nancy.

—Amantes —terminó con torpeza. Aquello no podía discutirse. David era la prueba viviente de su relación amorosa. Al menos, había sido amorosa para ella. No sabía lo que había sido para Eric, y ninguna de las suposiciones era muy halagadora.

—Eric es... era... el padre de mi hijo.

—¿Y?

—Yo vine para hablar con él y llegar a un acuerdo sobre la manutención de David. Para pedirle su aportación.

—Sí, ya me he enterado de la escenita del banquete. Lo sabe toda la ciudad. Eric no era exactamente lo que podríamos llamar una persona responsable. ¿Qué haría, reírse en su cara? Entiendo que eso pudiera enfurecer tanto a una mujer como para que tomara un

cuchillo...

—Yo no tomé ningún cuchillo. Yo no lo apuñalé. Eric estaba muerto cuando yo llegué.

—Ya veremos lo que dicen los forenses. Ellos pueden determinar el minuto en el que ha muerto una persona, ¿sabe? Mentir no le servirá de nada.

—No estoy mintiendo —dijo ella, entre dientes.

Pero él sí lo estaba haciendo. Maggie sabía muy bien cuántas variables había a la hora de determinar la hora de una muerte. No habla ningún médico ni ningún forense que pudiera estar cien por cien seguro. Era más probable que dieran un lapso de tiempo, unas horas en las que podía haber sucedido, y aquello no la ayudaba en lo más mínimo.

—Mire, señora, usted llega a la ciudad, y de repente, asesinan a Eric McGuire. Yo me imagino que usted no sabía que estaba casado. Cuando lo averiguó, fue al circuito. Eric siempre fue muy zalamero con las mujeres, pero creo que esta vez no consiguió salirse con la suya con tanta facilidad.

—¡Eso no es cierto! Yo no hablé con él. Estaba muerto cuando llegué.

Otro policía asomó la cabeza por la puerta, con la cara muy roja.

—Eh... hay un tipo ahí fuera. Dice que es...

—Su abogado —dijo un hombre alto, con el pelo plateado, mientras entraba en la habitación sin esperar permiso. Extendió la mano, bronceada y fina, hacia Maggie.

Ella se la estrechó, asombrada. Nunca había visto a nadie como él. Y, a juzgar por el traje gris de verano que llevaba, era un abogado caro.

El hombre le dio una tarjeta de visita al ayudante Wells y le hizo un gesto a ella para que lo siguiera.

—Más tarde hablaremos de los detalles, querida. Antes vamos a salir de este agujero.

—Pero...

—Sin peros. Tu hijo está ahí mismo, esperándote.

Aquello fue todo lo que tuvo que oír. Siguió a aquel hombre autoritario sin dirigirles la mirada a los dos ayudantes. Por David, habría seguido a aquel extraño hasta el infierno.

No debería haberla sorprendido que el mismo demonio estuviera al otro lado de la puerta, con su hijo en brazos.

—J.D.

Él asintió.

—Vamos a sacarte de aquí.

Se volvió hacia los policías y les dijo:

—Ayudantes, si quieren hacerles más preguntas a Maggie, tendrán que hacérselas en presencia de su abogado.

Maggie tenía la cabeza llena de preguntas sin respuesta. Sin embargo, lo más importante para ella era que David estaba allí, sano y salvo.

Ella tendió los brazos hacia él. El bebé abrió la boca con una enorme sonrisa y se tiró hacia su madre, sin dejar duda de con quién quería estar. J.D. se lo entregó a Maggie y se cruzó de brazos, observando su reencuentro.

A Maggie no le importó quién estuviera observándolos. Abrazó y besó a su bebé hasta que el niño se retorció y protestó.

—¿Has terminado?

La voz de J.D. sonó áspera e impaciente, pero en su mirada había cierta comprensión.

Ella asintió.

—Maggie se va a quedar en mi casa, Belmont, por si acaso necesitas hablar con ella —le dijo J.D. al abogado, mientras se estrechaban las manos—. Gracias por venir tan rápidamente.

El distinguido señor guiñó un ojo.

—Te va a costar lo tuyo, J.D. Ya sabes que mi mujer lleva una temporada hablando de un cenador para el jardín...

—Sí, lo sé —respondió J.D.—. Dime el día, y estaré allí para tomar las medidas.

Después de despedirse del abogado, J.D. tomó a Maggie por el codo para acompañarla fuera de la cárcel del condado. Como si ella necesitara que la animara. Ansiosa por poner distancia entre David y los uniformes, Maggie comenzó a caminar a toda prisa.

Una vez fuera, sin embargo, su paso vaciló.

—¿Tu casa? Pero, el mote...

—No te quedarás en el motel. ¿Necesitas sacar algo de allí?

—No, todas nuestras cosas están en el coche.

J.D. titubeó.

—Hay alguien que quiere conocerte inmediatamente. Yo no estoy de acuerdo, pero...

Capítulo 4

Maggie no se molestó en protestar cuando J.D. le pidió las llaves del coche. Le temblaban las rodillas y las manos mientras aseguraba a David en su sillita.

J.D. sacó el pequeño Toyota del aparcamiento y pronto estuvieron lejos del centro de la ciudad, en una zona donde cada vez había menos casas.

Maggie cerró los ojos y respiró profundamente para calmarse. No tenía dudas de que el abogado de J.D. la había salvado de pasar la noche en la cárcel. Y el abogado también se había asegurado de que le devolvieran a su hijo inmediatamente.

—Gracias —murmuró.

Al no recibir una respuesta amable, Maggie abrió los ojos y miró a J.D.

Él tenía una expresión dura y la mandíbula apretada.

—Belmont me debía un favor.

—Y ahora tú le debes un cenador a su mujer. Encontraré la manera de pagarte.

Él asintió.

—De verdad. Lo haré.

—Mira, no lo he hecho por ti.

—Entonces, ¿por quién?

—Es... complicado. Pero lo que menos nos conviene en este momento es que te metan en la cárcel y envíen al niño a una casa de acogida.

—Yo no les permitiré que se lleven a David.

J.D. la miró.

—Espero que no estés pensando en hacer alguna tontería, como huir.

Aquello era exactamente lo que Maggie había estado pensando. Tomar a David y marcharse a cualquier sitio.

—Porque eso sólo empeoraría las cosas. Hemos tenido mucha suerte con que te hayan soltado hoy. Y en parte se ha debido a que yo respondo por ti.

Maggie se tragó la sorpresa, y tuvo la sensación de que el coche se cerraba sobre ella. Otra deuda que había contraído con J.D., otro lazo que la unía a McGuireville.

—Intentaré no causarle problemas.

Evitó su mirada y volvió la cara hacia la ventanilla. Se concentró en la extensión verde que había más allá del cristal, de árboles y de hierba. De vez en cuando, se veía un grupo de tres o cuatro casas de ladrillo, que parecían granjas. E, incluso más raramente, veía alguna elegante mansión de dos pisos, con columnas blancas que formaban un porche delantero. Los jardines eran grandes para la medida estándar de Phoenix, e increíblemente verdes. En algunos había huertas.

—Ya casi hemos llegado —comentó J.D., después de un rato.

—Es un barrio precioso.

—Sí.

J.D. tomó una curva y entró en un camino circular pavimentado con adoquines.

—Ya hemos llegado —dijo, con despreocupación. Sin embargo, Maggie se dio cuenta de que la miraba como si quisiera medir su reacción.

—Es maravillosa —susurró ella.

A J.D. le brillaron los ojos de orgullo.

—La compré en una subasta de bienes embargados por el banco. Los propietarios no pagaron la hipoteca y se quedó vacía durante un par de años. Es una de las pocas reproducciones coloniales de la

zona.

—¿Las casas de dos pisos de las columnas grandes son reproducciones coloniales?

—Sí. Sacaré las maletas del coche mientras tú sacas a David.

Maggie salió del coche y estiró los músculos. Se sentía como si hubiera entrado en un sueño. La casa, J.D., el asesinato de Eric... todo era surrealista.

David se frotó los ojos y bostezó cuando ella abrió la puerta del coche.

—Vamos, cariño. Nos vamos a quedar en casa del tío J.D. durante unos días.

No sabía cuánto tiempo. Maggie intentó fingir que aquello era una visita normal y no una pesadilla. No tenía sentido disgustar a David.

—Y tú vas a dormir en una cama de verdad. ¿No te parece estupendo?

J.D. se acercó a ella con la maleta.

—¿Preparada?

—Sí.

Fue muy agradable sentir el frescor de la sombra cuando entraron al porche. El ambiente de hospitalidad anticuada sorprendió a Maggie. Había varias mecedoras agrupadas. Era un lugar perfecto para admirar la puesta de sol y charlar.

Le resultó fácil imaginarse a J.D. relajándose y disfrutando de la vista, pero no creía que Eric lo hubiera acompañado. Eric no podía quedarse quieto más de dos minutos.

Maggie tragó saliva. Eric estaba quieto la última vez que lo había visto, muy quieto. Era muy difícil aceptar que aquel cadáver era el padre de su hijo.

J.D. abrió la mosquitera y después la sencilla puerta de roble, y la sostuvo para cederle el paso a Maggie. Al pasar a su lado, Maggie intentó averiguar cómo se sentía. Tenía una expresión remota,

amable, no la que tendría un hombre que estaba sufriendo por la muerte de su hermano. ¿No lo sentía, o simplemente no quería demostrarlo?

—¿Cómo estás? —le preguntó ella.

J.D. se quedó sorprendido.

—No te preocupes por mí. Estaré bien. Pero, eh... gracias por preguntar —respondió. Hizo un gesto hacia el salón—. Por favor, siéntete como si estuvieras en tu casa. Espero que Belmont pueda aclarar la situación rápidamente, que confirme tu coartada con el personal del motel.

—Eso espero.

Aunque Maggie estaba exhausta, David había recargado pilas con la siesta en el coche. Gritó entusiasmado al ver aquel lugar y comenzó a retorcerse para que Maggie lo dejara en el suelo.

Maggie miró a su alrededor. El instinto protector era más fuerte que su cansancio. El suelo era de madera y había una alfombra oriental, pero no era lo suficientemente mullida como para amortiguar el golpe si David se caía. Maggie lo abrazó aún más, lo cual sólo sirvió para que el bebé se irritara. Comenzó a llorar.

—Vamos, déjalo en el suelo.

Maggie titubeó. Suspirando, dejó a su hijo sobre la alfombra.

—Probablemente, está demasiado excitado como para dormirse.

J.D. asintió.

—Parece que está deseando moverse. ¿Qué te parece si dejo vuestras cosas en la habitación de invitados y vamos a ver a mi abuela a su casa? Ella quiere conocerte cuanto antes.

—No, no creo. Quizá después de que haya dormido un poco...

—Me imagino que estarás agotada, pero ella ha insistido mucho en que quería verte inmediatamente. Y la paciencia no es una de sus virtudes.

—La quieres mucho.

—Sí. Por eso no creo que esta reunión sea una buena idea, pero

ella se ha empeñado. Eric era su favorito. Espero que no la disgustes.

—No soy un monstruo, J.D. No se me ocurriría hablarle del tema de David en un momento como éste —a Maggie le dolía el corazón al pensar lo que debía estar pasando aquella mujer—. ¿Has dicho que era su favorito? Eric siempre me decía que él era la oveja negra.

—Una oveja negra muy querida, en todo caso. Mi abuela lo adora. Siempre lo ha adorado, pese a todos los problemas que causaba.

—Yo no tenía intención de causarte problemas a ti ni a tu abuela. Si hubiera habido otra manera...

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no apareciste justo después de que naciera tu bebé?

Maggie suspiró.

—Estaba enamorada y era tonta. Eric estuvo conmigo durante el primer mes, más o menos. Después se marchó, pero yo siempre tuve la esperanza de que volviera. Tardé en aceptar que no lo haría.

—Si creías que estabais casados, ¿por qué no te divorciaste de él?

—Los abogados cuestan dinero. Además, yo creía que él me enviaría los papeles. Quizá estuviera esperando que él pensara mejor las cosas.

—Al menos tienes una coartada. Lo único que tiene que hacer el comisario es confirmarla con el personal del motel.

Maggie se quedó confusa.

—Yo estaba en el circuito. ¿No te lo dijeron?

J.D. se quedó helado. Después la miró con los ojos entrecerrados.

—No me dijeron nada. Sólo que te habían llevado a la comisaría para interrogarte, y que tú habías pedido que me llamaran. Me imaginé que la única razón de que te interrogaran era la escenita del banquete. Pensé que habías acordado conmigo que no saldrías del motel.

—No, yo no lo acordé. Tú lo supusiste.

—Semántica —dijo él. La tomó por los brazos y le preguntó en un tono muy duro—: Dime la verdad. ¿Has matado tú a mi hermano?

—No. Ya estaba muerto cuando llegué.

—¿Y por qué iba a creerte?

—¿Y por qué no? Posiblemente, hay más gente a la que le hubiera gustado verlo muerto.

Él le miró los brazos, a los puntos en los que tenía los dedos hundidos en su carne, y apartó las manos como si Maggie quemara.

—Pero a ellos los conozco. A ti no.

—Si el comisario pensara que yo soy la culpable, no me habría dejado en libertad. ¿Podemos hablar de esto en otro momento? Estoy a punto de dormirme.

—De ninguna manera. Vamos a aclarar esto antes de que permita que te acerques a mi abuela. Dime lo que ocurrió y juzgaré por mí mismo.

Maggie tomó aire y contó hasta diez. Después se lo contó todo.

—Está bien, tu historia es creíble. Pero estoy seguro de que tú estabas furiosa cuando viste a Eric. Él te había engañado como a una tonta.

Maggie hizo un gesto de dolor.

—Quizá las cosas se os fueron de las manos y tú tomaste un cuchillo...

—Yo no maté a Eric. Ni siquiera tuve oportunidad de hablar con él. Ya estaba muerto cuando llegué.

—Eso es lo que tú dices. Igual que dices que él se casó contigo.

—Claro que se casó conmigo. Tengo el certificado matrimonial para demostrarlo.

—Pues demuéstralo.

—El certificado está en casa. Y también hay una copia archivada en el estado de Arizona. Compruébalo, si no me crees.

—Oh, claro que lo haré. Ya he contratado a un detective privado.

—¿Qué?

—Mira, cariño, esto no es nuevo. Tú no eres la primera que aparece en el pueblo diciendo que tiene una relación amorosa con mi

hermano. Aunque sí serás la última.

Maggie se congestionó.

—Yo puedo demostrar que soy su mujer. Y no voy a permitir que nos eches de aquí como si fuéramos perros. David se merece algo mejor, y yo también.

Él la miró pensativamente.

—Es muy fácil alterar un documento. Pero, de una manera u otra, yo voy a descubrirlo.

—¿Y si estoy diciendo la verdad? ¿Qué harás entonces? ¿Vas a acogerme en la familia con los brazos abiertos?

—Si es cierto que ese niño es hijo de mi hermano, seré el primero en hacerlo. Pero eso no cambia el hecho de que mi abuela y Nancy están pasando por un momento muy difícil. La muerte de Eric ha sido un golpe muy duro para todos, y lo que menos necesitamos es que tú vayas por ahí contando historias.

—¿Por eso me has traído aquí? ¿Para asegurarte de que no voy a contar nada sobre el santo Eric McGuire?

—No era un santo, pero era mi hermano. Y no voy a permitir que disgustes a mi abuela. Si para ello tengo que vigilarte durante un par de días, lo haré. Mi abuela y la mujer de Eric, su mujer de verdad, se merecen el poder velarlo en paz.

—No lo entiendes, ¿verdad? Yo soy esposa de verdad. Aquí —dijo Maggie, y se golpeó con la palma de la mano sobre el corazón con los ojos llenos de lágrimas—. Sí, es despreciable que se casara conmigo mientras estaba casado con otra. Pero eso no es culpa mía. Ni tampoco es culpa de David, y él va a crecer sin padre.

En los ojos de J.D. se reflejó la pérdida que ella acababa de describir, pero sólo durante un segundo. Después, su expresión se volvió de nuevo reservada, como si tuviera miedo de que alguien pudiera ver su interior.

A ella se le hizo un nudo en la garganta. Se secó las mejillas y tomó aire. Después hizo un gesto hacia David, que estaba sentado en

el suelo, junto a la mesa de centro.

—¿Cómo puedes tener algo en contra de un niño inocente? Él no tiene la culpa de nada.

J.D. se cruzó de brazos, pero miró con ternura al niño, que iba gateando a toda prisa hacia una estantería que había en una esquina, donde se exhibían varias herramientas antiguas y oxidadas. Demasiados bordes cortantes.

Incapaz de conseguir que su cerebro y sus pies conectaran, Maggie se quedó mirando con impotencia.

J.D., sin embargo, reaccionó rápidamente y agarró al niño justo a tiempo.

—Oh, no, no, pequeño.

David se rió.

—Te gusta eso, ¿eh? —le dijo J.D., sonriendo, y lo subió por los aires. Cuando David se rió y dio palmadas, J.D. sonrió aún más—. Eres un temerario, ¿verdad?

—Como su padre —susurró Maggie.

Maggie le dio un sorbito a su té helado, mientras deseaba con fuerza estar en cualquier otro sitio que no fuera McGuireville. Estaba sentada en la galería de la casa de infancia de Eric, mientras su abuela y su hermano discutían si ella les había dicho o no la verdad sobre su falso matrimonio con Eric y las circunstancias del nacimiento de David.

—Las pruebas de paternidad son un noventa y nueve por ciento fiables —decía J.D.

La anciana se indignó.

—Tonterías. Eso no es apropiado. Y no es necesario llamar la atención sobre el hecho de que David es bast... es ilegítimo. Tu padre debe de estar removiéndose en su tumba. Cualquiera puede ver que el bebé es un McGuire.

—¿Que no es apropiado? Tampoco es apropiado que le abras tu corazón y tu hogar a una mujer con mala suerte y a un bebé que,

según ella, es de Eric. Tú sabes igual que yo que el niño no es de Eric.

Maggie tragó saliva. Parecía que los dos hablan olvidado su presencia. ¿Cómo podía alguien usar una palabra tan despreciable como «bastardo» para referirse a David? Sin embargo, la insinuación de J.D. le dolió aún más que la de su abuela. Le pareció como una traición, viniendo del hombre que la había rescatado sólo unas horas antes.

—No me hables en ese tono, James David. Yo reconozco a mi propia sangre cuando la veo. Mi bisnieto se quedará conmigo. Con pruebas o sin pruebas.

—Ya hemos pasado antes por esto, y no hay necesidad de que soportes el mismo estrés de nuevo. El funeral ya va a ser lo suficientemente duro. Maggie y... eh, David, se quedarán conmigo hasta que conozcamos el resultado de la prueba de paternidad. Después, si es positivo, podrás abrazar y mirar al niño cuanto te plazca. Por mí, puedes maleducarlo por completo.

La anciana intentó ponerse de pie, pero volvió a dejarse caer en la mecedora. Estaba muy pálida.

—El funeral —murmuró. Unas enormes lágrimas de tristeza se le deslizaron por las mejillas y le cayeron en el regazo.

Maggie, conmovida, se levantó y se arrodilló a su lado, con David en brazos.

—Sé que éste es un momento muy difícil, y que usted no me conoce bien. Le agradezco mucho que me haya invitado a quedarme en su casa, teniendo en cuenta las circunstancias.

La señora McGuire sacudió la mano, descartando con un gesto desdeñoso los detalles molestos como la bigamia, el asesinato y la ilegitimidad del niño.

—Tonterías. Conozco bien a las personas, y no creo en absoluto que tuvieras algo que ver con la muerte de Eric. Y es evidente que dices la verdad sobre el bebé. Este niño podría ser Eric a su edad.

—Gracias. Significa mucho para mí que me crea.

A Maggie le pareció oír un resoplido de J.D., pero no le hizo caso. La mujer tomó una de las manitas de David. Parpadeó para contener las lágrimas y dijo:

—Es un niño precioso. Eric también era un tesoro. Era un niño bueno, dulce, con una sonrisa que iluminaba las habitaciones.

J.D. carraspeó.

Maggie titubeó. No sabía cuánto debía revelar. Ciertamente, las cosas malas no. Aquél no era el momento.

—Lo sé. Eso era lo que más me gustaba de él. Eric siempre estaba sonriendo, siempre estaba bromeando.

La señora McGuire suspiró.

—Tenía un corazón muy grande...

—Sí, es cierto —respondió Maggie.

Parecía que lo suficientemente grande como para querer a más de una mujer a un tiempo. Se quitó aquel pensamiento de la cabeza. Ya desenredaría su estado civil más tarde. Se levantó lentamente.

J.D. se acercó a ella. Tenerlo tan cerca hacía que se sintiera incómoda. Él la tomó del brazo y la guió hacia la puerta.

—Os llevaré a ti y al bebé a casa.

Después se volvió hacia su abuela y le dijo suavemente.

—¿Por qué no descansas un rato? Yo volveré después y nos encargaremos de... los detalles.

—Yo sigo pensando que sería mejor que me quedara en un hotel —insistió Maggie.

—¿Y alejarte de mi vista? Ni hablar.

—Nosotros no necesitamos tu ayuda.

—Estás a miles de kilómetros de casa, sin un lugar donde quedarte, sin dinero, sin comida...

J.D. alzó una mano para acallar su protesta.

—Ya lo sé, ya lo sé. Has perdido tu tarjeta de débito. Pero imagínate que verdaderamente estuvieras en la ruina, sin un techo, sin comida... ¿qué les parecería eso a las autoridades y al

Departamento de Infancia y Servicios de Familia? Sabes que van a estar vigilándote. ¿No sería mejor que supieran que tienes... eh... amigos en el vecindario?

Maggie tuvo que tragarse de nuevo su orgullo. No podía arriesgarse a perder a David.

—Supongo que no tengo elección.

—Siempre se tiene elección. Pero creo que yo soy tu mejor oportunidad.

J.D. hizo aquella información en el tono de un hombre que estaba acostumbrado a decir la última palabra.

Ella vio cómo su hijo agarraba la nariz de J.D. Él abrió unos ojos como platos cuando el niño hundió las uñitas en la carne para sujetarlo mejor. Después David tiró con fuerza.

En vez del aullido de indignación que se esperaba Maggie, el hombre miró al bebé. El bebé lo miró a él. Después agarró la oreja de J.D. con la mano libre y tiró también.

J.D. sonrió.

—Diene fueda.

—¿Cómo?

J.D. se quitó suavemente los deditos de David de la nariz.

—Digo que tiene fuerza.

Maggie intentó no sonreír al ver que él se había llevado su merecido. El hombre reservado y respetable tenía cinco pequeñas marcas en forma de medialuna en la nariz. Debería cortarle las uñas a David cuanto antes.

—¿Estás seguro de que estás preparado para tenernos en casa?

Él miró al cielo y se liberó la oreja del pequeño puño.

—Que Dios me ayude, será mejor que lo esté.

Capítulo 5

J.D. se puso la mano de su abuela en el brazo y la condujo hasta el primer banco de la iglesia, a sentarse junto a Nancy.

Nancy saludó en voz baja a J.D. y después le dio unos golpecitos en el hombro a la abuela, murmurando alguna expresión de ánimo.

Él inclinó la cabeza y rogó brevemente al cielo algo improbable, que Nancy no se diera cuenta de que Maggie estaba sentada en el último banco. Maggie le había rogado con los ojos llenos de lágrimas que le permitiera asistir al funeral, y él, finalmente, había accedido, con la condición de que entrara tarde a la iglesia, de que se marchara pronto y de que esperara en el coche a que él saliera.

J.D. resistió el impulso de volverse a mirar para comprobar si ella había cumplido su parte del trato. Aquel día era para Eric y para la familia. Él tenía que concentrarse en lo más importante.

Así que se apartó las preocupaciones de la cabeza y, simplemente, dejó que la realidad de la muerte de Eric lo invadiera. A su alrededor, parecía que todo el mundo estaba haciendo lo mismo. El susurro de la pena le resonaba en la mente. La poderosa esencia de las flores hacía que quisiera salir corriendo. Miró las flores, la decoración, sus zapatos, cualquier cosa salvo el ataúd. Ni la figura inmóvil que había dentro.

Se le encogió el estómago y se sintió acalorado.

El pasado y el presente se le mezclaron en la cabeza al recordar el funeral de su padre. Había sido horrible. Las flores, el calor, el olor de la muerte que apenas se podía disimular con los polvos de talco. El miedo a que la vida ya nunca sería igual, y la certeza escalofriante de que su madre y él se habían quedado solos. ¿Qué iban a hacer sin

que su padre los protegiera?

Uno de sus tíos lo había empujado suavemente hacia el ataúd. Él no quería ver ni tocar a su padre, pero su tío había insistido. Así que el niño de cinco años se había acercado lentamente al féretro y a la figura rígida y gris que había dentro.

—Dale un beso —le había ordenado su tío.

Y él había obedecido. Había rozado con los labios la superficie helada y cerúlea de la mejilla de su padre, y había tenido que hacer un terrible esfuerzo para no vomitar. Tenía que haber un error. Aquel muñeco inerte no tenía nada que ver con su padre. Ni siquiera olía como él. Quizá aquel funeral sólo fuera una terrible confusión y su padre estuviera vivo en otro lugar, en el hospital, quizá.

J.D. tenía que saberlo con certeza. Tímidamente, metió la mano en el ataúd y tocó la manga del traje. Su padre tenía un lunar en la muñeca derecha. Levantó un poco la manga y se le llenó la boca de saliva caliente al ver el lunar.

Aquella... aquella cosa era todo lo que quedaba de su maravilloso y alegre padre.

J.D. notó que la capilla comenzaba a dar vueltas y que el pasado se desvanecía. Comenzó a sudar profusamente.

Intentó concentrarse en el presente, presentarle sus respetos a su hermano, con quien había compartido una madre y una abuela, pero no mucho más en los últimos años.

Se acercó lentamente al ataúd, entre los arreglos florales, y miró directamente a Eric, pálido, inmóvil y silencioso dentro de aquella caja. Cerró los ojos, con la esperanza de que fuera la habitación la que giraba, y no él. Las luces lo deslumbraron.

Tenía que salir de allí.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar por el pasillo central, lentamente, hasta que llegó al vestíbulo y encontró un rincón solitario. Se apoyó en la pared y cerró los ojos de nuevo.

Alguien le tocó el codo. Una voz suave y dulce le envió

vibraciones reconfortantes a través de aquella niebla.

— ¿Estás mareado?

Él asintió, desorientado, sin abrir los ojos.

— Estoy bien. Pero el que está en la caja no está tan bien como yo.

Demonios, humor negro.

— Eric no está sufriendo. Pero tú sí.

J.D. abrió un ojo. Veía borrosamente los rasgos de la mujer, pero le resultaba familiar.

— ¿Puedes andar?

Por fin, el mareo se disipó y abrió ambos ojos. Vio una melena rojiza y una piel tan fina que le cortó la respiración. Las pecas lo invitaban a que le acariciara el rostro. Alargó la mano, pero la voz del ángel lo interrumpió y le dio unas instrucciones amables, pero firmes.

— En la iglesia hay gente que depende de ti. ¿Quieres venir conmigo dentro?

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

— Escucha, puedes conseguirlo. Respira profundamente un par de veces. Inspira, espira. Inspira, espira.

J.D. siguió sus indicaciones y se quedó sorprendido al darse cuenta de que se encontraba mejor.

— ¿Preparado?

Él asintió.

— Bien.

La mujer se colocó su mano, amablemente, sobre el brazo, igual que él había hecho con su abuela. Lo guió hacia el interior de la capilla y lo llevó por el pasillo. Se detuvo dos filas antes de llegar al primer banco y se volvió hacia él.

— Haz el resto del camino tú solo. Yo estaré en la última fila, como convinimos. Si me necesitas, hazme un gesto —le susurró Maggie. Después se marchó.

Ella tenía razón. J.D. pudo hacer el resto del camino por sí mismo.

Se sentó junto a su abuela y sacó fuerzas de ella. La sentía a su lado, derecha como una vela, silenciosa en su sufrimiento.

Mientras el funeral se celebraba, J.D. se volvió un par de veces como si buscara una vía de escape. Y allí, en la última fila, encontró un par de ojos verdes. La presencia de Maggie lo reconfortó, lo calmó. Ella entendía lo que él estaba pasando, y no esperaba que hiciera un esfuerzo sobrehumano, sólo que fuera capaz de soportar el funeral.

J.D. se preguntó distraídamente dónde habría dejado al niño mientras lo ayudaba. En aquel momento, David estaba sentado en su regazo.

Sacudió la cabeza, pensando en que aquellos detalles no tenían importancia. El hecho de saber que ella estaba allí hizo posible que se quedara allí durante toda la misa e incluso que después estrechara las manos de los asistentes, escuchara sus condolencias y respondiera apropiadamente. Y de vez en cuando veía a Maggie al fondo, como fuente constante de ánimo.

Le pareció que habían pasado horas cuando el último invitado le dio el pésame y se marchó.

J.D. alzó la vista y vio a Maggie.

Lentamente, ella asintió como muestra de aprobación.

Era una lección de humildad dejar que una mujer conociera sus debilidades, y sin embargo, también era liberador. Como si ella conociera la parte más cobarde de su alma y no lo juzgara por ello. La ironía no se le escapó. Pero le parecía bien haber dejado a un lado sus reservas y haberles ofrecido refugio a Maggie y a su hijo. Ella había respondido ofreciéndole a él apoyo cuando más lo necesitaba.

—Allí está— le susurró su abuela al oído, señalando a Maggie con un discreto gesto de la cabeza—. Sabía que vendría al funeral. Ella quería a Eric. Yo lo sabía.

J.D. tragó saliva. Tenía un nudo en la garganta.

—Sí, supongo que sí.

Su abuela la llamó con un gesto de la mano.

—¿Puedo tener en brazos a mi bisnieto? Me daría ánimos en un día tan triste.

Maggie titubeó durante un segundo, pero después dio un paso hacia delante y le entregó al niño a su bisabuela.

—Claro. Claro que puede tenerlo en brazos.

—Ven aquí, angelito precioso —le dijo suavemente la abuela de J.D. a David.

David la observó atentamente, con el ceño fruncido. Finalmente, le acarició la mejilla con la manita.

A J.D. se le encogió el pecho. Era la primera vez que veía sonreír a su abuela desde hacía varios días. Ella abrazó al niño y dijo:

—Sí, eres una preciosidad.

Después se volvió, con el bebé en brazos, y se dirigió hacia la puerta.

—David irá conmigo en la limusina a la recepción. Nancy va a ir con Roy. J.D., tú puedes ir con Maggie —le dijo, por encima de su hombro.

Maggie se quedó pálida.

—No, no. Espere, ¿adónde se lleva a mi hijo? Vuelva. Necesita una silla de bebé. Me necesita —dijo ella, con una nota de pánico en la voz.

J.D. le tocó el hombro.

—Parece que ella lo llevará después a casa. Estoy seguro de que la limusina tiene un asiento de bebé. Vamos, yo conduciré.

Maggie utilizó a J.D. como escudo humano mientras se abrían camino entre una multitud de amigos y conocidos en la recepción. Muchos de ellos le lanzaron miradas sucias. Después, susurros y murmuraciones.

Ella mantuvo la cabeza alta, intentando no pensar en cómo la estarían viendo. En vez de ver a la mujer abandonada de Eric, y a la madre de su hijo, veían a la otra mujer. A una mujer que se exhibía

desvergonzadamente en el funeral de Eric.

Ella agarró a J.D. por el brazo y lo detuvo.

—Tengo que salir de aquí.

—Gente implacable, ¿eh?

—Yo no tengo por qué estar aquí.

Se dio la vuelta y volvió a abrirse camino entre la gente, sin hacer caso de los dolorosos susurros y el hecho de que nadie la mirara a la cara. La verdad era que ella no tenía por qué estar en ningún sitio, ni con su familia ni con la de Eric.

Recordó otro funeral. Otra persona a la que ella había querido había muerto demasiado joven. Durante un instante, fue como si sintiera la presencia de Cassie a su lado, animándola a ser valiente, a luchar por su hijo y su futuro. Era irónico, porque Cassie había cometido el último acto de rendición. Se había suicidado.

Maggie sintió una mano en el hombro y se dio la vuelta, casi esperando que iba a ver a su hermana. Pero la persona que la había detenido estaba muy viva y era una amenaza, aunque pareciera que a veces se preocupaba de verdad. Él era un McGuire, y sería mejor que Maggie tuviera en cuenta que su lealtad sería para su familia, naturalmente.

—¿Estás bien? —le preguntó J.D.

—Lo estaré en cuanto recupere a mi hijo y salga de aquí.

Maggie siguió caminando entre la gente, hacia Edna. Extendió los brazos hacia David y dijo:

—Tenemos que irnos.

David le sonrió, con la boca llena de migas y con una galleta en cada mano. Pero no se movió.

—Se ha portado tan bien... —dijo Edna—. Quédate un poco más —le pidió a Maggie.

—Sólo unos minutos —murmuró Maggie, y se apartó de los demás.

Hubo un revuelo cerca de la puerta principal, donde había una

mujer rubia, muy bella, secándose los ojos con un pañuelo y recibiendo abrazos y condolencias. Un hombre bajo y fornido la seguía, agarrándole el codo solícitamente.

—¿Qué te parece si vamos a la cocina? Yo vendré a buscar a David en un par de minutos —le pidió J.D., un poco inquieto.

—Yo...

—Por favor. A ti te vendría bien un descanso —dijo, y miró hacia la rubia—. Esto no es culpa de Nancy. Ella no se merece una escena desagradable, y tú tampoco.

Maggie titubeó, resistiendo el impulso de intentar entender lo que podría estar sintiendo la otra mujer, el impulso de comprender sus propias emociones contradictorias. Estaba furiosa. Furiosa con el hombre que la había puesto en la situación de sentir lástima de Nancy. Furiosa por verse obligada a esconderse a causa de los pecados de aquel hombre.

Pero entonces, su ira se desvaneció tan rápidamente como había llegado. J.D. tenía razón. Nancy era una víctima de todo aquello, como ella misma.

Maggie asintió y le permitió a J.D. que la acompañara a la cocina, donde hizo lo único que le proporcionaba paz: mirar a su hijo desde la puerta.

David observaba a su bisabuela con adoración.

La señora McGuire tenía al bebé en su regazo mientras recibía el pésame de Belmont, el abogado al que J.D. había convencido para que rescatara a Maggie. Cuando el hombre se volvió, tenía una mirada de tristeza. Era raro, porque a Maggie no le había parecido una persona sentimental.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, J.D. comentó:

—Belmont era como un padre para Eric. Tenían una relación muy estrecha.

—Ah —susurró ella.

El sonido de la risa de David captó su atención. La señora

McGuire le estaba haciendo cosquillas bajo la barbilla, como lo hacía Maggie. A ella se le encogió el estómago al verlo. Quería tanto a su hijo que le dolía. Estaba deseando quitárselo a aquella mujer, salir de la casa y del pueblo y no volver jamás.

David era suyo, sólo suyo. Lo único que tenía, desde que sus padres la habían repudiado y habían renegado de David.

Pero en aquel momento, David tenía más cosas. Una familia entera. ¿No era eso lo que ella quería para él? Un futuro seguro. Una red de seguridad, por si acaso a ella le ocurría algo.

—Gracias.

Maggie se volvió asombrada hacia J.D.

Él le hizo un gesto con la cabeza hacia su abuela.

—Gracias por ser buena con ella. Por dejarle abrazar al niño. Por permitirle que recuerde que la vida continúa.

—Ella no me ha dejado elección.

—Sí. La abuela puede ser así —comentó él, y después, su expresión se endureció—. No me gustaría que se hiciera demasiadas esperanzas.

—¿Sobre David?

Él asintió.

A Maggie le ardieron las mejillas.

—En ese caso, no te preocupes. Tu abuela no se llevará una decepción en cuanto a la paternidad del niño,

Él la miró a los ojos durante un largo momento.

—Me han pedido que te diga que Belmont quiere verte mañana en su bufete para la lectura del testamento.

—¿Eric tenía testamento?

J.D. ladeó la cabeza y la observó con los ojos entrecerrados.

—Es de dominio público que mi padrastro dejó un fondo fiduciario para él. Es de lógica que Eric hiciera su testamento. No entiendo por qué no lo sabes. Después de todo, los maridos y las mujeres comparten esas cosas.

A Maggie se le encogió el corazón. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua?

—Parece que hay muchas cosas que yo no sabía sobre Eric.

Sólo podía culparse a sí misma por aceptar una pequeña parte de lo que debería ser un matrimonio. Pero, en su defensa, podía alegar que nunca había visto un buen matrimonio. Sus padres, aunque llevaban casados cerca de cuarenta años, no eran un buen ejemplo. Su padre regía la casa con mano de hierro, lo cual, según él, era el derecho que le había concedido Dios. Y su madre había sido una esposa abnegada. Pero Maggie nunca había presenciado un momento de ternura entre ellos, ni una sonrisa. La vida era un asunto muy serio, y la obediencia algo de importancia capital.

Sin embargo, Maggie había sabido finalmente que la obediencia ciega no conducía a ninguna parte. Una vez que había dejado de ser complaciente, su vida como la hija de Joe y Martha Sinclair había terminado. Aunque ella no estaba dispuesta a ser otra baja, como Cassie. Se negaba incluso a plantearse.

Alzó la barbilla y dijo:

—Estás equivocado. No hay forma de que él tuviera acceso a esa clase de fondo. Si Eric hubiera tenido dinero, él mismo se habría patrocinado las carreras, y habría tenido el mejor de los coches de competición,

—No. Él ya se gastó la mitad de su herencia durante el primer año de carreras. No habría recibido la segunda parte hasta que hubiera cumplido treinta años. ¿Y tú dices que no lo sabías?

Maggie sacudió la cabeza.

—Él tenía un patrocinador cuando yo lo conocí. Las cosas se pusieron muy feas cuando el señor dejó de patrocinarlo. Eric me dijo que nadie de su familia le prestaría dinero.

—Exacto. Ni siquiera la abuela iba a darle más dinero para que lo malgastara.

—¿Belmont quiere que yo vaya a su bufete?

—Me imagino que habrá algo en el testamento que te afectará — dijo J.D., y apretó los labios—. Si hubiera sabido que Eric le había pedido a Belmont que redactara su testamento, no le habría pedido que te representara. Me imaginé que Eric tendría un abogado de fuera del pueblo para este tipo de cosas.

—No habrá ningún problema, porque yo no tengo nada que ver con la muerte de Eric. Y lo que es más, no sabía que tuviera testamento. Puedes creerlo o no, es cosa tuya.

—Pues sí, es cosa mía. Pero hasta que yo decida si te creo, tengo que proteger a mi familia. Así que discúlpame si no me doy mucha prisa en tomar esa decisión.

La intensidad de J.D. hizo que Maggie diera un paso atrás. El hombre frío que la había rescatado de la cárcel había desaparecido. Y también el hombre vulnerable que luchaba por mantener el tipo en el funeral de su hermano. J.D. acababa de hacerle saber que podía ser un adversario muy duro. Y ella sería tonta si no tomara en cuenta su advertencia.

—No sé dónde está el bufete. Si me das la dirección, estoy segura de que podré encontrarlo.

—Vendrás conmigo. La reunión es a la una en punto en la oficina de Belmont. Estate preparada a las doce y media.

La conversación había terminado, evidentemente. Sin embargo, Maggie aún necesitaba algunas respuestas, necesitaba saber en qué se estaba metiendo.

—¿Va a estar allí el resto de la familia?

—Sí. A menos que quieras pagarle a Belmont la minuta de una reunión privada.

—No, no es necesario. Estaré allí mañana. Por David.

—Sí, por David —respondió él, con la voz y el rostro inexpresivos. Era imposible decir que la creía o sólo estaba siendo irónico.

—Te agradezco que me lleves —dijo Maggie, con una sonrisa tensa—. Y ahora, creo que ha llegado la hora de la siesta de mi hijo.

Si me disculpas...

Sin mirar hacia la izquierda ni hacia la derecha, entró en el salón con la cabeza alta. Mantendría la dignidad aunque las mujeres cuchichearan tapándose la boca con la mano. Incluso aunque la rubia que estaba sentada junto a la anciana le lanzara una mirada asesina.

Maggie tendió los brazos hacia su hijo.

—Ya es hora de que David se vaya a dormir la siesta. Si nos necesita para algo... en fin, sólo tiene que llamar.

—Gracias, cariño...

—¿Cómo te atreves? —le preguntó la mujer rubia, con la voz ronca de dolor—. ¿Cómo te has atrevido a aparecer aquí? ¿Y en su funeral? Paseándote con tu hijo, avergonzando a la familia.

—Nancy —la reprendió la señora McGuire—. Sé que estás sufriendo, cariño. Pero éste no es el lugar ni el momento.

David se retorció en su regazo, con una mirada de confusión. El bebé extendió los brazos hacia Maggie y en aquella ocasión, la señora McGuire lo dejó marchar.

Nancy comenzó a llorar silenciosamente.

Maggie se sintió consternada. Nancy tampoco tenía la culpa de nada.

—Yo intenté...

—No tenías derecho. Él no tenía derecho —susurró Nancy, con las mejillas llenas de lágrimas.

Aquella mujer tenía razón en una cosa. Eric no tenía derecho a zafarse de la responsabilidad de aquella situación, ni siquiera a través de la muerte.

—Lo siento muchísimo —murmuró Maggie. Después se dio la vuelta y salió por la puerta principal.

Maggie no se daba cuenta de que ella también tenía la cara llena de lágrimas hasta que hubo andado un rato. No sabía hacia dónde iba, y no le importaba.

David le dio un golpecito en la mejilla, con la frente fruncida.

—No puedo, David. No puedo.

Él sonrió al oír su nombre. Con muy poco bastaba para hacerlo feliz.

La gratitud consiguió detener sus lágrimas. Maggie tenía un niño precioso, sano. Lo abrazó contra su corazón hasta que el bebé se retorció con impaciencia.

—Lo intentaré, David. Por ti, lo intentaré.

Capítulo 6

El toyota no era rápido, pero J .D, se imaginaba que Maggie no habría ido muy lejos. Gracias a Dios, él se había guardado las llaves del coche en vez de devolvérselas en la recepción del funeral.

¿Adónde se creía que iba? Quizá debiera dejar que se marchara. En parte, J.D. deseaba que Maggie y su hijo se desvanecieran. Aquello simplificaría su vida.

Pero las autoridades la detendrían, y tendría que pasar cierto tiempo en la cárcel. David sería entregado a una familia en acogida, y habría una batalla por su custodia. No, Maggie tenía que quedarse allí el tiempo suficiente para que el comisario pudiera determinar si era una santa o era una asesina y una cazafortunas.

J.D. sacudió la cabeza al pensar que le resultaba difícil pensar en ella en aquellos términos. La mujer compasiva del funeral no era una asesina. Pero ¿sería una cazafortunas, o todo era una idea absurda de J.D.?

J.D. entrecerró los ojos para protegerse del sol. Tenía los músculos de la espalda agarrotados por la tensión, y un martilleo doloroso en la cabeza.

Cuando vio la figura de Maggie caminando por la cuneta, aminoró la marcha.

—Entra.

Maggie se volvió y frunció el ceño. Durante un segundo, J.D. pensó que iba a negarse. Entonces, ella miró a David y se encogió de hombros. Por el niño, ella aceptó otro favor. De lo contrario, posiblemente le habría dicho que se fuera al demonio.

Cuando David y Maggie estuvieron sentados en el coche, J.D. dejó

escapar un suspiro de alivio, aunque no quisiera admitir que se había preocupado.

—¿Adónde ibas?

—No lo sé. A cualquier sitio.

—No piensas mucho las cosas antes de hacerlas, ¿verdad?

Ella alzó la barbilla.

—Soy muy responsable.

J.D. perdió la paciencia.

—¿Qué mujer responsable se deja engañar por las tonterías de Eric y arrastra a su hijo por medio país buscando una limosna?

Se arrepintió de aquellas palabras en cuanto las hubo pronunciado, pero ya era demasiado tarde para borrar lo que había dicho.

Maggie se puso muy roja de indignación e irguió los hombros.

—Lo siento...

—No. No lo sientes. Y, en respuesta a tus preguntas, en primer lugar yo era muy ingenua cuando conocía a Eric. Él era capaz de venderle el Golden Gate Bridge a una mujer, si quería. En segundo lugar, la gente viaja por el país con niños todo el tiempo. Y en tercer lugar, no quiero una limosna. Quiero lo que es de David por derecho. Yo daría la vida por mi hijo.

J.D. suspiró. Se sentía muy ruin.

—Lo sé. He visto lo mucho que lo quieres. Lo siento, de verdad. Mira, vamos a dejar de discutir. Te llevaré a mi casa, y allí podréis descansar tranquilamente el niño y tú.

Ella tomó aire y asintió.

—David necesita dormir la siesta.

—Y seguramente, a ti no te vendrá mal, tampoco.

Maggie asintió de nuevo.

—Quizá sí. Ha sido un día muy duro.

—Para todos nosotros. Espero que no haya sido demasiado para mi abuela.

—Ha sido muy buena con David.

—Eh, sí, parece que está enamorada del niño. Y él se ha portado muy bien durante el funeral y la recepción.

—Sí. Pero si no duerme un poco, dejará de portarse bien. Lo único que quiero es llevármelo a casa, a su cama.

—¿A Phoenix?

—Sí.

—Pues parece que estás atrapada aquí durante unos días. Al menos, hasta que Belmont pueda convencer al juez de que te dé permiso para salir del estado.

Maggie miró por la ventanilla.

—¿Y cuándo crees que sucederá eso?

—No lo sé. Podemos hablar de ello con Belmont después de la lectura del testamento.

—¿Los dos?

—Sí. Me gustaría saber si tiene alguna noticia sobre la investigación.

Maggie se encogió de hombros y dijo:

—Está bien.

J.D. respiró profundamente y añadió:

—Y decirle que pida una prueba de la paternidad de David.

J.D. había estado muchas veces en el despacho de Belmont, pero nunca se había sentido tan inseguro y tan tenso. Como por un giro sádico del destino, J.D. había acabado sentado entre las dos esposas de Eric, Maggie a su derecha y Nancy a su izquierda. No sabía si sentirse aliviado o desconfiado por el hecho de que su abuela no se hubiera sentido bien y no hubiera podido asistir. A él también le habría gustado estar en cualquier otro lugar.

A su izquierda percibió un suave sollozo.

—¿Cómo lo estás llevando? —le preguntó a Nancy.

Ella tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

—Bien, supongo.

¿Qué más podía decir o hacer? Nancy había sido su cuñada durante años, y él sentía mucho cariño hacia ella. Sin embargo, había defendido a la persona que le causaba dolor. Se sentía agradecido porque Maggie hubiera accedido a dejar al niño con la vecina de al lado. J.D. tenía la impresión de que, si David estuviera en la sala, Nancy se habría incendiado por combustión espontánea.

Observó la postura erguida de Maggie y cómo se apretaba las manos, nerviosamente, sobre el regazo, y tuvo que resistir el impulso de sujetarle los dedos.

La llegada de Belmont rompió el silencio.

—Siento llegar tarde —se disculpó. Tenía aspecto de estar triste y cansado.

J.D. arqueó una ceja cuando vio a un segundo hombre. Era su propio socio de negocios.

—¿Roy?

Roy asintió.

—He venido a apoyar a Nancy —dijo, y se sentó junto a la viuda de Eric.

J.D. se preguntó si habría descartado demasiado deprisa los rumores que corrían por el pueblo. Rumores sobre que Nancy y Roy pasaban mucho tiempo juntos durante horas extrañas del día y de la noche, y sólo cuando Eric estaba de viaje. Normalmente, él se creía una décima parte de las murmuraciones que llegaban a sus oídos, pero quizá en aquella ocasión había enterrado la cabeza en la arena y se había negado a pensar que nadie pudiera estar traicionando a su hermano.

J.D. sacudió la cabeza. No podía creerse su propia hipocresía. Eric no había dudado en hacérselo a Nancy. Entonces, ¿por qué iba a sorprenderlo que ella hiciera lo mismo?

Porque, pese a todo, J.D. quería creer en la santidad del matrimonio. Quería creer con todo su corazón que el amor que habían compartido su madre y su padrastro era algo más que una

imaginación suya.

Belmont se sentó tras su escritorio de caoba y abrió una carpeta de documentos. Después carraspeó y comenzó.

—Siento mucho que tengamos que reunirnos en unas circunstancias tan tristes. Vamos a empezar, e iremos directamente al grano. El testamento es muy sencillo. Eric hizo legados a algunos de sus compañeros de las carreras. Yo los avisaré por correo electrónico. E iré a casa de tu abuela en un par de días —le dijo a J.D.

—Gracias. Estoy seguro de que te lo agradecerá mucho —respondió él.

Belmont pasó algunas páginas hasta que llegó a la que tenía que leer.

—A mi hermanastro J.D. le dejo lo siguiente —recitó el abogado, y después le entregó una lista a J.D.

Él plegó la lista y se la metió al bolsillo sin mirarla. No le importaba lo que Eric le hubiera dejado. Quería recuperar a su hermano.

—Y el resto será para Nancy.

Nancy murmuró algo e intentó secarse las lágrimas con el pañuelo de papel que tenía entre las manos.

Roy le dio unos golpecitos en la rodilla.

J.D. resistió la necesidad de quitar la mano de Roy de allí. De repente, la sala le pareció muy pequeña, y el aire demasiado caliente y opresivo. Se levantó.

—Gracias, Belmont. Estaremos en contacto...

—Espera. Hay una cláusula.

—¿Una cláusula? —J.D. se dejó caer en su asiento.

—Sí. Nancy recibirá el grueso de los bienes de Eric, sólo en caso de que él hubiera muerto sin descendencia. Su deseo era que sus bienes se dividieran a partes iguales entre sus hijos, y que Nancy se quedara con la casa de Maple Street.

J.D. miró a Maggie. Ella se había quedado muy pálida.

—¿Qué significa eso, Belmont?—preguntó Nancy.

—Significa que si la prueba de paternidad confirma que Eric es el padre del hijo de esta mujer —dijo, e hizo un gesto con la cabeza hacia Maggie—, entonces el niño heredará el resto del fondo fiduciario de Eric, lo cual no es una fortuna, pero es una suma considerable. La madre, como tutora legal del niño, sería la administradora.

Nancy se puso en pie.

—Déjame comprobar si lo entiendo bien. Si mi marido tuvo un hijo por ahí, ¿entonces lo perderé todo salvo la casa?

—Sí, exacto.

—Pero ¿y si ella lo ha matado? —preguntó Nancy, señalando a Maggie.

—Si ella resulta condenada por el asesinato de Eric —dijo Belmont—, entonces, el tutor legal del niño administraría ese fondo. Por este motivo, necesito reunirme en privado con Maggie para hablar sobre un posible conflicto de intereses si yo la represento. Cometí una negligencia al no pensarlo antes, pero la muerte de Eric fue un choque muy fuerte. Mi preocupación más inmediata era conseguir que Maggie y su hijo se reunieran lo antes posible.

—No puedo creerme que miréis a la cara a esta mujer —dijo Nancy. Después pasó por delante de J.D. y de Maggie y se dirigió hacia la puerta. Roy la siguió.

J.D. se levantó.

—Nancy...

La puerta se cerró con un clic significativo.

J.D. se pasó una mano por la cabeza. Se sentía como un idiota. Dividir su lealtad era algo que no iba con él. Estaba caminando sobre una cuerda floja entre las dos mujeres de su hermano, y la situación era desconcertante.

Belmont le hizo un gesto para que saliera de la habitación.

—Ve a hablar con ella. Eso me dará la oportunidad para tratar un

asunto con Maggie.

—Está bien. Esperaré en el vestíbulo —dijo J.D., mientras salía.

Belmont carraspeó y se dirigió a Maggie.

—Es evidente que yo voy a manejar la disposición de los bienes de Eric.

Ella asintió, aunque no estaba completamente segura de lo que iba a escuchar. .

—Y también manejo los asuntos legales de Edna McGuire. Como ya he dicho, puede haber un conflicto de intereses.

—No lo entiendo.

—Yo conocería detalles legales de tu caso penal que podrían afectar al desarrollo de un litigio civil.

A Maggie se le encogió el estómago.

—¿Qué tipo de litigio civil?

—Oh, por ejemplo... una impugnación al testamento de Eric, o algo así. Tu hijo heredará unos cincuenta mil dólares. Hay testamentos que se han impugnado por mucho menos.

—¿Cincuenta mil dólares? ¿Estás seguro? —ella no comprendía bien aquella cifra. Era mucho. Lo bastante como para que David pudiera ir a la universidad algún día.

—Sí, estoy seguro. Así que te darás cuenta de que es importante que tu caso lo lleve otro abogado.

—Pero yo no conozco más abogados. J.D. me ha dicho que tú eres el mejor.

Belmont apretó los labios.

—Tiene razón. Yo soy el mejor. Pero te daré los nombres de un par de abogados de por aquí, que son muy competentes, y otros nombres de abogados del condado.

Maggie alzó la barbilla e intentó que su voz sonara firme.

—Te lo agradecería. Preguntaré por su reputación —estuvo a punto de decir que le preguntaría a J.D, por ellos, pero entonces recordó la tensión que había sentido cuando él estaba en el despacho

de Belmont.

Se preguntó si sus intenciones hacia ella eran tan puras como ella quería creer. ¿O quizá estuviera actuando impulsado por un conflicto de intereses más personal?

Maggie se sintió más sola de lo que se había sentido durante años, al ver al abogado escribiendo algunos nombres en un cuaderno. Después arrancó la hoja y se la tendió, con una expresión de alivio.

Ella asintió con rigidez.

—Gracias por tu tiempo, Belmont.

—Que tengas mucha suerte —le dijo él, y la acompañó hasta la puerta del despacho.

Ella miró a su alrededor por la recepción y se sintió más calmada al ver que Nancy ya no estaba allí. Sus nervios no podrían soportar más acusaciones de aquella mujer por el momento.

J.D. estaba apoyado en el marco de un ventanal, mirando a la calle. Ella se acercó y le tocó el brazo.

—J.D.

—Ah, ¿ya habéis terminado?—preguntó, distraídamente, como si tuviera la mente ocupada en algún asunto del mundo que había tras la ventana.

—Eh... sí. No se tarda mucho tiempo en que la despidan a una si es que un abogado puede despedir a un cliente.

—¿Belmont no va a llevar tu caso? ¿Por qué?

—Conflicto de intereses. Tiene algo que ver con el hecho de que tu familia ya es cliente de Belmont, y el caso penal, y el litigio civil, y varias cosas más que significan que estoy sola de nuevo.

—Iré a hablar con él.

—No —le pidió ella—. No lo hagas. Él me ha dado una lista de nombres de abogados. No pasa nada.

A ella la sorprendió el hecho de que, después del choque inicial, se sintiera bien porque Belmont hubiera dejado su caso.

—Puede que sea lo mejor.

—Eso espero, o Belmont tendrá que darme una buena explicación

—dijo J.D.

Maggie sintió una pequeña chispa de esperanza que la ayudó a combatir la soledad que había experimentado en el despacho del abogado. Hacía mucho tiempo desde la última vez que alguien la había apoyado.

—Necesito ir a un sitio. ¿Te importaría llevarme al cementerio donde está enterrado Eric? —le pidió.

Él palideció.

—Eh... ¿estás segura de que quieres ir?

—Sí, J.D. Aunque me gustaría recoger a David de casa de la vecina. No me gusta dejarlo demasiado tiempo en terreno extraño para él.

J.D. asintió lentamente.

—Está bien.

J.D. acompañó a Maggie a la tumba de Eric, pensando que una tarde de verano no era el mejor momento para hacer aquel viaje. El día no podía ser más húmedo y caluroso. Sin embargo, parecía importante para ella, así que J.D. intentó no prestarle atención al hecho de que tenía la camisa pegada a la piel.

Apoyado contra el tronco de un roble, observó cómo lloraba Maggie. ¿Debería intentar confortarla? ¿Ofrecerle un pañuelo? ¿Qué iba a hacer si no dejaba de llorar nunca? Decidió no hacer nada. Parecía que ella se había retirado a un mundo propio del cual él estaba excluido.

Miró a su alrededor, intentando darle privacidad, Eric estaba enterrado en el terreno del cementerio de los McGuire, donde había algunas lápidas relativamente nuevas entre otras con décadas de antigüedad, bloques de granito erosionados cuyas inscripciones apenas eran legibles.

El llanto de Maggie hacía que se sintiera muy incómodo. Ella

abrazaba fuertemente a David mientras sollozaba, y J.D. se preguntó cómo era posible que su hermano se las hubiera arreglado para obtener tal devoción, incluso después de haberse descubierto cómo era en realidad.

También se preguntaba por qué Maggie había tenido tal arrebatado de pena repentinamente.

Un nuevo grito le atravesó el corazón. Era David, cuyo llanto se había unido al de Maggie. J.D. se acercó a ella y le rozó el brazo.

Ella se volvió con la cara congestionada y los ojos enrojecidos.

—Déjame que me lleve a David.

Maggie frunció el ceño.

—Él y yo daremos un paseo mientras tú... te sacas todo esto de dentro. Creo que lo estás asustando.

Ella titubeó. Después asintió y le dio al niño.

Las lágrimas del niño cesaron mientras observaba a J.D. solemnemente. J.D. se dio la vuelta, dándole golpecitos en la espalda al bebé, y se dirigió hacia un camino que había entre la hierba y los arbustos.

Siguieron el sendero y J.D. le señaló varios animales y flores mientras caminaban. El niño chilló de entusiasmo al ver una ardilla que se detuvo a unos metros de ellos para observarlos.

—Te gustan las ardillas, ¿eh? —J.D. no pudo evitar sonreír al ver la alegría del niño—. A mí también, pequeño. Y ya que tenemos tanto en común, podrías decirme qué es lo que mueve a tu madre. Es una mujer complicada.

David tenía mucho que decir, pero nada inteligible.

Suspirando, J.D. se acercó a un banco de hierro y se sentó con el bebé. Sin nadie que los observara, él pudo por fin bajar la guardia, fingir que no tenía todo el peso del mundo McGuire en los hombros.

Y preguntarse qué demonios iba a hacer con aquel lío colosal.

No había nada que pudiera hacer en realidad, salvo esperar a que llegara el resultado de la prueba de paternidad. Y esperar que fuera

negativo. De lo contrario, el lío sería mucho mayor.

Observó el rostro del bebé, intentando encontrarle algún parecido con Eric. Le acarició el pelo rubio y se maravilló de su suavidad. Eric tenía el mismo pelo a su edad. J.D. recordaba que él lo acariciaba como si fuera un perrito. Recordaba también lo ansioso que había estado por convertirse en hermano mayor. Un niño de ocho años entendía muy poco de la responsabilidad que acompañaba a aquel trabajo.

Y no sabía la pesadez que podía ser un hermano pequeño.

Qué lejano estaba el tiempo en que J.D. era sólo un niño. Sonrió al acordarse de lo mucho que su madre había intentado que él se sintiera incluido en todo aquello. El bebé también sería su bebé, le había dicho ella. Y su padrastro, el hombre al que J.D. había aprendido a llamar padre, había perpetuado el mito.

Se rió sardónicamente al darse cuenta de que había sido su abuela la que se lo había aclarado todo. No intencionadamente, por supuesto. Mimando al bebé y enumerando todos sus rasgos McGuire. J.D. se había apartado, sabiendo que él no tenía ni uno solo de aquellos rasgos y que, de hecho, se parecía tanto a su padre natural que nunca lo habrían podido tomar por un McGuire de nacimiento.

Por aquella razón, casi sintió parentesco con el bebé que estaba sentado en sus rodillas.

—Eh, pequeñín, tú tampoco eres un McGuire, ¿verdad? Es algo terrible que te ha deparado la vida. No tienes padre. Pero tu madre lo hace bien, chavalín. Te quiere mucho, eso está claro.

David sonrió y agitó las manos.

—Pa.

—Vaya, ni lo sueñes. Ni te has acercado. Pero quizá algún día tengas un padrastro. Eso puede ser estupendo. Mi padrastro era un tipo estupendo.

—Pa, pa —repitió el bebé, con los ojos muy abiertos,

confiadamente.

J.D. sintió que se le hacía papilla el alma. Era como un viaje en montaña rusa, pero daba más miedo. Mucho más.

—Ejem. Creo que ya hemos tenido bastante tiempo de vinculación masculina. Esperemos que tu mamá haya tenido tiempo para terminar con sus... eh... cosas.

Se levantó del banco con el niño en brazos y volvió por el camino hasta la tumba de Eric.

—¿Maggie? —murmuró, mientras se acercaba a ella.

Maggie se volvió, secándose las lágrimas.

—Ya estoy mejor.

—¿Quieres que hablemos sobre ello?

Maggie sacudió la cabeza y le tendió los brazos a David, muy seria.

—No ha sido agradable. Son cosas que le habría dicho a Eric si estuviera hoy aquí.

J.D. no sabía qué responder.

—Eh, bueno... había un legado en el testamento para el hijo de Eric. El saber que pensó en David debe de ayudar un poco.

—No lo entiendes —le dijo ella, con resentimiento.

—¿Qué?

—Incluso en muerte ha negado a nuestro hijo. David no ha sido mencionado en su testamento, sólo es un niño sin cara y sin nombre que Eric podría haber engendrado en cualquiera de sus viajes.

J.D. entendió lo que ella quería decir. Quizá debiera saber la verdad acerca de Eric. Pero aquél no era su secreto, y él no podía revelarlo.

—Estás muy afectada. Han sido dos días difíciles para todos nosotros. Vamos a casa —le dijo, y le tocó el hombro con la intención de volverla hacia el coche.

Ella no se movió.

Él notó que enrojecía bajo su mirada asesina. No pudo mirarla a

los ojos.

Maggie se acercó a él, con los ojos muy abiertos. Las pecas de sus mejillas y su nariz hacían que sólo pareciera una adolescente, una adolescente muy guapa y con muchos problemas.

—Tú sabes algo, ¿verdad?

J.D. tragó saliva.

—Le prometí a Eric que nunca se lo diría a nadie.

Ella se puso a David sobre la cadera y se acercó a él.

—¿Por favor?

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—Las dos cosas. Nunca he roto una promesa que le hubiera hecho a mi hermano.

Maggie asintió.

—Él contaba con eso. Decía que tú eres el hombre más honorable del mundo —dijo, y después soltó una carcajada amarga—. Y no siempre era un cumplido.

J.D. tuvo una profunda sensación de pérdida, notó el vacío en un lugar de su corazón que había cerrado hacía mucho tiempo. El lugar que había reservado para un hermano que nunca había cumplido sus esperanzas y sus sueños.

Aquella situación con Maggie le hizo preguntarse si las cosas habrían podido ser distintas. ¿Había algo que él pudiera haber hecho de una manera diferente para que Eric se hubiera convertido en un hombre mejor?

No. Porque cada vez que sus padres intentaban poner reglas o hacerlas cumplir, la abuela aparecía por detrás de ellos y le daba a Eric todo lo que quería, sin consecuencias, sin lugar para que el niño desarrollara fuerza de carácter. Simplemente, el hecho de que fuera un McGuire de nacimiento era suficiente para ella.

Y después de que sus padres murieran, su abuela se había hecho cargo de los dos. De Eric, porque era de su carne y de su sangre,

claro. Pero J.D. era diferente. Posiblemente, nunca llegaría a saber qué era lo que había hecho que ella se interesara por él, el hijastro de su difunto hijo.

—No me gusta pedirte que rompas una promesa —le dijo Maggie, en voz baja—. Pero si piensas que eso podría tener consecuencias buenas para David, te lo pediré una vez más. Por favor.

J.D. miró al niño, que tenía la cabeza apoyada en el hombro de su madre y los ojos medio cerrados. Sintió una emoción extraña. Era casi paternal. Protectora.

Y probablemente, poco apropiada. Pero en aquel instante, su corazón se expandió e incluyó a David.

Le apartó el pelo de la cara al bebé. Después miró a Maggie y se quedó sorprendido al darse cuenta de que tenía un brillo nostálgico en los ojos.

—¿Por favor?

J.D. respiró profundamente y dio un paso atrás. Lo que tenía que decirle era demasiado íntimo incluso sin la cercanía física añadida.

—Eric era estéril. No quería que nadie lo supiera.

Capítulo 7

Las palabras de J.D., resonaron en los oídos de Maggie. El mundo tembló a sus pies por segunda vez en menos de una semana.

—¿A qué te refieres?

—Tuvo cáncer cuando era pequeño. Y los médicos dijeron que nunca tendría hijos a causa de los tratamientos.

—Bien, pues los médicos se equivocaron —dijo Maggie. Tenía ganas de llorar de nuevo—. Esto empeora por momentos. ¿Por qué no me lo dijo Eric? ¿Estás seguro de que esto no es un programa de cámara oculta?

J.D. sacudió la cabeza.

—Ojalá. Pero Eric no va a volver —dijo, y se pasó la mano por los ojos—. No va a volver.

Maggie no podía calmar la pena de J.D., en aquel momento. La suya era demasiado grande. La magnitud de las mentiras de Eric amenazaba con ahogarla. De repente, todo cobró sentido.

—Lo siento —le dijo J.D., con la voz ronca. Maggie sintió su mano cálida en el hombro.

Si él le demostraba más comprensión, Maggie se derrumbaría por completo. Y tenía que intentar ser fuerte por David. Irguió los hombros.

—No te preocupes. No es problema tuyo.

—Entonces... ¿esto cambia de alguna forma tus planes? —le preguntó J.D.

—En absoluto. Aunque explica por qué tú tuviste desde un principio el convencimiento de que Eric no podía ser el padre de David —dijo ella. La decepción le había dejado un sabor amargo en

la boca.

Él se pasó una mano por la cabeza.

—Ya no sé qué pensar. Los médicos dijeron que no tendría hijos. Nancy no pudo quedarse embarazada, y lo intentaron, créeme. Y ninguna de las otras mujeres que aparecieron eran de fiar.

—¿Las pruebas de fertilidad confirmaron que él era estéril?

—Eric no quería hablar de ello. Nancy quería tener hijos a toda costa, y aquél era un tema peliagudo. Pero tengo la sensación de que las noticias no fueron buenas. Y Nancy no se quedó embarazada.

—Pero ¿y yo? ¿Qué te dice tu instinto?

Él no la miró a los ojos.

—Que tengo un buen problema.

—Buena evasiva.

—No vas a dejar el tema, ¿verdad? —le preguntó J.D., en un susurro, y le apartó un mechón de pelo de la cara.

La intimidad de aquella caricia conmovió a Maggie, pero no tanto como para que se retirara de su misión.

—¿Estás dispuesto a correr el riesgo de darle la espalda a tu propio sobrino?

Él se quedó pálido, pero Maggie continuó.

—¿Y qué le voy a decir a David cuando sea mayor? ¿Que la familia de su padre lo conoció y no le importó nada?

—Ay, Maggie, eso no es justo.

—Nada ha sido justo desde el momento en que vi a Eric por primera vez.

—¿Qué más quieres de mí? Te conseguí un abogado, pagué tu fianza para que salieras de la cárcel, te llevé a mi casa.

—Quiero que me creas.

J.D. cerró los ojos.

—No puedo.

—Sé que estoy pidiendo mucho. Me he dado cuenta de lo incómodo que estabas en el despacho de Belmont. No quieres

hacerle daño a Nancy aceptando que existe la posibilidad de que Eric sea el padre de David.

—Me estás poniendo entre la espada y la pared.

—Yo no quiero que le des la espalda a Nancy. Lo único que te estoy pidiendo es que creas lo que te dice tu instinto sobre mí.

Mientras lijaba una preciosa pieza de madera de arce, no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido. Los rayos del sol del atardecer iluminaban las partículas de serrín que flotaban en el aire. El lugar estaba silencioso, salvo por el sonido de la lija sobre la madera. Lleno de paz.

El taller de su jardín era el único lugar donde J.D. podía ser él mismo. La madera que estaba trabajando no tenía expectativas de él. Era su habilidad lo que importaba, su corazón. La forma en que ponía su voluntad en que aquel trozo de madera se convirtiera en un bonito mueble.

Pero la paz lo esquivaba aquella tarde, incluso en la soledad de su taller. No podía evitar recordar a Maggie aquella mañana, y la forma en la que le había pedido que la creyera. Y su reacción sincera había sido creerla. ¿Dónde le dejaba aquello?

Sacudiendo la cabeza, J.D. se negó a pensar más en aquello. Aquello significaba que tenía que dividir su lealtad y elegir un lado u otro. Y no estaba seguro de que fuera lo suficientemente fuerte como para hacer eso.

Pensó en David. Le gustaba el niño, bien. ¿Por qué tenía que molestarlo tanto aquel detalle?

Porque también le gustaba la madre. Ella tenía agallas, y elegancia. Y un toque de inocencia que ni siquiera Eric había conseguido destruir.

Al sentir una presencia tras él, se dio la vuelta. Maggie estaba apoyada en el quicio de la puerta, sonriendo.

—Así que estás dándole vueltas a algo, ¿eh? ¿Crees que si miras el trozo de madera el tiempo suficiente, se lijará solo?

J.D. se encogió de hombros, al darse cuenta de que se había olvidado de lijar.

—Claro. ¿Tú crees que funcionará?

—Si alguien puede conseguir las cosas por mera fuerza de voluntad, será un hombre McGuire.

—Me lo tomaré como un cumplido. Aunque técnicamente, no soy un McGuire.

—Pero te criaron como si lo fueras.

—Richard McGuire me adoptó después de casarse con mi madre. Mi padre verdadero murió cuando yo tenía cinco años. Pero yo no podía haber tenido un padrastro mejor.

—Me gustaría saber cosas sobre él. Richard. Él es el abuelo de David. Pero tu voz me dice que tu padre verdadero también era un hombre muy especial.

—Hace mucho tiempo que dejamos de hablar de mi padre. A mi madre la ponía triste, y yo me daba cuenta de que ella deseaba con todas sus fuerzas que yo encajara en la familia de Richard. Mi padre no era alguien a quien los McGuire invitarían a cenar. Fue una especie de indiscreción de juventud de mi madre. Se casaron, y todo eso, pero él sólo era un inmigrante italiano, pobre y sin educación, que intentaba hacerse un lugar en el mundo y ganarse la vida de carpintero.

—¿Tu padre y tu madre fueron felices?

—No recuerdo mucho. Sólo el sentimiento de... seguridad. Mi padre se reía mucho. Y siempre conseguía que mi madre también se riera. Yo lo echaba de menos con locura cuando murió. Y creo que mi madre también —le explicó J.D. No sabía por qué estaba confiando en Maggie. Quizá fuera sólo por tenerla allí, en su taller.

—Lo siento. Parece que tu madre lo quería. ¿Y qué ocurrió con la familia de tu padre? ¿Los ves?

Él sacudió la cabeza.

—No. Están desperdigados por todo el país. Perdimos el contacto

después de que mi padre muriera.

—Eso es muy triste. A mí me habría encantado tener una familia propia —dijo ella—. Al menos una familia cálida, cariñosa, feliz, tal y como parece que fue la tuya.

—¿Tú no tienes familia?

—No. Mis padres no quieren tener nada que ver ni conmigo ni con David.

—¿Por qué no? Es un niño estupendo.

—Yo no cumplí sus expectativas. Cuando comencé a salir con Eric, se enfadaron. No era un chico agradable de nuestro grupo de la iglesia. Y después, cuando me fui a vivir con él, me repudiaron por completo.

—Pero querrán conocer a su nieto.

—No. Los avisé cuando nació, los llamé, pero mi madre me colgó el teléfono.

J.D., percibió el dolor en su tono de voz. ¿Qué clase de padres le harían eso a su hija? Rechazar a Maggie y a su nieto porque ella los había decepcionado...

Él le puso las manos sobre los hombros, intentando que comprendiera lo que él no podía decirle con palabras: lo mucho que sentía que la hubieran hecho daño.

—Es una lástima.

—Lo he superado —dijo ella, con la cabeza alta. Sin embargo, tenía los ojos oscurecidos por el dolor—. No los necesito. En cuanto termine el descanso veraniego, terminaré mi último semestre en la facultad. Tendré a mi hijo y mi licenciatura. No necesito nada más.

Aquellas palabras tan valientes no lo engañaron. Ojalá él fuera capaz de borrar aquel dolor.

—Ellos se lo pierden, Maggie.

Ella asintió.

—Igual que te lo perderás tú si le das la espalda a David.

J.D. resistió el impulso de abrazarla hasta que ella se diera cuenta

de que él no era su enemigo. ¿O sí lo era?

Ya no sabía de qué lado estaba. Cada vez le resultaba más difícil imaginarse alejado de Maggie y David.

—Tú no te andas con miramientos, ¿eh?

—Antes me preocupaba enfadar a la gente, pero ya no. Tengo un hijo al que alimentar y una vida que vivir.

—Sí, claro. La universidad. ¿Qué estás estudiando?

—Ciencias funerarias,

—¿Por qué? —J.D. intentó que el terror que sentía no se le notara en el tono de voz.

No debió de conseguirlo, porque Maggie irguió los hombros como si se preparara para una batalla.

—El sueldo está por encima de la media, el horario es relativamente bueno y hay mucho trabajo. La gente muere si la economía va bien tanto como si va mal. Y a mí me encanta.

—¿Y los... cuerpos?

La pregunta de J.D. no sorprendió a Maggie. La mayoría de la gente sentía curiosidad por su trabajo. Pero J.D. se había puesto de un color verdoso.

—La mejor parte del trabajo es aconsejar a la familia. Sé lo duro que puede ser perder a un ser querido. Un buen director de funeral puede hacer que las cosas sean más suaves para aquellos que se quedan atrás. Un mal director puede hacer que las cosas se conviertan en una pesadilla.

Él se rió nerviosamente.

—¿Así que tú no... eh... entras en contacto con el muerto?

—Claro que sí. Pero eso no es gran parte de mi trabajo. Los directores de funeral no pasan ni el diez por ciento del tiempo preparando los cuerpos. Hay otros profesionales que se ocupan de ello.

—Supongo que alguien tiene que hacerlo.

—Sí, alguien tiene que hacerlo —remachó Maggie—. Y bueno, me

he apropiado de tu cocina. Espero que tengas hambre. Podemos hablar más de mi profesión durante la cena.

El color verde de J.D. se hizo más intenso.

Maggie reprimió una sonrisa. Oh, era muy fácil tomarle el pelo.

Capítulo 8

J.D. observó las manos de Maggie mientras ella servía lasaña y ensalada, e intentó no pensar en aquellas mismas manos embalsamando un cuerpo. Sin embargo, fracasó lamentablemente.

Sacudiendo la cabeza, se llamó tonto varias veces. Sin embargo, la verdad era que los muertos siempre lo habían asustado mucho, y aquello no iba a cambiar. Todo el mundo tenía un talón de Aquiles, y parecía que el suyo eran los muertos.

— ¿Dónde está David?

— En mi cama, dormido. Espero que no te importe que me haya adueñado de la cocina. David estaba durmiendo y yo quería mantener la cabeza ocupada para no pensar en todo lo que está ocurriendo.

Él apartó la mirada de sus manos y la miró a los ojos. Tenía una expresión de preocupación y de desilusión.

Él tomó el tenedor y cortó la comida en pedazos pequeños. Después comenzó a empujarlos por el plato.

— ¿No te gusta la comida?

— Sí, sí, está deliciosa.

— Pero si no has probado bocado.

— Claro que sí —dijo él, con una voz demasiado débil para ser convincente.

— Es por mí, ¿no?

— No.

— No me mientas, J.D. Cuando hemos estado hablando sobre las ciencias funerarias, tenías la cara verde.

Él hizo un gesto negativo con la cabeza, como si quisiera refutar

su teoría. No quería ser maleducado, no quería estropear la cena que ella se había molestado en preparar.

Maggie se inclinó hacia él, muy seria.

—¿Has hablado con alguien de ello?

—Normalmente, no representa un problema grave.

—Hmm. El hecho de que no te veas obligado a enfrentarte con ello a menudo no significa que no tengas un problema subyacente.

—¿Podríamos cambiar de tema? No quiero estropear esta cena tan estupenda que has preparado.

Maggie titubeó. Él se sintió aliviado cuando ella asintió y le preguntó:

—¿De qué quieres hablar? —tomó el tenedor y comenzó a comer.

—No hay muchos temas convenientes para nosotros, ¿verdad? —dijo él. Con decisión, se apartó los miedos de la cabeza y se metió un pedazo de lasaña en la boca—. Eh, esto está buenísimo. Es como la que hacía mi padre.

—Gracias. Una amiga me enseñó recetas italianas, y compartimos algunas recetas de familia.

J.D. saboreó la mezcla de especias, queso y pasta. Aquel sabor significaba para él seguridad y alegría. Recordó otras muchas cenas que había tomado cuando era pequeño.

—Cuéntame cosas de tu padre.

—No hay mucho que contar. Yo sólo tenía cinco años cuando murió. Pero recuerdo que era un hombre muy grande, como yo, y que me tiraba por los aires y me hacía reír.

—Parece que era un hombre maravilloso. ¿Me dijiste que era carpintero?

—Sí, y supongo que por eso yo tengo cierta inclinación a fabricar muebles. La abuela hubiera preferido que me aficionara al golf, pero ella no entiende algunas cosas —dijo J.D., y se encogió de hombros—. Es algo que me siento obligado a hacer. Y me relaja.

—Si ésta es tu afición, ¿en qué trabajas?

—Soy arquitecto.

—¿Y te gusta? —le preguntó ella.

—Me encanta diseñar edificios. Aunque me gustaría más llevar los proyectos desde el principio hasta el final. Diseñar y construir.

—Combinar tus habilidades con la arquitectura. Parece una idea prometedora.

—Bueno, ya está bien de hablar sobre mí —dijo él, y cambió de tema antes de que la idea se le metiera en la cabeza aún más. Meterse en un territorio extraño cuando ya tenía un negocio con éxito no era muy buena idea.

—La prueba de paternidad es mañana, ¿verdad?

—Sí, en Fayetteville.

A J.D. no le gustaba demasiado la idea de que ella fuera sola a una ciudad que no le resultaba familiar.

—Tengo que hacer unos cuantos recados en Fayetteville, ¿qué te parece si voy contigo?

—Ya te he causado suficientes molestias —dijo Maggie—. También tengo una cita con uno de los abogados que me recomendó Belmont. No podría pedirte que...

—Entonces, decidido. Necesitarás a alguien que te cuide a David mientras estás con el abogado.

Maggie titubeó.

—Gracias. Otra vez.

—No me des las gracias. Yo tengo que ir a la ciudad de todas formas. No pasa nada —le dijo él.

Sin embargo, no era cierto que tuviera que hacer recados en Fayetteville. Su instinto le decía que la vigilara, no porque estuviera preocupado de que ella fuera a salir corriendo, sino porque temía que le ocurriera algo. Por algún motivo, había decidido que su deber era velar por la seguridad de Maggie.

A Maggie le ardían los ojos mientras observaba cómo el técnico del laboratorio le tomaba la muestra a David. Su hijo no debería

tener que hacerse aquella prueba, por mucho que le gustara recibir aquellas atenciones. Debería haber sido hijo de un padre que quisiera tanto a Maggie que nunca dudara de que David era hijo suyo. Un hombre que la creyera cuando ella dijera la verdad, pese a lo que le hubieran dicho los médicos.

La revelación de J.D. sobre la esterilidad de Eric sólo había servido para confirmar lo que ella presentía: que David era un milagro viviente. Y que la ciencia médica no era infalible. De todas formas, ya no le importaba nada. Sólo quería tener un hogar seguro para su hijo.

El técnico había tomado la muestra de la boca de David con un algodón antes de que Maggie se diera cuenta, y David estaba masticando una galleta muy feliz.

Maggie era la siguiente. El técnico le había indicado que los análisis serían mucho más fáciles de realizar si podían descartar desde el principio el ADN de la madre. Ella abrió mucho la boca, como le habían pedido, y todo terminó en cuestión de segundos.

Exhaló lentamente. Un evento estresante terminado. Después, otro.

—Vamos a buscar a J.D. —le dijo a David.

Cuando salió, fue un alivio ver la cara familiar de J.D. entre tantos extraños.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó él, poniéndose en pie.

—Muy bien. Es un procedimiento completamente indoloro.

—Me alegro. Si hubiera oído llorar a David...

—Si hubieras oído llorar a David, no te habría quedado más remedio que dejarlos continuar. Esta prueba es demasiado importante, al menos para los McGuire.

J.D. se sonrojó.

—Sí, tienes razón. Pero no me gusta nada pensar que alguien pudiera hacerle daño al niño.

David se retorció en brazos de Maggie y le tendió los brazos a J.D.

—¿Quieres venir conmigo, peque? —dijo él, y tomó al niño.

Maggie sintió una punzada de pérdida y tristeza en el pecho. En un tiempo, David sólo había querido estar con ella. Sacudió la cabeza para deshacerse de aquel pensamiento egoísta. Era una buena cosa que la familia de Eric creara lazos con David.

Así que ella intentó que no la molestara el comentario bienintencionado de la recepcionista:

—Se parece mucho a su papá.

J.D. no le hizo caso a la mujer.

A Maggie le cayó bien Lane Brophy en cuanto lo conoció.

Era joven, estaba lleno de energía y tenía una sonrisa que al instante hizo que ella se sintiera absolutamente relajada.

—Espero que no hayas estado demasiado tiempo esperando —le dijo él, tendiéndole la mano—. Por favor, pasa.

Ella lo saludó y después miró a J.D., que tenía a David en brazos.

J.D. se levantó como si fuera a seguirla.

—Hola, yo soy J.D. McGuire.

Lane asintió, aunque su sonrisa no era tan amplia como antes.

—Me gustaría hablar con Maggie a solas.

—A mí no me importa que él nos acompañe —dijo ella.

—No en esta primera reunión. Estoy seguro de que el señor McGuire lo entenderá,

J.D. entrecerró los ojos, pero su voz sonó relajada.

—Claro. No hay problema. David y yo nos iremos a dar un paseo.

Maggie le dio un beso a David y le dijo que fuera bueno. Después siguió al abogado. Su despacho era cómodo y estaba atestado de papeles. Los muebles eran caros, sólidos y sencillos. Había varias carpetas sobre la mesa.

Él metió unos cuantos papeles en un sobre y después le ofreció un café a Maggie.

—Por favor, rellena estos papeles mientras charlamos —le dijo él cuando estuvieron cómodamente sentados, y le ofreció una tablilla

con un sujetapapeles.

Durante una hora, más o menos, él le hizo preguntas y ella respondió, comenzando por su relación con Eric y terminando con su estancia temporal en casa de J.D.

—Te diré esto como tu abogado. Ten cuidado con los McGuire. He hecho unas cuantas preguntas, y parece que tienen mucho poder en la zona. Me sorprende que Belmont aceptara tu caso en un principio. Parece que los McGuire son sus mejores clientes.

—Belmont aceptó mi caso como favor personal a J.D.

Lane hizo una pausa.

—Estoy seguro de que no tenía ninguna intención poco ética, pero es extraño que un abogado tan agudo como Belmont no se anticipara a este conflicto de intereses.

—Lo avisaron con muy poco tiempo de antelación. Yo estaba en la cárcel, las autoridades amenazaban con llevarse a mi hijo y yo necesitaba a alguien rápidamente. Le agradezco mucho a J.D. que encontrara a alguien. J.D. ha sido muy decente conmigo y con mi hijo.

—Estoy seguro de que sí —dijo Lane, con el ceño fruncido—. Pero no estaría de más ser cauteloso. Te aconsejaría que no hablaras del caso con él. Lo que hablemos en este despacho debe permanecer en este despacho.

—¿Es necesario de verdad?

—Mira, tú me has dicho que no has matado a Eric y yo te creo. Eso significa que lo ha matado otra persona. Alguien que tiene mucho que ganar si a ti te condenan por el asesinato. Y si nos basamos en las estadísticas, normalmente los asesinos suelen ser personas de la familia, o amigos muy cercanos.

A Maggie se le encogió el estómago.

—Había mucha gente enfadada con Eric, gente que quería verlo muerto.

—¿Quién crees que lo mató?

Maggie se movió incómodamente en la silla y titubeó.

—Su... eh... mujer estaba comprensiblemente disgustada por mi y por mi hijo. Aunque ella no me parece una asesina.

—Enviaré a un detective privado inmediatamente para que investigue los detalles. Es decir, si quieres contratarme. Aunque no le hayan acusado oficialmente, hay muchas pruebas circunstanciales contra ti.

—Mi prioridad es protegerme a mí y a mi hijo. Y para hacer eso, tengo que estar preparada para lo peor —respondió ella, y se miró las manos—. Es sólo que... bueno, no tengo dinero.

—Podemos trazar un plan de pago. Digamos... ¿unos cinco dólares al mes hasta que estés en buena situación económica?

—¿Por qué tan poco?

—Acepto unos cuantos casos por aquí y por allá, de los cuales me figuro que tardaré años en recibir un centavo. Es mi forma de dar a los demás.

Maggie tragó saliva. La lista de gente con la que se sentía en deuda crecía día a día.

—¿Y qué ocurrirá si me lleva diez años pagarte?

—Pues que te lleve diez años. O veinte. Tengo la intención de estar en activo durante mucho tiempo. Y en caso de que pienses que mis razones son completamente altruistas, la publicidad será muy buena para mi bufete. No se puede pagar una campaña así —le dijo, guiñándole el ojo.

—Bueno, si lo pones así, está bien —respondió Maggie, y le tendió la mano—. Tienes una nueva clienta. Y espero que firmemos algún tipo de contrato de pago.

Lane se la estrechó.

—Bien. Le enviaré a Belmont una petición escrita para que me envíe el trabajo inicial de tu caso. Y enviaré un detective privado a McGuireville. Comenzaremos por la mujer de Eric. Me parece que tiene muchas cosas por las que estar enfadada.

Maggie tardó unos momentos en darse cuenta de que estaba hablando de Nancy. Le resultaba difícil oír que se referían a otra mujer como a la mujer de Eric.

—Sin embargo, no sé si ella lo mataría.

—Lo mejor será investigarlo. ¿Cómo se llevaban su hermano y él?

—Tenían sus desavenencias, pero a la hora de la verdad, se querían. Yo creo que J.D. fue muy protector con su hermano cuando eran más jóvenes.

—¿Has oído decir alguna vez que el amor y el odio son las dos caras de una misma moneda?

—Sí —aquella frase describía muy bien cómo se sentía Maggie hacia Eric.

—Bueno, podría haber varias razones por las que los dos hermanos se hubieran peleado.

Maggie sacudió la cabeza.

—No creo que J.D. matara a Eric. Es demasiado fiable, sólido. No me lo imagino perdiendo el control de esa manera.

—Te sorprendería lo que puede hacer la gente fiable algunas veces. Y ahora, vamos a fijar una cita para la semana que viene. Tendré más información, y podremos trazar una estrategia.

—¿Una semana? Esperaba que podría volver a Arkansas en un par de días.

Lane suspiró.

—Sé que esto es duro, pero va a llevar tiempo. Por favor, mantén los oídos y los ojos abiertos. Nunca se sabe lo que uno va a ver u oír.

Maggie asintió.

—Bueno, entonces nos veremos en una semana.

Él la acompañó hasta la recepción, le estrechó la mano de nuevo y se despidió.

A ella se le animó el corazón al ver a David en el regazo de J.D., escuchando extasiado mientras el hombre le leía un cuento.

—He terminado —dijo ella.

Y lo dijo en más de un sentido. Su conversación con Lane le había recordado que tenía que concentrarse en sus objetivos: limpiar su nombre y salir de aquel pueblo lo antes posible. Había terminado de aceptar pasivamente lo que le deparara el destino.

J.D. se levantó, cerró el libro del niño y lo puso en una mesa.

—¿Cómo han ido las cosas?

—Lo he contratado —respondió Maggie.

Él frunció el ceño.

—¿Y no has tenido que darle un adelanto? Si lo necesitas, puedo...

—Gracias, pero no necesito ayuda con esto. Hemos acordado que firmaríamos un contrato de pago que yo pueda cumplir.

—Sí, y probablemente toda la publicidad gratis que él genera a expensas de mi familia también lo compensa.

Su actitud defensiva le tocó la fibra sensible a Maggie. Recordó la advertencia que le había hecho Lane sobre los McGuire. Y parecía que se había tomado un especial interés en J.D.

Ella, sin embargo, no podía imaginarse a J.D. reaccionando tan cegado por sus pasiones como para matar a su hermano.

J.D. la tomó del brazo y la guió hacia la puerta.

—Has estado mucho tiempo en el despacho ¿De qué habéis hablado?

—Sobre Eric y sobre mí. Y sobre David, también.

—¿Te ha dicho cómo piensa defenderte si te arrestan?

—No. Vamos a reunirnos de nuevo la semana que viene.

Bien, ella no había mentido, pero no le había dicho nada sobre el detective privado.

—Mmun. Bien, yo te traeré.

—No es necesario, de veras.

—Quiero hacerlo —atajó él. Después ladeó la cabeza y la observó atentamente—. ¿Ocurre algo?

—No, en absoluto. ¿Por qué?

—Bueno, estás un poco distante.

—Tengo muchas cosas en la cabeza. No quería estar tanto tiempo lejos de casa, y ahora resulta que tengo que esperar al menos otra semana. No puedo abusar de tu hospitalidad tanto tiempo.

—No quiero oír nada de eso. Te quedarás en mi casa.

—Pero...

—Mira, David está cómodo, y tú también. ¿Por qué vas a cambiarlo todo cuando a mí me gusta tener compañía? —su voz sonaba sincera, y su mirada era directa.

La casa de J.D. se había convertido en algo tan familiar como cualquier lugar de Arkansas. Si no podía estar en Arizona, por lo menos le calmaba un poco los nervios saber que tenía un lugar donde quedarse: la casa de J.D., acogedora y segura.

No le hizo caso a la advertencia anterior de Lane. Después de todo, ella conocía a J.D., y Lane no.

—Está bien. Me gustaría quedarme.

Capítulo 9

J.D. estaba sentado en su mecedora favorita, en el porche, observando las nubes grises del cielo y escuchando los truenos distantes. Mirar una tormenta era una de sus maneras preferidas de pensar. Aquella tarde, estaba pensando en Maggie.

Había decidido que los dos días después de su cita con Lane podían haber sido peores. Al darse cuenta que estaba atrapada en McGuireville durante otra semana, como mínimo, Maggie podría haberse convertido en una bruja insoportable. Sin embargo, no había sido así. Si ella veía algo que había que hacer, lo hacía. Como cocinar, limpiar, quitar malas hierbas del jardín. Él la había invitado a que se sintiera como en casa, y ella le había tomado la palabra. J.D. se había esperado que su presencia fuera embarazosa, pero había resultado ser todo lo contrario. Él estaba deseando hablar con ella, jugar con David, escuchar las notas encantadoras de su voz cuando le cantaba a su hijo para que se durmiera.

La puerta delantera se abrió tras él, y cuando se volvió, no se sorprendió al ver al objeto de sus pensamientos.

—Parece que va a haber tormenta —contentó Maggie.

—Sí, probablemente. Siéntate.

—No sé si podré acostumbrarme a esta humedad —dijo ella, mientras se sentaba en otra mecedora—. ¿Haces esto a menudo?

—¿Sentarme en el porche? No tan a menudo como me gustaría. Normalmente, estoy trabajando y cuando tengo algo de tiempo libre, estoy en el taller del garaje, creando algo nuevo. Roy se ha hecho cargo de los proyectos desde que Eric murió.

—Tú eres muy bueno trabajando la madera. Todo lo que haces es

muy bonito.

Aquel comentario le agradó más de lo que él quisiera admitir. Respondió con la voz ronca.

—No es nada, en realidad.

Ella sonrió.

—Modesto, ¿eh? Por la forma en que Eric hablaba de ti, yo suponía que tenías un ego colosal. Pero bueno, también esperaba que fueras capaz de levantar edificios altísimos de un salto. Y todavía no te he visto hacer eso.

—Yo sólo dibujo edificios altos.

—Eso ya es un logro en sí mismo. No me imagino toda la paciencia que requiere —dijo Maggie, e inspiró profundamente—. Qué calma hay aquí.

—Parece que tú has estado más relajada hoy. ¿Alguna razón en particular?

—Pues he pensado que podría sacar partido de una situación mala. Estoy atrapada en McGuireville, así que intentaré sentirme cómoda y aprender un poco sobre la familia de mi hijo.

—Eso me recuerda que la abuela nos ha invitado a tomar tarta de nueces pecanas después de la cena.

—¿Nos ha invitado?

—Sí. A David, a ti y a mí —explicó J.D. Sonaba muy natural agruparlos a todos como una unidad. Como a una familia.

J.D. se apartó aquella idea inquietante de la cabeza.

—Pues creo que yo no voy a ir esta noche. Me gustaría quedarme en casa por... eh... por la tormenta.

Él miró al cielo.

—No sé. Puede ser que dé un rodeo. Además, la invitación no es opcional. Es una orden. Y normalmente, hay un interrogatorio. Eric habría recibido una invitación igual después de que tú aparecieras en el banquete. Pero bueno, él murió. Así que ella debe de pensar que podrá sacar la información de ti. Y está deseando ver al bebé,

además.

—No me importa que vea a David, pero probablemente yo no podré contarle demasiadas cosas sobre Eric. Me parece que hay muchas cosas que no sabía sobre él.

—Síguele la corriente. Disfrutará de tu compañía.

Maggie asintió.

—Entonces será mejor que empiece a hacer la cena. Haré una ensalada rápida de gambas —dijo, y se pasó la mano por la frente húmeda—. Algo fresco.

—Has trabajado demasiado para ser una invitada. La ensalada puede esperar unos minutos. Vamos a jugar a las herraduras.

—¿A las herraduras? Nunca he jugado.

J.D. sacudió la cabeza con un asombro burlón.

—Ninguna chica respetable de Arkansas admitiría algo así. Vamos. Tengo que llenar algunas lagunas que hay en tu educación. Y después, haré la cena. Oh, no será nada muy sofisticado, sólo cocina casera sureña. Al fin y al cabo, es una de las pocas cosas que puedo hacer para agradecerte tu amabilidad.

J.D. la condujo hacia un lado de la casa, donde había un patio para jugar a la herradura que había sido construido décadas antes de que él comprara la casa, y le explicó brevemente el juego: se trataba de enganchar herraduras viejas en una estaca clavada en el suelo.

Mientras jugaban, riéndose y disfrutando de aquel momento de calma, J.D. se preguntó, y no por primera vez, por qué aquella chica estupenda y sencilla habría elegido a un tipo como Eric ¿Por qué no había elegido a alguien que supiera apreciar su belleza, por dentro y por fuera?

Alguien como él.

La idea hizo que se cuestionara seriamente su cordura. Después de aquello, ya no pudo concentrarse en el juego y falló casi todos los tiros. Eran demasiado largos o demasiado cortos, siempre alejados de la estaca de metal.

Maggie, por otra parte, aprendía rápidamente. Lo observaba todo con los ojos brillantes, sin perderse nada. Cuando llegaba su turno, tiraba con la máxima concentración.

Una hora después, J.D. se dio cuenta de dos cosas. La primera, que había subestimado a Maggie. Y la segunda, que ella había salvado su valor personal, pero que el de J.D. había quedado seriamente comprometido. Se encogió de hombros y pensó que no le importaba en absoluto perderlo ante ella.

—Bueno, chef, ¿por dónde se empieza el pollo frito al estilo sureño? —le preguntó Maggie, mientras observaba cómo J.D. sacaba una enorme sartén de hierro de un armario. Era evidente que se sentía muy cómodo en la cocina.

J.D. se puso un enorme delantal, descongeló el pollo en el microondas y comenzó a mezclar el aderezo. Después le explicó cómo adobar bien el pollo y que la sartén tenía que estar caliente, pero no demasiado caliente.

—La grasa salta. Por esa razón, mi querida ayudante y su compañero, David, tendrán que salir de la cocina hasta que el pollo esté frito.

Ella lo miró desconfiadamente y respondió:

—Aunque te lo agradezco mucho, me pregunto por qué de repente te preocupas tanto por la seguridad.

—Está bien, me has descubierto. Ésta es una receta familiar que pasa de generación en generación. En otras palabras, existe desde el comienzo de los tiempos. Hay unas cuantas especias que no puedo añadir en presencia de nadie.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Sólo aquellos que han jurado eterna lealtad hacia los McGuire pueden aprender los ingredientes secretos.

Maggie no sabía qué pensar de aquella faceta nueva y juguetona de J.D. Aunque no estaba segura de que estuviera jugando.

—Está bien, tú ganas. David y yo nos iremos a dar un paseo. ¿Será

suficiente una hora?

Él asintió, con los ojos brillantes por la diversión.

—Con eso bastará.

Maggie tomó a David de su sillita. Lo había dejado a una distancia segura del fuego, pero parecía que J.D. no pensaba lo mismo.

—Vamos, cariño, vamos a explorar.

Al salir por la puerta trasera, Maggie vio cómo el sol se hundía bajo la línea marcada en el horizonte por los pinos. El aire era pesado y húmedo, pero al mismo tiempo, refrescante, pese a que la tormenta no se había materializado.

Por lo que había visto de Arkansas, le parecía una mezcla de sentido común y de dignidad refinada, un lugar donde las raíces tenían mucha importancia.

Entendía por qué un joven como Eric querría haberse marchado de aquel lugar. Para buscar emociones en la vida. Pero a Maggie, sin embargo, le parecía un magnífico lugar para descansar. Se sentía segura, algo que no le había ocurrido desde que sus padres la habían repudiado. Y quizá, ni siquiera antes se había sentido así.

¿Cómo podían haberle dado la espalda a sus dos hijas? Primero a Cassie, y después a Maggie. ¿Tenía el perdón un lugar en su moralidad? No. En el mundo de sus padres no había margen para el error. Cassie había cometido el pecado de engendrar a una bastarda. Maggie había pecado viviendo con un hombre sin casarse, quedándose embarazada y casándose después de que se le notara el embarazo.

Las consecuencias habían sido enormes. Los servicios sociales le habían quitado la niña a Cassie, y ella se había suicidado. Maggie tenía una vida difícil, pero no iba a caer en la misma trampa. David y ella estarían bien solos. Su licenciatura y su trabajo los protegerían. Y quizá el dolor de haber perdido a sus padres y a su hermana desapareciera algún día.

Maggie se movió, incómoda, en la mecedora. La madera crujió

bajo ella.

—La tarta, está deliciosa, señora McGuire. —Por favor, llámame Edna.

Edna tenía a David en el regazo, y lo hacía botar suavemente. De vez en cuando, tomaba un pequeño pedacito de carta y se lo daba. Él farfullaba entusiasmado. Probablemente, aquella dosis de azúcar iba a mantenerlo despierto toda la noche.

Mirando a J.D., Maggie se preguntaba cuándo empezaría el interrogatorio. Llevaban allí media hora, y sólo habían hablado del tiempo. Quizá J.D. estuviera equivocado. Ojalá.

—¿Lo ha hecho usted, Edna? Está buenísimo. Parece de pastelería.

—Claro que lo he hecho yo. Todas las mujeres deberían saber hacer una tarta de nueces pecanas. Esta receta ha pasado de generación en generación en la familia.

Igual que la del pollo frito.

—Yo los compro en la tienda de ultramarinos. Sara Lee tiene que ser del sur, porque sus tartas están riquísimas.

Edna hizo un gesto desdeñoso.

—Congelados. Mis chicos nunca han comido una tarta congelada —dijo, y señaló a J.D.

Maggie no tuvo valor para decirle que Eric había comido tarta congelada en las dos comidas de Acción de Gracias en las que habían estado juntos. No quería que a la mujer le diera un ataque.

J.D. carraspeó.

—Gracias por el postre, abuela. Tenemos que irnos ya. Tengo que trabajar mañana.

—Estoy segura de que nadie se dará cuenta si llegas un poco tarde. Tú eres el dueño, ¿no?

—Sí, pero...

—Sin peros, James David.

—Sí, señora.

—Y, Maggie, ¿qué ha ocurrido con las pruebas de David? —le preguntó Edna.

—¿La prueba de paternidad? Eh... pues tomaron unas muestras de saliva de David y van a compararlas con el ADN de Eric y con el mío.

—Mi pobre, pobre Eric —dijo Edna, con los ojos llenos de lágrimas.

—Eh, sí —dijo J.D. Estaba ensimismado.

—¿Cuándo tendremos los resultados? —preguntó Edna, mientras miraba a David y le acariciaba bajo la barbilla—. Aunque no es porque yo necesite que el informe de un laboratorio me diga lo que ya sé. David tiene el pelo de Eric, sus ojos, el hoyuelo de su barbilla.

Maggie no recordaba aquel hoyuelo en Eric. ¿Cómo podía habersele olvidado ya? Se encogió de hombros y observó cómo J.D. se tocaba el hoyuelo que él tenía en la barbilla. Más que un hoyuelo, era una hendidura. Y tenía la barbilla más fuerte que la de Eric, aunque Eric posiblemente era el más guapo de los dos. Tenía unos rasgos preciosos y una sonrisa rápida y grande, mientras que J.D. tenía fuerza e intensidad.

—Quiero que David venga a quedarse conmigo —anunció la abuela de Eric.

A Maggie se le encogió el estómago. Por el modo en que lo había dicho, parecía algo permanente. Como si fuera a reclamar a David.

—Eso es muy generoso por su parte. Pero David y yo estamos cómodos en casa de J.D., y yo no querría alterar de nuevo los hábitos de mi hijo.

—Pero no es apropiado que te quedes allí. J.D. es soltero. La gente murmurará.

J.D. apretó los labios.

—¿Y qué más van a decir, de lo que han podido decir ya? Todos queríamos mucho a Eric, pero hay que admitir que engañó a su esposa, se convirtió en bígamo y tuvo un hijo con una mujer a la que

abandonó sin pensarlo.

—Todo eso son más motivos para que seáis cautelosos. Tú llevas el apellido McGuire. David es el único varón con sangre McGuire, así que la reputación de la familia está ligada a ti hasta que David se haga mayor. Espero que tú seas honorable en respeto a la memoria de tu difunto padrastro. Él quería que tú fueras un McGuire, y fue muy firme al respecto. Y sería mucho más firme al respecto ahora que Eric ya no está con nosotros —dijo, con los ojos llenos de lágrimas y la barbilla temblorosa.

—Shhh, abuela, no te preocupes —J.D. dejó el plato en la mesilla y se acercó a ella—. No haré nada que traicione el nombre de los McGuire. No te preocupes.

Edna se secó los ojos con un pañuelo de papel.

—Sólo soy una vieja tonta y sentimental.

Maggie percibió un brillo de triunfo en la mirada de Edna y sin poder evitarlo, se preguntó si la mujer era tan indefensa como le hacía creer a todo el mundo.

—Será mejor que nos vayamos. Estoy segura de que necesitas descansar, Edna.

—¿Vendréis mañana? —preguntó con la voz débil, pero con una expresión obstinada.

Maggie sintió cierto resentimiento.

—No, Edna. Tener a un niño pequeño en esta casa sería perturbador en un momento tan difícil como éste. Pero muchísimas gracias por su ofrecimiento.

—Pero...

—Le prometo que verá mucho a David —dijo Maggie, y tomó a su hijo en brazos del regazo de Edna antes de que la anciana pudiera terminar de protestar.

Maggie tuvo la sensación de que quitarle a David a Edna se estaba convirtiendo en una costumbre muy inquietante.

Capítulo 10

Maggie se apoyó contra el respaldo del coche y cerró los ojos. Tenía una sensación extraña viajando como pasajera en su propio coche, pero en realidad, toda la velada con la abuela había sido rara. Lo único que quería en aquel momento era volver a casa de J.D. y dormir para escapar de la realidad. Últimamente, lo había hecho demasiadas veces.

Sin embargo, cuando J.D. giró la llave, el motor hizo un ruido extraño y no arrancó. Después de intentarlo varias veces, le dijo a Maggie que tendrían que tomar prestado el coche de su abuela. Maggie soltó un gruñido. Ojalá pudiera conducir algo nuevo y fiable, con seguro y asistencia en carretera.

Mientras J.D. subía a pedirle las llaves a su abuela, Maggie salió del coche para tomar el aire e intentó no preocuparse por cómo iba a ir a Fayetteville al día siguiente. Y para no inquietarse, intentó encajar todas las piezas de lo que sabía sobre la familia McGuire.

El pobre J.D. era una rama solitaria del árbol de la familia, injertada a muy temprana edad. Se preguntó cómo habría sido crecer para él. Le parecía que tanto Edna como Eric se habían apoyado mucho en él, pero ¿lo habrían querido, realmente? ¿Y el resto de la familia? ¿Tenía primos McGuire que lo apreciaban?

Por algún motivo, se imaginaba a un niño solitario, perdido y temeroso después de la muerte de su padre. No podía haber sido una transición fácil.

—Tierra llamando a Maggie —le dijo J.D., que estaba frente a ella enseñándole las llaves.

—Yo creía que tu abuela no conducía.

—Y no conduce. Al menos, no lo hace cuando consigue que alguien la lleve y la traiga. El hecho de conservar el coche es una forma sutil de recordarme que si yo no la llevo, ella conducirá.

—¿Puede?

J.D. se rió.

—Generalmente, puede llegar del punto A al punto B, pero lo que me preocupa en realidad es el número de objetos con los que colisiona por el camino. Me temo que algún día podría ser una persona.

—Y tú no quieres tener eso sobre la conciencia.

—Exactamente.

—¿Estás seguro de que no le importa prestártelo?

—No, le dará argumentos extra cuando necesite un chófer. Sus amigas del club piensan que es tan mono que su nieto la lleve y la recoja...

—No te ofendas, J.D., pero ¿cómo puedes tener vida propia si estás al servicio de tu abuela?

Él suspiró.

—No es tan malo. Sólo tiene unas cuantas citas con el médico, de vez en cuando, y va una vez a la semana a jugar al bridge al club. La abuela nos crió a Eric y a mí cuando nuestros padres murieron en un accidente de tráfico. Se merece que la mimen un poco ahora.

Maggie se dio cuenta de que estaba analizando aquella frase mientras sacaba a David del asiento trasero. J.D. sentía que le debía algo a su abuela por haberlo acogido, y Maggie no pensaba que hubiera nada malo en aquello. Sólo le parecía que él había dedicado su vida por completo a Eric y a Edna.

—Voy a sacar el asiento de David y lo pondré en el Lincoln de la abuela —dijo él. Unos segundos después, emergió del Toyota y le señaló el garaje con un gesto de la cabeza—. Por ahí.

Ella lo siguió, y tuvo que reprimir una exclamación de incredulidad cuando vio el coche.

—No estabas exagerando, ¿eh? No hay ni una sola parte de ese coche que esté sana.

Él abrió la puerta de atrás e instaló rápidamente el asiento de David. Después tomó al niño de brazos de Maggie, lo sentó y le abrochó el cinturón de seguridad.

—Lo siento. No es bonito, pero nos llevará a casa. Y, eh, tiene ventajas.

—¿Como por ejemplo?

—Cuando la gente ve acercarse este coche, se apartan del camino. Y rápidamente.

—¿La reputación de Edna la precede?

—Y cómo.

Maggie se rió al imaginarse a Edna tras el volante y a la gente huyendo despavorida.

J.D. le señaló el parachoques trasero, que estaba abollado.

—La nueva valla de madera de los Smith.

Maggie le preguntó por el parachoques delantero.

—¿Y eso?

—El camión de los bomberos que, según la abuela, apareció de la nada y la echó de la carretera contra un árbol.

Maggie se estremeció y comentó:

—Tiene suerte de no haberse hecho daño de verdad.

A él se le borró la sonrisa del rostro.

—Sí, ha tenido mucha suerte.

Maggie quiso reconfortarlo, pero no sabía qué decir. En vez de eso, le apretó el brazo.

—Eres un buen tipo, J.D.

Él se pasó la mano por la cabeza afeitarla.

—Algunas veces me lo pregunto.

—No tienes por qué preguntártelo. Para mí eres todo un héroe.

—¿Y Eric? ¿Era él un héroe para ti?

Aquella pregunta tan directa hizo que ella retrocediera un paso.

—No, él es el tipo que me robó el corazón y me lo devolvió hecho trizas —respondió, con un nudo en la garganta—. Me parece que sólo fui un juego para él.

J.D. se acercó a ella. Su voz sonó ronca mientras le hacía una caricia en la mejilla.

—Cuanto más te conozco, más seguro estoy de que te quería, a su manera egoísta. Sin embargo, tú te merecías algo mejor que eso.

Ella se apoyó en él, pero sólo durante un instante. Su comprensión no iba a cambiar las cosas. Ni las lágrimas que le quemaban los ojos. Lentamente, ella se dio la vuelta y abrió la puerta del copiloto.

Intentando serenarse, le preguntó:

—¿Y ese golpe de la puerta?

—Eso es totalmente nuevo —respondió J.D., en un tono solemne.

Maggie se volvió a mirar su cara, pero tenía una expresión impenetrable. Ella rogó al cielo que él no se hubiera dado cuenta de que, si se había apoyado contra su cuerpo no había sido por consuelo, sino por la necesidad pura e instintiva de sentirse amada por un hombre.

La necesidad de reafirmar que estaba viva y era deseable, y no sólo un trasto viejo y abandonado.

Durante un segundo, ella incluso creyó que su referencia velada a algo totalmente nuevo era un reconocimiento a la chispa de atracción que había surgido entre ellos.

—Quizá debieras comprobarlo —dijo ella, y se ruborizó—. El golpe nuevo, quiero decir —aclaró. Después entró en el coche.

J.D. titubeó durante un segundo. Cuando volvió a hablar, su voz sonó ronca y profunda.

—Es mejor dejar algunas cosas como están.

Mientras él cerraba la puerta tras ella y rodeaba el coche para sentarse tras el volante, Maggie lo oyó silbar una melancólica melodía de deseo por algo que nunca podría ser.

Maggie se estremeció, pese a que hacía una noche calurosa y que el cuero de la tapicería la abrigaba.

* * *

J.D. observó el indicador de gasolina y el kilometraje y se dijo que tendría que apuntarlo en el archivo de mantenimiento del coche. El nuevo programa informático que utilizaba le facilitaba mucho las cosas. Además, le cambiaría el aceite. Aquella misma noche era un buen momento para hacerlo, porque no creía que fuera capaz de conciliar el sueño.

Lo molestaba el hecho de haberse deslizado con tanta familiaridad con Maggie. Durante un momento, había olvidado que ella había sido la amante de su hermano, y sólo había pensado en cómo sería tenerla en su cama. Pero sólo había sido un pequeño lapso. Su cuerpo había respondido a la proximidad de una mujer cálida y atractiva. Sólo eso.

J.D. sacudió la cabeza. Era un horrible mentiroso, incluso consigo mismo. Esperaba que su instinto no se hubiera visto anulado por las hormonas. Mientras luchaba contra aquel extraño estado de ánimo, intentó mirar la situación de Maggie objetivamente. El no tenía duda de que ella había tenido una relación con su hermano. Y si aceptaba el hecho de que Maggie había estado tan enamorada de su hermano como ella misma afirmaba, entonces tendría que aceptar que no se había acostado con otros hombres y que David era hijo de Eric. Y aquella idea le producía sudores fríos.

Eric había tenido un hijo, en contra de todas las predicciones médicas.

Su primer pensamiento fue que aquella noticia destrozaría a Nancy. Después, sintió una punzada de celos que lo tomó por sorpresa. En parte, envidiaba la relación que su hermano había tenido con Maggie, y el niño que habían engendrado.

¿De dónde había salido aquello? De algún lugar tan profundo,

oscuro y atemporal que J.D. se preguntó si él era Caín o Abel para Eric. No quería saberlo.

Tenía que hacer algo para mantener la mente ocupada. Abrió el capó del Lincoln y se dio cuenta de que en una noche calurosa como aquella, el motor tardaría un rato en enfriarse.

Las partes del motor se volvieron borrosas mientras él pensaba en el último acto de egoísmo de su hermano. Eric había abandonado a un hermoso niño, su hijo, sin mirar atrás, aparentemente. J.D. sacudió la cabeza. Su hermano no se merecía a Maggie ni a David.

Pero J.D. sí.

Soltó un gruñido de frustración. No podía apartarse de la cabeza aquellos pensamientos que lo estaban volviendo loco. Maggie no era el premio que acababa con una rivalidad, que había sido sutil, siempre por debajo de la superficie, pero que había existido entre los dos hermanos. J.D. no podía aceptar que su interés cada vez mayor en Maggie fuera sólo una forma de ganar a su caprichoso hermano menor incluso después de la muerte, porque si aquello era cierto, él no sería más que un perdedor patético. Un perdedor cuya única manera de vencer sería por incompetencia de su rival.

J.D. cerró de un golpe la tapa del capó. No iba a conseguir hacer nada aquella noche.

Apagó la luz del garaje y se dio la vuelta para volver a casa, pero en aquel momento recordó el nuevo golpe que le había indicado Maggie. Encendió la luz de nuevo y fue hacia la puerta del pasajero para examinar los daños.

Pasó un dedo por la puerta. Había pintura plateada. Rezó silenciosamente para que aquella pintura fuera de un buzón, o de una valla, y no de un coche con ocupantes.

Se le puso la carne de gallina. Había algo que tenía que recordar, algo importante.

Pero entonces oyó un ruido que provenía de la puerta del garaje, y el pensamiento se le borró de la cabeza. Al volverse, vio a Maggie

apoyada contra el quicio de la puerta, con una expresión suave y tentadora. O quizá él quisiera que tuviera una expresión tentadora.

—David se ha dormido, y yo me preguntaba si no te apetecería sentarte un rato conmigo en el porche. Estoy un poco nerviosa como para dormirme.

Él tomó un trapo de una de las mesas de trabajo que había en el garaje y se limpió las manos. Pasar más tiempo con Maggie era una mala idea, pero muy atractiva.

—Claro. Yo también estoy un poco nervioso. Me vendrá bien relajarme.

Los dos se sentaron en el porche con un vaso de limonada, en silencio, escuchando el crujir de la madera de las mecedoras y los chirridos de los grillos. J.D. tuvo la sensación de que ya habían pasado del punto de mantener sólo conversaciones de cortesía, así que permitió aflorar su curiosidad.

—¿Cómo era tu vida antes de que conocieras a Eric? —le preguntó suavemente a Maggie.

Ella se recostó en el respaldo de la mecedora y miró hacia el oscuro horizonte.

—Muy aburrida. Restringida. Todavía vivía en casa con mis padres cuando lo conocí.

—¿Para ahorrarte el gasto del alojamiento de la universidad?

—No. Mis padres eran muy religiosos. Tienen ideas estrictas sobre lo que una chica debe y no debe hacer. Me permitían que asistiera a un par de clases por semestre y que trabajara en la oficina de la iglesia, pero nada más.

—Así que tú te rebelaste —dijo él. Una mujer tan lista y decidida como Maggie no toleraría aquella situación indefinidamente.

Maggie asintió.

—Me educaron para que respetara la autoridad. Pero de vez en cuando, pensaba en escaparme para salir con algún chico, como las demás chicas de mi edad.

—¿Y te escapaste?

—No. Respetaba sus deseos y me apagaba un poco más cada día. Por dentro tenía a una muchacha que quería reírse, bailar y cantar.

Él había visto a aquella chica cuando ella le tomaba el pelo por sus excentricidades, o cuando jugaba con David. Su alegría era contagiosa, natural y pura. J.D. estaba casi seguro de que había sido su pureza lo que había atraído a Eric. O el desafío. O las dos cosas.

—¿Cómo conociste a Eric?

Maggie se puso tensa.

—En las carreras. Fue una de las pocas veces que mentí a mis padres. Se suponía que estaba en la biblioteca.

—¿Así que estabas por los boxes?

—No iba persiguiendo a los pilotos, si es eso lo que quieres decir —respondió ella, con cierta impaciencia en el tono de voz.

—No he pensado eso. Bueno, quizá durante un instante. Todos hacemos bobadas alguna vez. Pero te conozco lo suficiente como para saber que no es cierto.

Maggieladeó la cabeza.

—¿Y tú? ¿Has hecho tonterías?

—No. Eric hizo suficientes por los dos.

—Mmm. Es una pena. Todo el mundo debería haber cometido estupideces en su pasado. Errores que te demuestren que estás viviendo. Eso fue lo que me atrajo de Eric, supongo. Cuando estaba con él me sentía viva —dijo ella, con los ojos brillantes por los recuerdos de momentos felices.

J.D. le acarició la mejilla con los nudillos, instintivamente, sin poder detenerse.

—Eres muy especial.

La duda ensombreció la mirada de Maggie.

—Pues parece que tu hermano no pensaba lo mismo.

Él dejó caer la mano y carraspeó.

—Siento que te hiciera daño. Y siento que le hiciera daño a Nancy.

Eso hace que me pregunte si no debería haberle pateado el trasero durante todos estos años en vez de sacarlo de todos los líos en los que se metía. Si lo hubiera hecho, él quizá estuviera vivo todavía.

—Eso es una tontería. Eric era un adulto que tomaba sus propias decisiones. Siempre es fácil arreglar las cosas en retrospectiva, sobre todo cuando alguien a quien queremos ha hecho una estupidez.

Maggie se había emocionado al decir aquello. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Después de que mi hermana se suicidara, yo pensé en cientos de cosas que podría haber hecho de una manera distinta. ¿Habría conseguido que las cosas hubieran sido de otra forma? —Maggie se encogió de hombros—. Nunca lo sabré. Pero Cassie también era una adulta. Mi hermana tenía opciones. Debería haber luchado por su hija, o debería haber pedido ayuda.

Él le tomó la mano.

—Como hiciste tú. Hace falta tener agallas para cruzar el país y venir a pedir ayuda. Sé que no ha sido fácil para ti. Lo he visto en tu mirada, todas y cada una de las veces que has aceptado algo de mí, Pero tú has dejado aparte tu orgullo para conseguir una vida mejor para David. Eso también es heroico, en mi opinión.

—Gracias, J.D. Significa mucho para mí que me digas eso. Pero yo no me siento así. Me pregunto si la niña pensará que su familia natural no la quería. Me gustaría que supiera que yo sí la quería. Yo podría haberla adoptado si hubiera sido mayor de edad.

Él le acarició la palma de la mano con el dedo gordo, y tuvo que reprimir el deseo de darle un beso allí.

—Quizá algún día tú puedas cuidarla.

—Eso espero. Aunque nunca intentaría separarla de la única familia que ha conocido. Simplemente, me gustaría ser parte de su vida.

—Eso es comprensible. Lo que no puedo entender es que alguien le diera la espalda a su familia, como hizo Eric. No quiero pensar que

él tenía la intención de haceros daño, ni a Nancy ni a ti. Prefiero pensar que se enamoró de dos mujeres y que no tuvo la fuerza necesaria para elegir.

Maggie le apretó la mano suavemente.

—A mí también me gustaría pensar eso. Tengo que pensar eso, por el bien de David. De lo contrario, nunca podré hablarle de su padre sin decirle cosas malas.

—Entonces, créelo. Cuéntame cómo os conocisteis.

—Sinceramente, no sé qué le interesó de mí. Mi amiga y yo estábamos paseando por los boxes después de la carrera, mirando los coches. De repente, Eric comenzó a hablar conmigo como si nos conociéramos de toda la vida. Se reía y bromeaba. Yo no estaba acostumbrada a aquel tipo de atenciones. Él me invitó a una fiesta y yo fui.

A J.D. se le encogió el estómago. No creía que pudiera escuchar cómo Maggie había comenzado una relación íntima con su hermano. Intentó que la voz le sonara ligera cuando dijo:

—Y el resto es historia.

—Yo intenté presentárselo a mis padres. Quería hacer bien las cosas. Pero Eric me dio cientos de excusas... ahora sé por qué. Y, cuando finalmente lo convencí para que los conociera, ellos lo odiaron a primera vista.

—Mmm.

—Yo me di cuenta de que no podría tener las dos cosas. No podía seguir las reglas de mis padres y estar con Eric. Yo quería estar con él todo el tiempo, y cuando me pidió que me fuera a vivir con él, acepté. Para mí era amor —dijo Maggie, y apartó la mirada—. No sé lo que sería para él.

—Seguro que significabas mucho para Eric. Quizá alcanzaras una parte de él a la que los demás nunca llegamos.

Lentamente, ella volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Ni siquiera Nancy?

—Ellos han estado juntos desde siempre. Nancy y Eric eran muy amigos desde niños, y al llegar a la adolescencia se hicieron novios. No creo que ninguna relación pueda soportar esa clase de pasión para siempre, pero creo que aun así se querían.

J.D. se dio cuenta de que Maggie se quedaba pálida, y tuvo ganas de patearse por tener tan poco tacto.

—Lo siento. Sé que te ha resultado difícil oír eso.

—Todo me resulta difícil. Pero necesito saber lo que ha ocurrido si quiero que se me cure el alma.

Él asintió.

—¿Sabes? Yo no pensaba que la bigamia pudiera ocurrir en la vida real. Era algo demasiado dramático y... estúpido.

—Ha complicado demasiadas vidas. Eric dejó muchas preguntas sin responder. Ojalá yo pudiera ayudar a contestarlas, pero en estos momentos me pregunto si en realidad conocí a mi hermano.

—Hace que uno se pregunte si conoce a la gente a la que quiere, ¿verdad? —dijo ella, con tristeza.

Él tomó un sorbo de limonada y empujó la mecedora. No había nada que pudiera decirle para que ella se sintiera mejor. Salvo, quizá, que ella había sido lo mejor que le había ocurrido a Eric.

Maggie se quedó silenciosa, observando el cielo.

¿Estaría buscando respuestas allí? ¿Preguntándose por el cielo y la tierra, sobre qué era lo que realmente hacía que girara la Tierra? ¿O preguntándose dónde estaba el alma inmortal de Eric?

Había una cosa segura: no parecía que ella se hubiera visto afectada por el mismo remolino que estaba tragando a J.D. Su aceptación calmada de las cosas no habría sido posible si ella sintiera la misma atracción que él sentía.

Maggie le dio un suave golpe con el codo.

—¿La has visto? Era una estrella fugaz.

—No, no la he visto.

Maggie cerró los ojos con fuerza. Después de lo mal que la había

tratado la vida, todavía era capaz de pedirle deseos a una estrella fugaz.

—¿Qué has pedido? —le preguntó él, sin poderlo remediar.

Maggie abrió los ojos y miró al cielo. Después bajó la vista lentamente y miró a J.D. a los ojos.

—No se cumplirá si lo digo.

En aquel momento, J.D. recordó cómo su madre lo sostenía en brazos mientras sus padres le señalaban las constelaciones.

—Cuando era pequeño, yo también les pedía deseos a las estrellas fugaces.

—¿Y ya no lo haces?

—No. Los deseos y los milagros son para los niños.

—Oh, no, J.D. Estás equivocado. Los milagros son para todo el mundo. Nunca tengas duda de eso.

—Antes no lo dudaba. Hasta que mis padres murieron. Entonces supe que los milagros no existían, y que las plegarias nunca tienen respuesta —dijo él. Los años de anhelar lo que podría haber ocurrido tiñeron sus palabras de amargura—. Así que pide tus deseos y cree con todas tus fuerzas. Pero no esperes que yo los comparta.

Después de decir aquello, se levantó con el corazón pesado, y caminó con pasos aún más pesados. Puso el vaso de limonada en la bandeja y se volvió.

—De todas lomas, gracias por intentarlo.

Porque nadie lo había intentado desde hacía mucho tiempo.

Capítulo 11

Al día siguiente, durante el desayuno, la conversación fue forzada.

Incluso David estaba silencioso. El niño había pasado una mala noche, lo cual significaba que Maggie también. Ella se sentía como si tuviera lija en los párpados.

J.D. estaba encerrado en su mundo. Parecía que se le había olvidado que Maggie también estaba allí. Ella se preguntaba si lo que le había revelado él durante la velada de la noche anterior hacía que se sintiera incómoda. El niño dolido que Maggie había visto bajo su amargura la había dejado sorprendida. Eric no era el único que pensaba que J.D. caminaba sobre las aguas. J.D. era una persona serena y equilibrada. Sin embargo, la noche anterior sólo había sido un hombre que se escondía del dolor. Y su sufrimiento la había afectado de una forma inesperada. Maggie había sentido el impulso de consolarlo.

Por fortuna, él se había apartado de ella, o ella habría hecho algo embarazoso. Como decirle que era el doble de hombre de lo que había sido su hermano. Y explicarle que la lealtad, la ternura y el sacrificio podían ser mucho más atractivos que el encanto vacío de Eric.

Maggie se ruborizó al pensarlo. J.D. había sido siempre respetuoso y amable. La reacción de Maggie hacia su amabilidad era comprensible. Ella era una mujer que estaba hambrienta de compasión, sobre todo de la de un hombre. Pero no había ninguna razón para permitir que J.D. se diera cuenta de que su admiración hacia él amenazaba con cruzar unos límites preocupantes.

Recordó cuál era su misión aquel día y tomó aire para hablar con J.D. Le pidió el coche de Edna para ir a Fayetteville a su entrevista con el abogado. J.D. le dijo que no habría ningún problema con su abuela, pero que prefería que se llevara su furgoneta para poder cambiarle el aceite al Lincoln. También se ofreció a cuidar a David mientras ella estaba fuera. Maggie le dio las gracias y sonrió. Le dio un beso de despedida a David, le pidió que fuera bueno y se marchó antes de que pudiera arrepentirse. Mientras iba hacia el garaje, se sentía extraña, como si al dejar a David y a J.D., en casa le faltara algo muy importante.

Aun así, tenía que admitir que necesitaba unos momentos para sí misma, porque tenía que pensar. Lo que le había dicho J.D. sobre los milagros todavía le resonaba en la cabeza. Era evidente que había muchas cosas de su pasado que aún le hacían mucho daño. Eran emociones muy arraigadas.

Maggie sacudió la cabeza y se recordó que no debía involucrarse demasiado. Ella ya tenía suficientes problemas. Para empezar, la reunión con su abogado. Y para continuar, tenía que solucionar la cuestión del pago del alquiler de su apartamento de Phoenix. El casero había sido comprensivo hasta cierto punto, pero en la última conversación telefónica que habían tenido le había dejado claro que su paciencia tenía un límite, Maggie suspiró ante la incertidumbre que sentía por su futuro inmediato. Debería sentirse agradecida hacia J.D. por hacer su estancia allí menos traumática. Pero en parte, se negaba a admitir que David se había adaptado perfectamente a Arkansas y a la casa de J.D., y también lo fácilmente que ella se había acostumbrado a aquel lugar.

No le resultó difícil encontrar el bufete del abogado. Cuando entró en su despacho, Lane se levantó, le dio la mano y le ofreció un café. Después, ambos se sentaron de nuevo.

—El detective privado ha hecho algunas averiguaciones en McGuireville. Habló con los empleados del salón de banquetes.

Realmente, sabes cómo impresionar.

Maggie se ruborizó.

—Eh... sí, supongo que sí. No se me ocurrió otro modo de hacerlo.

—Afortunadamente, tu presentación dejó una huella indeleble en las mentes de los empleados. Todos recordaban con bastante exactitud quiénes se marcharon poco después de tu anuncio.

—¿Es posible que alguien de los que se marchó fuera al circuito y matara a Eric antes de que yo llegara allí? —preguntó ella.

—Exactamente. Veamos. J.D. se marchó contigo —recapituló él, mirando las anotaciones que tenía—. Tú esperaste unos minutos antes de marcharte del motel. ¿Y paraste en un supermercado para pedir indicaciones?

Ella asintió.

—Le pedí al detective que cronometrara cuánto se tarda en ir desde el motel hasta el circuito. Y el tiempo me ha parecido inquietante. Con la parada que hiciste para preguntar, J.D. habría tenido oportunidad de llegar al circuito, matar a Eric y marcharse antes de que tú llegaras.

—J.D, no haría algo así.

—Parece que estás muy segura.

—Confío en mi instinto. Vamos a dejar a J.D. fuera de esto por ahora. ¿Qué otras personas se marcharon pronto del banquete?

—La mayoría estaba poniendo verde a Eric —respondió Lane, y arqueó una ceja—. Verdaderamente, hiciste toda una entrada en McGuireville.

—Supongo que sí. ¿Y quién de todos ellos podría haber deseado que Eric muriera?

—La viuda de Eric, Nancy, se marchó inmediatamente, acompañada de Roy Abercrombie. Edna McGuire se quejó de que estaba mareada y Belmont Kincaid la llevó a casa. Es evidente que Nancy tenía un motivo para asesinar a Eric. Y por la forma en que fue

apuñalado Eric, parece que fue un crimen pasional. De ahí el enojo. Dejaré a J.D. en mi lista de sospechosos, pese a tu opinión de que él nunca le habría hecho daño a su hermano. Un par de fuentes le contaron a mi detective que Eric y él discutían frecuentemente.

Maggie abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla. El instinto le decía que J.D. no lo había hecho, pero su experiencia como juez de la personalidad masculina no le daba seguridad.

Lane siguió pasando las páginas del informe.

—El detective también fue a investigar al circuito. Uno de los miembros del equipo cree que vio a Nancy en el circuito. Claro que también te vio a ti, pero bueno, tú nunca has negado que estuvieras allí.

—Sí estuve allí, pero Eric ya había muerto. Lo sabes. ¿O no me crees?

Él alzó una mano.

—Oh, por supuesto que te creo. Pero eso significa que necesitamos saber qué otra persona con motivos para matarlo fue al circuito antes que tú.

—Estaba abarrotado. Todo el mundo iba y venía.

—Sí, pero entre tanta gente, alguien te vio inclinada sobre el coche de Eric. ¿Cómo explicas eso?

Maggie se sintió como si, de algún modo, hubiera traicionado a su abogado haciendo una estupidez. Notó que le ardía la cara.

—Yo tenía un número distinto, y quería asegurarme de que aquél coche era el suyo.

—De todas formas, eso podría parecerle sospechoso a un jurado.

—¿A un jurado? Todavía no me han acusado.

—Y mi trabajo es conseguir que no te acusen. Créeme, haré todo lo que pueda para que no vayas a la cárcel. Pero debemos tener en cuenta todos los detalles.

A Maggie se le encogió el estómago al pensar en que podía ir a la

cárcel, en que la separarían de David.

—Te ayudaré en todo lo que pueda.

—Bien. Estamos en el mismo equipo.

—Lo sé.

Lane la miró fijamente.

—Necesito toda tu confianza.

Ella se alarmó. Un hombre que le pedía su confianza se convertía para ella, automáticamente, en sospechoso. Pero no podía permitir que su suspicacia hacia las relaciones sentimentales le nublara el juicio cuando su vida estaba en juego.

—Confío en ti, Lane. Pero también tengo que hacerle caso a mi conciencia. No acusaré a uno de los McGuire tan sólo para quitarme el problema de encima. Necesitaría pruebas fehacientes antes de considerar esa posibilidad. Son la familia de mi hijo.

—Maggie, vamos a aclarar una cosa. Tú eres mi cliente, y por lo tanto, te defenderé eficazmente. Sin embargo, no voy a hacerlo a costa de la justicia y la verdad. Puede que te parezca cursi, pero yo creo en ambas cosas.

—Bien. Me alegro de que nos entendamos. Creo que podemos trabajar bien juntos.

Lane asintió y sonrió.

—Sí, yo también lo creo. Bueno, creo que enviaré al detective a que hable con Nancy. ¿Se te ocurre alguien más que debiéramos tener en cuenta?

—¿Vieron a Roy Abercrombie en el circuito con Nancy?

—No, pero eso no significa nada. Tengo que admitir que he oído rumores de que Nancy y Roy pasaban mucho tiempo juntos cuando Eric estaba fuera del pueblo.

—¿Y quién puede culparla? No parece que Eric estuviera a su lado, como tampoco lo estuvo al mío.

—No, pero si ellos dos tienen una aventura, Roy tendría un móvil, ¿no?

Maggie sacudió la cabeza.

—¿Qué le echan al agua de McGuireville? Todo parece una telenovela.

Lane se rió.

—Tú nunca has vivido en un pueblo pequeño, ¿verdad?

—No. A propósito. Mi casero de Arizona espera que le pague la renta, pero no puedo marcharme de Arkansas. Me gustaría encontrar un trabajo temporal. ¿Crees que tendré que quedarme mucho más aquí?

—Ojalá pudiera decirte que volverás pronto a casa, pero lo cierto es que la investigación podría llevarnos un tiempo. Creo que conseguir un trabajo temporal es buena idea.

—Tendré que mirar las ofertas de empleo del periódico. Mientras, seguimos esperando el resultado de la prueba de paternidad. ¿Has tenido alguna noticia?

—Creo que llegará cualquier día. J.D. McGuire pagó gustosamente un extra para tener los resultados con urgencia. La espera y la incertidumbre deben de tener en tensión a toda la familia.

—Edna es la única que cree que David es el hijo de Eric. Parece que todos creían que Eric era estéril. Se van a llevar una buena sorpresa cuando tengan el resultado.

Lane se recostó en el respaldo de su butaca y sonrió ampliamente.

—Me gustaría estar allí cuando reciban la noticia.

J.D. sentó a David en su silla, en un lugar en el cual pudiera vigilarlo mientras examinaba el coche de su abuela. Siempre y cuando el bebé tuviera una galleta para mordisquear, estaba muy contento.

J.D. no tardó demasiado en cambiar el aceite y el filtro, aunque tuvo que parar dos veces para jugar con David, porque el niño se aburría un poco y comenzó a llorar.

J.D. estudió los datos de la libreta en la que apuntaba el kilometraje. Después trasladaría los datos al ordenador. Frunció el

ceño y volvió a comprobar el cuentarrevoluciones. Le parecía raro que su abuela hubiera estado conduciendo de nuevo, cuando él estaba dispuesto a hacer cualquier esfuerzo para llevarla a donde ella quisiera.

Se encogió de hombros y se guardó la libreta en el bolsillo trasero del pantalón.

—Quizá le prestara el coche a alguna amiga.

David sonrió, dándole la razón.

—Vamos, pequeño, será mejor que vayamos a comer algo.

Cuando llegó, Maggie se encontró a J.D. terminando de darle de comer a David.

—¿Qué tal ha ido todo con el niño?

—Bien. Es un buen chico. ¿Y tu reunión?

Maggie tenía muchas ganas de contarle todo lo que había averiguado, pero todavía podía escuchar la advertencia de Lane.

—Supongo que bien —respondió. Después, se quedó callada. Lane no podía quejarse si lo que le contaba a J.D. era información del dominio público, ¿verdad? Y ella no tenía ninguna duda de que los chanchullos de Nancy eran del dominio público—. ¿Sabías que Nancy estaba en el circuito la noche en que murió Eric?

J.D. le limpió la cara y las manos a David con un trapo húmedo, y después se lavó las manos.

—Sí, he oído algo. Rumores. Pero no me sorprende que estuviera allí. Eric la había puesto en ridículo delante de doscientas personas. Tenía que estar muy enfadada.

—¿Tanto como para matarlo?

—No. No lo creo. Creo que es más posible que fuera un marido celoso o alguien a quien Eric estafó dinero. No permitas que el aspecto de rubia explosiva de Nancy te engañe. Es una chica muy dulce. Y buena.

J.D. sacó a David de su sillita y se lo entregó a Maggie.

—¿Es eso todo lo que ha averiguado el detective privado?

—¿Cómo sabías lo del detective?

—Esto es un pueblo pequeño. Todo se sabe —respondió él, y se acercó a ella lentamente. Después le preguntó, con la voz ronca—: Lo que quiero saber es por qué he tenido que enterarme por terceras personas. ¿Por qué no me lo habías contado?

—Lane me dijo que no debía hacerlo.

—¿Por qué?

Maggie se dio la vuelta, tomó una bayeta y comenzó a limpiar la bandeja de la silla de David.

—El dijo que... probablemente, a Eric lo había asesinado alguien cercano a él.

—¿Y mencionó mi nombre?

—No lo especificó. Sólo fue por precaución, estoy segura.

—Sí, seguro. Lo que me importa es qué piensas tú.

—J.D., yo sé que tú nunca le habrías hecho daño a Eric.

Él se acercó a ella por detrás, y Maggie sintió su aliento cálido en la nuca.

—¿De veras?

Maggie se estremeció. Se dio la vuelta, usando a David como escudo para protegerse de la cercanía de J.D.

—Lo creo con todo mi corazón.

J.D. le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Me alegro —murmuró—. No quiero que tu abogado comience a inventar historias para conseguir su objetivo. Eso ocurre algunas veces.

—Yo no lo permitiría. Mucha gente vio a Nancy en el circuito. Parece que no soy la única con un móvil que estaba allí esa noche.

—Oh, me imagino que había varias personas en esa situación. En este pueblo no hay secretos.

Capítulo 12

J.D. eligió el camino más largo que había desde su casa hasta la de su abuela, para disfrutar de la conducción por la carretera del Big Lake. Era el trayecto que hacía cuando necesitaba pensar, aunque prefería llevar su propia furgoneta que el Lincoln de la abuela.

Algo de lo que le había dicho Maggie lo tenía inquieto. ¿Hasta qué punto conocía uno a aquellos a los que quería? Él había pensado que conocía a su hermano pequeño. Sin embargo, al final había resultado que no lo conocía en absoluto. No sabía nada de Maggie, ni de David, ni de otras muchas cosas de la vida de Eric. Aunque su hermano siempre había tenido buen carácter y era de trato agradable, había una parte de él que mantenía oculta, cubierta con risas y juegos. Pero, de vez en cuando, J.D. percibía el arrepentimiento en la mirada de Eric, rápidamente camuflado con alguna broma. Sobre todo, cuando su hermano pequeño miraba a Nancy y pensaba que nadie lo estaba mirando a él.

J.D. no dudaba que Eric había querido a Nancy. Pero parecía que no lo suficiente como para quedarse en casa ni resistir la tentación.

Había una cosa segura: cuando J.D. encontrará a la mujer adecuada y se casara con ella, nada en el mundo conseguiría alejarlo de su hogar. No podía pensar en nada más importante que las barbacoas en familia, o los partidos de béisbol, o la alegría de ver a su esposa darle el pecho a su hijo.

Vaya. Qué ideas más salvajes. Nunca había notado que la vida pasara tan rápido antes de la muerte de Eric. Sin embargo, desde aquel día, tenía un ansia nueva por vivir al máximo y saborear cada uno de los días.

¿Y qué era aquello para él? Trabajaba, salía un poco con sus amigos y vigilaba a su abuela. Era una existencia segura, pero ¿a qué precio? Casi se sentía como si fuera un observador, en vez de un participante. Miraba las cosas desde fuera.

Mirar las cosas desde fuera. Aquél en un concepto muy familiar para J.D. Recordaba vívidamente el día en el que había conocido a su abuela y al resto de la familia McGuire. Sólo tenía siete años, llevaba el pelo engominado y peinado hacia atrás y la camisa metida por dentro de los pantalones. A su lado, su madre jugueteaba nerviosamente con su collar, y Richard McGuire le daba palmaditas cariñosas en el hombro. Su futuro dependía de que los McGuire lo aceptaran como uno de los suyos. Su madre nunca se lo había dicho explícitamente, pero él tenía la certeza mientras esperaban en el porche. De las ventanas emanaba un brillo dorado. Dentro había mucha comida y todo el mundo se estaba riendo y hablando. Y de algún modo. J.D. había tenido la sensación de que no encajaría. Sólo quedarse fuera, apretar la nariz contra el cristal y observarlo todo desde la seguridad de las sombras.

En vez de eso, Richard abrió la puerta y esperó mientras la madre de J.D. lo empujaba suavemente hacia dentro.

Cuando entraron, se hizo el silencio en la sala. Después, todo el mundo comenzó a hablar a la vez. J.D. comenzó a escuchar comentarios y los susurros sobre su padre, y notó que se le rompía el corazón con cada revelación. Palabras que no había oído nunca, como «inmigrante» y «pobre italiano», se usaban para describir a su padre. Y por el tono con que las pronunciaban, parecía que eran cosas malas.

Así que J.D. se había escabullido tan rápidamente como había podido, y se había quedado sentado en una de las mecedoras del porche. Mirando dentro desde fuera. Y así había permanecido durante veintiocho años.

Sacudiendo la cabeza, J.D. guió su pensamiento hacia el presente.

Había superado el pasado y se había hecho un lugar en el mundo. Sin embargo, le parecía una victoria vacía comparada con todas las riquezas que había ganado Eric, y que había malgastado y despreciado.

Giró el volante del Lincoln y tomó la carretera hacia casa de su abuela. Cuando llegó, dejó el coche en el garaje, se metió la camisa por los pantalones y subió de dos en dos las escaleras del porche.

La puerta se abrió de par en par antes de que llamara.

Su abuela extendió las manos hacia él.

—J.D., qué sorpresa más agradable.

Parecía que estaba contenta de verlo. Sin embargo, J.D. se preguntó si ella había sido una de aquellas personas que habían despreciado a su padre. Las caras y las voces se le confundían en la memoria, y sabía que nunca podría distinguirlas. Dios, esperaba que su abuela no fuera una de ellos. Le hacía daño pensar que la mujer a la que quería tanto hubiera podido decir cosas crueles sobre su padre natural, al que él adoraba.

J.D., carraspeó.

—Hola, abuela. Te he traído el coche. Gracias por prestármelo.

—Ya sabes que puedes usarlo cuando quieras.

—Se había pasado la fecha de cambio de aceite, aunque a mí me ha parecido que estaba bien para un mes más, o así.

Ella descartó su preocupación agitando la mano mientras le cedía el paso.

—Ya sabes que yo no le presto atención a esas cosas. Entra, entra.

—Mmm. Quizá apunté mal la fecha de la última vez que le hice el cambio.

Edna sonrió.

—Estoy segura de que ha sido por eso. Me cuidas mucho, Jamie. Por favor, quédate a tomar un trozo de tarta conmigo.

Oh, oh. ¿Qué había hecho para garantizarse un interrogatorio con tarta? Nada que pudiera recordar.

—Tengo un poco de prisa. Maggie tiene una entrevista de trabajo y tengo que arreglarle el coche para que vaya.

—¿Una entrevista de trabajo? ¿Para qué?

—Por los motivos corrientes, supongo. Todavía tiene un apartamento en Phoenix y tiene que pagar las facturas. Parece que no va a poder salir del estado durante un tiempo.

Su abuela arrugó la nariz.

—No va a trabajar en una funeraria, ¿verdad?

—Tiene una entrevista en Confederate City, en la funeraria de los hermanos Tinker. Maggie quiere ser directora de funerales. Es lo que hace —respondió él. Le parecía extraño defender su profesión cuando él tampoco lo entendía completamente.

—Mmm. Bueno, no parece el trabajo más adecuado para una mujer. Ella tiene que quedarse en casa con David. Quizá si volviera a casarse...

—Has dicho que ibas a invitarme a tarta, abuela.

—Ah, sí, claro, la tarta. Ponte cómodo. Voy a traer los platos.

J.D. no tuvo que esperar mucho. Su abuela volvió asombrosamente rápido, como si ya tuviera la tarta y el té helado preparados.

Y tampoco perdió el tiempo al llegar. Fue directamente al grano.

—¿Hemos recibido el resultado de la prueba de paternidad?

—No, pero llamaré esta tarde para preguntar.

—Quiero saberlo inmediatamente, querido. Aunque en realidad, yo no tengo ninguna duda.

J.D. masticó lentamente, saboreando la extraordinaria dulzura de las nueces caramelizadas.

—Cada vez estoy más de acuerdo contigo. Maggie no es una mala persona. Sólo que perdió la cabeza por Eric.

—Te gusta, ¿verdad?

—Sí, claro. Tiene muy buen corazón.

—Me alegro de oírlo. ¿Sabes? Antiguamente, sobre todo después

de la guerra entre los estados, no era raro que un hombre se casara con la viuda de su hermano.

J.D., inhaló migas de la tarta y comenzó a toser. Aquella sugerencia había salido de la nada. ¿Sería posible que le estuviera fallando la mente debido al sufrimiento?

Sin embargo, la abuela estaba perfectamente alerta y brillante. Le daba palmaditas solícitas en la espalda mientras le ponía el vaso de té en la mano.

Después de un par de tragos, la tos cesó.

—¿Yo? ¿Y Nancy? No lo creo.

Ella hizo un ruido de impaciencia.

—No. Nancy no. Maggie.

Afortunadamente, el tenedor de J.D. estaba suspendido en el aire, de camino hacia su boca, así que no inhaló más tarta.

—¿Maggie?

—Tengo que admitir que sería la solución perfecta. A Maggie se le olvidaría lo de volver a Arizona y llevarse al hijo de Eric con ella.

—Estás de broma, ¿no?

—Yo nunca bromeo con las cosas importantes. Parece que tú te llevas muy bien con Maggie y...

—¿Y qué? ¿Tengo que ser el chivo expiatorio para que todo quede en familia?

—Tonterías. A ti te gusta Maggie, ¿no es cierto? Y yo creo que a ella le gustas tú.

—Hay muchas cosas que haría por ti, abuela. Pero casarme con la... novia de mi hermano no es una de ellas. ¿De dónde demonios te has sacado esa idea?

—Estaba charlando con Belmont.

—¿Belmont te lo ha sugerido?

—No, cariño. Yo estaba consultándole la posibilidad de obtener la custodia de David.

A él se le encogió el corazón. Estupendo. Había temido que

ocurriría algo similar. Su abuela sufría, y creía que adoptar a David era el mejor modo de curarse. J.D., sin embargo, sabía que no era cierto. Adoptar a David podría ayudar a su abuela a corto plazo, pero una batalla legal por su custodia sólo serviría para hacer mucho daño a todo el mundo, sobre todo a Maggie y a David.

¿Y si su abuela ganaba? J.D. no creía que pudiera presenciar con los brazos cruzados cómo estropeaba a otro niño. Él siempre había pensado secretamente que Eric habría llegado a ser un adulto responsable si ella no se lo hubiera permitido todo constantemente.

Sin embargo, J.D. no era lo suficientemente cruel como para decirle aquello. Por lo que le había dicho Belmont, aquella excesiva permisividad y protección hacia su hermano había comenzado cuando sus padres habían muerto. Desde aquel momento, ella se había aferrado a Eric, y lo había excusado de las reglas que se suponía que J.D. sí tenía que seguir.

Para intentar que la anciana entrara en razón, él dijo algo evidente.

—David no necesita que lo adopten. Tiene una buena madre.

—Sí —suspiró su abuela—. Maggie está completamente dedicada al niño. Belmont me dijo que tendríamos que demostrar que era una madre inepta para tener alguna oportunidad de obtener la custodia.

—Esta conversación es absurda —dijo J.D., y comenzó a levantarse.

Ella le hizo un gesto para que se sentara de nuevo.

—Jamie, yo no he dicho que fuera a hacerlo. Sólo quiero que sepas que no me parecería mal un matrimonio entre Maggie y tú. Sería...

—Conveniente.

—James David, no te consiento que me interrumpas. Es de muy mala educación.

Si aquélla no fuera una conversación tan delicada, quizá él estuviera disfrutando de ver cómo ella desviaba la culpa con tanta maestría. No era extraño que Eric tuviera la misma habilidad.

J.D. respiró profundamente.

—Siento haberte interrumpido, pero mi respuesta es «no». Y ahora, si me disculpas, tengo que arreglar el coche de Maggie. Y por favor, no le menciones a ella esta locura. Puede que se sintiera... insultada.

—Claro que no se lo iba a decir a ella. Me imagino que tú podrás ser mucho más persuasivo.

J.D. pidió paciencia al cielo. Aquélla era una mujer anciana sufriendo por su nieto favorito. Pero, en lo más profundo de su alma, él se preguntó si ella siempre había sido tan manipuladora y él nunca se había dado cuenta.

Maggie salió de la entrevista dando gracias a su estrella de la buena suerte. El trabajo era perfecto. Ocuparía temporalmente el puesto de la recepcionista de la funeraria, que estaba de baja por maternidad.

Cuando llegó a casa de J.D., titubeó antes de salir del coche. La maravillosa casa colonial le parecía familiar, casi como un hogar de verdad, donde una familia podría reírse, discutir, perdonarse y unirse. Era el hogar que ella siempre había deseado.

Se olvidó de aquella momentánea melancolía y se dirigió a la puerta principal. Cuando entró, se encontró a J.D. en su despacho, dibujando algo que parecían unos planos, mientras David lo observaba desde su silla.

Ella tomó al niño en brazos y le besó las mejillas. David sonrió de oreja a oreja. Y también J.D., cuando alzó la vista de su trabajo.

Maggie tuvo que recordarse que todo aquello era una solución temporal. David y ella volverían pronto a Arizona. ¿Y por qué la idea de volver a casa de repente le parecía un poco atractiva?

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó J.D.

—He conseguido el trabajo.

—Estupendo. Eso aliviará tu situación financiera, me imagino.

—Sí. Y el señor Tinker me ha dicho que puedo tener allí a David,

al menos durante parte del tiempo. Tenían planeado crear una pequeña zona para bebés, de todas formas, porque la recepcionista la necesitará cuando vuelva al trabajo. Y el señor Tinker tiene una sobrina adolescente y encantadora que hará de canguro un par de horas al día.

— ¿Un bebé en una funeraria?

Maggie dejó escapar un suspiro.

— Sólo estará en las oficinas. No es que vaya a estar gateando por la sala de embalsamamiento.

— Pues parece que te ha salido muy bien. Me alegro —dijo él. Sonrió lentamente, pero sus ojos no reflejaban ninguna felicidad—. Mmm, ¿y la oficina está preparada para la seguridad de un bebé? ¿No hay peligro de que David se encuentre con algún producto químico?

Maggie frunció el ceño.

— No. Ninguno de los químicos se guarda en la oficina. Y estará en la guardería, sano y salvo.

— Bien. Me alegro de oírlo.

— ¿Ocurre algo?

— No. Pero estoy seguro de que no quieres que la gente piense que estás descuidando a David de alguna manera mientras estás trabajando.

— J.D., creía que me conocías lo suficientemente bien como para saber que yo nunca pondría en peligro a mi hijo.

Con un suspiro, él se apoyó en el respaldo.

— Le dije a mi abuela que estabas buscando un trabajo temporal y ella se quedó... preocupada.

— Quizá deberíamos invitarla a tomar un trozo de tarta y yo la tranquilizaré.

En realidad, tranquilizarla era lo último que Maggie tenía en mente. Aquella mujer estaba traspasando demasiado sus límites, y Maggie quería decírselo amablemente.

—No —respondió J.D. con cierta tensión—. No es necesario. Yo ya se lo expliqué.

—Si estás seguro...

—Completamente. ¿Cuándo empiezas?

Maggie decidió no insistir en el tema. Todavía.

—Mañana. La recepcionista ya lleva una semana de baja maternal, y en la funeraria están un poco agobiados. En cuanto reciba el primer sueldo, podré devolverte lo que me has prestado.

Él hizo un gesto para descartar aquello.

—No tengas prisa.

El teléfono sonó en aquel momento, y J.D. respondió la llamada. Mientras escuchaba, frunció el ceño.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

Maggie tuvo un mal presentimiento.

—¿Y no hay otra manera? —preguntó él. Después de escuchar unos minutos más, dijo—: Está bien. Estaremos allí lo antes posible.

Cuando colgó, Maggie preguntó:

—¿Ha ocurrido algo malo?

—Sí. Eran del laboratorio.

—¿Ya están los resultados?

J.D. sacudió la cabeza.

—La primera no es válida. Ha ocurrido algo con un gel defectuoso, o algo así. No he entendido la mitad de los términos que ha usado. Lo cierto es que hay que repetirla.

—¿Repetirla? ¿No hemos pasado ya suficiente?

Él se pasó la mano por la cara y dejó escapar un suave juramento.

—Yo estaba seguro de que tendríamos hoy mismo el resultado. Pero parece que estas cosas ocurren de vez en cuando. David y tú tendréis que dar muestras de nuevo y ellos tendrán que mirar si conservan alguna muestra más de Eric.

Maggie soltó un gruñido.

—¿Y si no hay más muestras?

—Entonces tendrán que obtenerlas de mi abuela o de mí. Lo cual es complicado, porque Eric y yo no teníamos el mismo padre.

—Esperemos que no tengan que hacerlo.

—Sí. Quieren que vayamos cuando antes al laboratorio.

La sensación de triunfo de Maggie se desvaneció. Justo cuando estaba tan contenta de haber conseguido un nuevo trabajo, el pasado volvía a recordarle la situación tan difícil en la que se encontraba.

David le dio unos golpecitos en la cara y sonrió, recordándole que algunas veces, las mejores cosas nacían de una tragedia.

Capítulo 13

J.D. observó cómo Maggie abría la boca para que el técnico del laboratorio pudiera frotarle el interior de la mejilla con un algodón. En sus ojos grandes y verdes se reflejaba la resignación.

Él tuvo que reprimir el impulso de decirle al técnico que se fuera al demonio por hacer su trabajo tan clínica y eficientemente. J.D. no se había dado cuenta de lo mucho que ansiaba tener el resultado aquel día. La decepción y la frustración lo tenían inquieto. Con David en brazos, se paseaba por la sala.

—Me apuesto algo a que esto te tiene confundido, ¿verdad, pequeño?

No parecía que el bebé estuviera muy preocupado, en realidad. Allí había mucho equipo extraño que lo tenía fascinado. Cuando se acercaron a uno de los mostradores, David se inclinó en sus brazos y alargó el brazo para tomar un instrumento médico.

J.D. le agarró la manita y se alejó de los objetos.

David gritó.

—Ya sé, ya sé, te estropeo toda la diversión, ¿eh?

El niño olvidó el enfado rápidamente, sin embargo, porque estaba demasiado preocupado en encontrar otra cosa. J.D. se rió.

—Maggie, vas a estar muy ocupada cuando éste empiece a andar. Va a querer tomarlo todo.

Maggie miró al cielo con un suspiro.

—Ya lo sé. Ya quiere tomarlo todo.

J.D. se preguntó vagamente si él estaría allí para ver los primeros pasos del niño, para oír sus primeras palabras o para enseñarle a montar en bicicleta.

—¿David McGuire? —preguntó el técnico, leyendo de una tablilla.

—Este pequeño —dijo J.D.

—¿Puede sostenerlo usted mientras le tomo la muestra?

—Claro.

Parecía que David había decidido que no le caía bien aquel hombre. Apretó los labios y volvió la cabeza.

El joven intentó enseñarle a David cómo debía abrir la boca, pero el bebé no hizo caso.

—La última vez le dieron una galleta —sugirió Maggie.

—Es mejor que no tenga comida en la boca —dijo el hombre, con un deje de impaciencia—. Por favor, póngalo en la mesa de exploración.

El ayudante de laboratorio extendió los brazos para tomar a David, y J.D. dio instintivamente un paso hacia atrás.

—No —dijo J.D.

Tenía un fuerte sentimiento de protección. No sabía de dónde provenía, pero era una incontrolable necesidad de proteger al niño a cualquier precio.

Maggie debió de darse cuenta, porque se acercó al técnico.

—Vamos a intentarlo con una galleta, ¿por favor? Tengo una en el bolso. Simplemente, enséñesela y pídale que abra la boca.

—Si me das la galleta —dijo J.D.—, lo haré yo.

No estaba muy seguro de querer que aquel hombre se acercara a David. Pero ¿qué daño iba a hacerle con un algodón?

Maggie sacó la galleta y se la dio a J.D.

—Está bien, pequeño —le dijo a David—. Abre la boca para que te vea este señor y te daré la galleta. Así —dijo J.D., y le hizo una demostración abriendo la boca cuanto pudo.

Le pareció que oía reírse a Maggie, pero no le hizo caso. Su misión era demasiado importante.

David miró al extraño, miró a J.D., y después lo imitó con la mirada fija en la galleta, que J.D. mantenía alejada de él.

—Será mejor que se dé prisa —le murmuró al ayudante de laboratorio.

El técnico no necesitaba la advertencia.

—Sí, sí. Estos niños te pueden morder un dedo si no los vigilas.

—Yo mismo le morderé el dedo si no toma bien la muestra. Bajo ningún concepto este niño ni su madre pasarán una tercera prueba.

Todo terminó en un instante, y David se quedó entusiasmado cuando tuvo la galleta en las manos. Después, el técnico le tomó la muestra a J.D., y él pidió que avisaran al director de la clínica para explicarle lo que había ocurrido con la primera prueba y asegurarse de que no habría más problemas. El director le aseguró que tendrían los resultados en menos de cuarenta y ocho horas.

Satisfecho, J.D. se despidió del director y después salió a la calle con Maggie y David.

—Vamos a comer algo antes de volver a casa — dijo—. Cerca de aquí hay un lugar en el que sirven un pescado buenísimo. Aunque no sé si habrá algo que pueda comer David. Supongo que no habrás traído un tarro de comida para bebés en la bolsa de los pañales, ¿no?

—Claro que sí. Me he dado cuenta de que hay una despensa mágica en tu casa. David come y come, pero las provisiones nunca se acaban.

J.D. se frotó la nuca.

—Esperaba que no te dieras cuenta, con todo lo que está pasando.

—Oh, claro que me he dado cuenta. Y creo que es increíblemente amable por tu parte —le dijo, con una mirada cálida y admirativa. Hacía que se sintiera como si hubiera hecho algo realmente asombroso—. Y ha sido muy tierno por tu parte defender a David ahí dentro.

—No es para tanto.

—Sí lo es —replicó ella, con la voz ronca—. Y yo te lo agradezco —añadió, y le dio un beso en la mejilla.

Él no supo cómo reaccionar. Ella le frotó la mejilla con el dedo

gordo para quitarle un poco de carmín de labios. Entonces, J.D. le tomó la mano y le dio un beso en la palma, mirándola a los ojos y haciéndole una promesa silenciosa. No tenía ni idea de lo que le estaba prometiendo, pero sabía que, de alguna manera, era algo esencial.

Ella se miró la palma, lo miró a él y después a David, como si los tres estuvieran unidos.

Él pensó que era cierto. Estaban unidos. No por la sangre ni por el matrimonio, sino por una tímida conexión con un futuro incierto.

David empezó a llorar y rompió el hechizo. J.D. le puso la mano en la cabeza, maravillado por su fragilidad.

—Mi sobrino. Siempre estaré ahí para ti, pequeño.

Maggie inhaló bruscamente.

—¿J.D.? ¿Qué ha ocurrido ahí dentro?

—Nada y todo. De repente, lo he visto todo muy claro. No necesito que ninguna prueba me diga lo que ya sé aquí —dijo, y se dio un suave golpe en el pecho—. Tú has dicho la verdad. Mi hermano y tú hicisteis un milagro los dos juntos.

Los gritos de frustración de David parecían una música preciosa, casi como la de un recién nacido que saludaba al mundo. Porque, con respecto a J.D., David acababa de renacer como el hijo de su corazón.

La barra del bar de pescado y patatas fritas estaba abarrotada, pero J.D. los condujo hasta una sala más aislada, donde había mesas para comer. Habían hecho el camino desde la clínica en silencio. Maggie todavía estaba asimilando la afirmación de J.D. Él la creía. Aquello le resultaba reconfortante y al mismo tiempo la atemorizaba. Su amistad había cambiado, y ella no sabía en qué sentido.

Una parte de ella temía abrirse y recibir más dolor y decepciones si aceptaba el cambio de actitud de J.D. Y otra parte sentía un alivio abrumador. Ya no estaba sola.

El aroma del pescado frito se le metió en la mente. Decidió disfrutar de la comida y dejar el análisis para más tarde.

—No me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba.

—Yo también —dijo J.D. Encontró una silla de bebé junto a una de las paredes y la acercó a la mesa.

Maggie colocó allí a David y después se sentó en la mesa, junto a él,

Después de que pidieran, Maggie sacó un plátano de la bolsa y comenzó a dárselo a David.

—Él también tiene hambre.

J.D. sonrió lentamente.

—Eric y yo comíamos aquí a menudo cuando veníamos a Fayetteville. Era uno de sus restaurantes favoritos.

—Quizá por eso siempre quería comer en Ralph's Fish en Arizona —dijo ella. Tomó un poco del delicioso pescado humeante que les habían llevado y añadió—: Y no me extraña que dijera que aquello no tenía nada que ver con lo que servían aquí.

—¿Sabes? Siempre hablamos de Eric. Quiero saber más cosas de ti.

Maggie se ruborizó.

—No hay mucho que contar. Yo preferida que me contaras cosas de tu trabajo. Cuéntame cómo es ser arquitecto.

J.D. cedió y dejó que ella cambiara de tema.

—La mayoría de los días es un buen trabajo.

—¿Y por qué otros días es malo?

—Algunas veces, el hecho de trabajar siempre encerrado hace que me sienta viejo. Me dan ganas de tomar las herramientas y crear algo sin dibujos ni planos. Algo sin ataduras. Tonto, ¿eh?

—No. Creativo —respondió Maggie. «Y sexy».

—Yo creo cuando diseño un proyecto. Pero esto es distinto. Es trabajar con las manos. Da más libertad, de alguna manera.

La mirada de Maggie se fijó en sus manos. Parecía que él estaba tan cómodo sosteniendo un bebé que sosteniendo una herramienta. Ella se preguntó cómo sería sentir aquellas manos acariciándole el

cuerpo.

Se ruborizó al ver en su mente a J.D. poniendo toda su concentración en hacer el amor con ella.

Estuvo a punto de tirar su vaso con un gesto brusco, pero consiguió agarrarlo con los dedos entumecidos. El agua le cayó por la garganta reseca.

David dio unos golpes en la bandeja de su mesa con la cuchara, riéndose, y Maggie se las arregló para superar su azoramiento mientras J.D. llenaba el silencio charlando.

Cuando estuvo completamente llena, Maggie se recostó en el respaldo del asiento y suspiró.

—Estaba buenísimo.

A J.D. le brillaban los ojos.

—Me gusta verte relajada. Algunas veces me pregunto cómo eres en Arizona y no en medio de todo este lío.

Aquello conmovió a Maggie.

—Mi vida no es demasiado emocionante. Trabajo, escuela y David.

—¿En qué trabajas?

—Era la directora de una guardería en el turno de día. No tenía un sueldo muy alto, pero podía tener a David conmigo. Me encantaba pasar tiempo con él y con los otros niños. Y a David también le gustaba jugar con los demás. Era una buena situación.

—¿Y qué ocurrió?

—Los propietarios vendieron el edificio y el terreno a un promotor y se mudaron a Payson. Ya tenían sesenta años, y los veranos en Mesa les resultaban muy duros. Así que aprovecharon la oportunidad. No los culpo. Pero desde entonces me ha resultado difícil conseguir un trabajo donde pueda llevarme a David y además seguir yendo a la escuela.

—Me he preguntado algunas veces, ¿por qué te has decidido por una profesión tan poco tradicional?

Maggie se encogió de hombros.

—Es una profesión estable, y en realidad, yo no creo que sea poco tradicional. Siempre ha habido profesionales para preparar los cuerpos de los muertos, desde el principio de los tiempos. Aunque los procedimientos y las ceremonias puedan ser muy distintos, en todas las culturas hay rituales para la muerte. En resumen, lo que yo hago es la segunda profesión más antigua del mundo.

J.D. sonrió.

—Es totalmente cierto. Pero no sé por qué, creo que hay más.

Maggie le puso bien el babero a David y le dio un panecillo. No podía seguir evadiendo la cuestión. Tomó aire y comenzó:

—Ya te dije que mi hermana Cassie se suicidó... yo me quedé deshecha.

—Lo siento.

—Yo también. Pero es lo que me llevó a mi vocación. Mis padres habían repudiado a Cassie, pero yo me escapaba e iba a su apartamento para estar con ella y con mi sobrina, Emma. Después de que los servicios sociales se llevaran a la niña, yo debería haberme dado cuenta de que mi hermana estaba algo más que deprimida. Yo no tenía ni idea de que podría hacerse daño. Durante un tiempo me culpé. Debería haber estado más tiempo con ella, o haber intentado entender mejor todo aquello por lo que ella estaba pasando. Muchas cosas.

J.D. le agarró la mano.

—Debió de ser terrible.

Maggie asintió, porque no se atrevía a hablar. Cerró un momento los ojos, intentando recordar a Cassie cuando estaba llena de vida.

—Yo fui la que la encontró —susurró Maggie, y abrió los ojos.

—Oh, cariño.

—Fue muy duro. Después tuve muchas pesadillas. No podía comer ni concentrarme.

—Es lógico, estoy seguro.

—Sí, lo es. Pero yo no lo sabía. Creía que me estaba volviendo loca. Afortunadamente, el director del funeral era una persona maravillosa. Me aconsejó durante horas. Me ayudó a entender que Cassie había tomado una terrible decisión sin pensar en nadie más que en ella porque estaba sufriendo un terrible dolor emocional. Su elección no significaba que nadie tuviera la culpa, y nadie podría haberla detenido si verdaderamente estaba decidida a hacerlo.

J.D. asintió.

—Parece que era un hombre muy inteligente.

—Sí, lo era. Él me ayudó a perdonarme a mí misma y a Cassie. Y por eso siempre le estaré agradecido.

—Él te ayudó como tú me ayudaste a mí en el funeral de Eric — dijo él, con respeto y admiración.

—Es algo que forma parte de mí, como respirar. Nunca sabré si habría encontrado mi vocación de no haber sido por su ayuda. Encuentro mucha satisfacción en dar ayuda psicológica en esos momentos. Es mi forma de devolver lo que me dieron.

—Así que es como ser un psiquiatra, pero especializado, ¿no?

Maggie sonrió.

—Supongo que se podría decir así.

—Y tus padres, ¿fueron al funeral?

Ella asintió, y se quedó sorprendida al darse cuenta de que todavía sentía ira al pensar en ellos.

—Sí. No quisieron ayudar a mi hermana cuando más los necesitaba, cuando era una madre soltera que estaba asustada y sola y no tenía a nadie en quien apoyarse. Pero cuando Cass murió y ya no los necesitaba, aparecieron en su funeral.

Maggie tuvo que secarse las lágrimas, y al verlo, David se puso nervioso. Tenía los ojos muy abiertos de confusión.

—Cariño, no te preocupes. Mamá está bien —le dijo ella, y le acarició la mejilla. Se volvió hacia J.D, y murmuró—: Me pregunto cómo la gente con sólo la mitad de corazón de lo que hay que tener es

capaz de darle la espalda a su propio hijo.

—Quizá medio corazón no sea suficiente. Quizá los niños necesiten que los quieran con toda el alma, incluso cuando decepcionan a sus padres.

A Maggie se le llenaron los ojos de lágrimas de nuevo al oír sus palabras.

—Sí. Exactamente. No sólo cuando hacen las cosas bien, sino también cuando las hacen mal. Yo sentí que mis padres habían dejado de quererme cuando ya no pude seguir viviendo a su manera.

—No sé cómo alguien podría no quererte —le dijo J.D., y le puso la mano en la mejilla—. Fue porque algo falló en ellos, no en ti. No lo olvides.

Maggie le cubrió la mano con la suya y absorbió toda su ternura. Aquel sencillo gesto de apoyo y consuelo la conmovió mucho más que las grandiosas y vacías demostraciones de Eric. Se le derramaron las lágrimas por las mejillas.

—Gracias —le dijo.

Maggie se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo esperando a que alguien la convenciera de que se merecía que la quisieran.

Capítulo 14

Los dos días siguientes fueron los más surrealistas de la vida de J.D. Todo había cambiado desde que por fin había aceptado que tenía un sobrino. Muchas veces, se sorprendió mirando al pequeño, sobrecogido por el hecho de que su hermano hubiera creado algo tan perfecto.

Y también miraba a Maggie, pero aquello le suscitaba más preguntas que respuestas. La noción que él tenía de su propio lugar en el universo estaba cambiando. Se había convertido en tío. Un tío que estaba loco por la madre del niño. Tal y como había señalado su abuela, no sería la primera vez en la historia que sucedía algo así. Sin embargo, sí era la primera vez para J.D.

Entre Eric y él había la suficiente diferencia de edad como para no haber salido juntos y no haberse peleado por las chicas. Y, sinceramente, a J.D. no le gustaba el mismo tipo de mujeres que a su hermano. Hasta Maggie. Sin embargo, por algún motivo le resultaba inquietante contemplar la posibilidad de salir con una mujer con la que hubiera salido su hermano. Peor aún, con una mujer que hubiera tenido una relación íntima con su hermano.

Sonó el timbre, y J.D. fue a abrir la puerta. Al ver el sobre blanco en las manos del mensajero, a J.D. se le revolvió el estómago. Firmó la hoja de entrega y tomó el sobre. El remite era la dirección del laboratorio que había llevado a cabo las pruebas de paternidad. Parecía que por fin había llegado el resultado.

Sin pensarlo, J.D. tomó las llaves y salió de casa hacia Tinker Brothers Mortuary. Dejó el coche en el aparcamiento y respiró profundamente. Lo único que iba a ver de toda la casa funeraria sería

la oficina. Allí no habría cuerpos. Ni siquiera iba a acercarse a un muerto.

Aquel pensamiento le dio valor, y salió del coche. Cuando abrió la puerta de la oficina, vio a Maggie sentada tras un mostrador al otro extremo de la sala.

Ella alzó la vista de su trabajo y sonrió. Su escritorio era pequeño y estaba lleno de papeles.

—Hola, ¿qué te trae por aquí?

No muy lejos estaba la zona de guardería.

—Parece que David está dormido —susurró él.

—No tienes que hablar tan bajo. Se está acostumbrando al ruido del teléfono y de todo lo que sucede aquí mientras duerme. ¿Qué ha ocurrido?

—Ya ha llegado el resultado.

—Bien. Ya era hora.

—¿Te importa si abro el sobre aquí?

—Por favor.

Él abrió el sobre y sacó la hoja de papel. Antes de mirarlo tomó aire profundamente.

Maggie, por otra parte, mantuvo una actitud fría.

—Creía que me creías.

—Y te creía. Es sólo que esto es... definitivo.

—¿Qué dice? —preguntó ella.

—Él leyó la carta.

—Dice que David es hijo de Eric —dijo él, con un nudo en la garganta. El informe le confirmó que era tío.

Maggie sonrió.

—Ya te lo había dicho.

—Sí, y yo te creí. Pero es agradable tener la confirmación.

—¿Cuándo deberíamos decírselo a Edna?

Él casi se había olvidado de su abuela. Sin duda, ella iba a ponerse muy contenta por el hecho de tener un bisnieto de su propia sangre

que llevara el apellido McGuire.

De repente, una pequeña punzada de celos lo tomó por sorpresa. David era un McGuire de nacimiento, y él no. ¿En qué lugar lo dejaba aquello? Casi instantáneamente, se sintió avergonzado por sentirse celoso de un niño de nueve meses. Un inocente que no había pedido que lo pusieran en aquella situación tan complicada.

—¿J.D.? ¿No deberíamos llamar a tu abuela? Aunque no sé si me gustaría dar esta noticia por teléfono.

—Eh, no. Yo la llamaré después y le diré que pensamos pasar por su casa cuando tú vuelvas de trabajar. ¿Qué te parece?

—Muy bien. Su reacción será buena, ¿verdad?

—¿Buena? Se va a poner a bailar. No sé qué otra cosa podría alegrarla más.

Maggie asintió.

—Está bien. Llegaré a casa sobre las cinco y media. ¿Quieres que comamos algo rápido en casa antes de ir a casa de tu abuela?

—Estoy seguro de que la abuela le pedirá al ama de llaves que la ayude a preparar una cena especial. Lo veremos sobre la marcha, ¿de acuerdo? Te dejaré para que vuelvas al trabajo —dijo él. Pero, en vez de irse inmediatamente, se acercó de puntillas al parque del niño y se quedó mirándolo.

Había estado trabajando en casa aquel día y lo había echado de menos. Le puso la mano, suavemente, en la espalda, y se quedó asombrado por la paz y la pureza que irradiaba el niño dormido.

—Dulces sueños, sobrinito.

No pudo mirar a Maggie a los ojos cuando se volvió. Probablemente, parecía un inocentón, pero David tenía algo que lo emocionaba.

—Nos veremos en casa.

Reunió valor y por fin miró a Maggie. En vez de una expresión burlona, Maggie tenía los ojos sospechosamente brillantes, y parpadeo rápidamente.

—Sí, nos veremos en casa.

Aquella tarde, Maggie recogió sus cosas y las de David, tomó a su hijo en brazos y asomó la cabeza por la puerta del despacho de su jefe para despedirse.

El señor Tinker era un hombre alto y delgado, muy parecido a su sobrina Charla, la encantadora muchacha que cuidaba a David por las tardes. En las paredes de su despacho había fotografías enmarcadas del señor Tinker haciendo balsismo, senderismo y escalada. Para ser un hombre de cincuenta y tantos años, parecía mucho más joven.

—Señor Tinker, he puesto al día las cuentas por cobrar, y mañana haré lo mismo con las facturas. Después, por la tarde, tengo dos citas con clientes.

—Maggie, no sé cómo darte las gracias. Parece que te ha enviado el cielo. Y, por favor, llámame Jack.

—Hasta mañana, Jack.

Se dirigió al coche alegremente, con David en los brazos. No podía haber encontrado un trabajo temporal mejor.

Mientras conducía hacia casa, pensó en el resultado de las pruebas. Para ella, no cambiaba nada, pero se daba cuenta de que para los McGuire significaba un cambio asombroso.

Estaba nerviosa por la perspectiva de la visita a la abuela de J.D. Aquella mujer podía llegar a ser intimidante. Sin embargo, parecía muy encariñada con David, y con Maggie siempre había sido muy amable.

Cuando llegó a casa, vio a J.D. sentado en el porche. Su sonrisa de bienvenida hizo que se sintiera muy bien. Casi nunca se encontraba con nadie que la recibiera con una sonrisa cuando entraba en su apartamento, y le costaría muy poco tiempo acostumbrarse a las bienvenidas de J.D.

Maggie se alegró de no verlo bien por el parabrisas del coche. Él había sido muy amable con ella y lo que menos quería era

malinterpretar las señales. Pero todo apuntaba al hecho de que J.D. disfrutaba de su compañía tanto como Maggie de la de él.

Apagó el motor, bajó la ventanilla y preguntó:

— ¿A qué hora tenemos que estar en casa de tu abuela?

J.D. se acercó a ella con el paso seguro, calmado. Era asombroso cómo un hombre tan musculoso también podía ser tan... elegante.

— Quiere que vayamos lo antes posible. Podemos marcharnos ya, a menos que quieras descansar un poco antes.

— No es necesario. Prefiero que nos lo quitemos de encima cuanto antes. Además, así no tendremos que sacar a David de su silla y volverlo a sentar. Vamos, entra.

J.D. entró al coche y movió el asiento para acomodar sus largas piernas. Después se dio la vuelta para saludar a David.

— Eh, pequeño. ¿Qué has hecho hoy, aparte de dormir?

— Ha estado jugando con Charla, la sobrina de Jack. Y parece que se lo han pasado muy bien — lo informó Maggie.

— ¿Cuántos años tiene?

— Catorce. Es muy responsable.

— Eso espero. Ojalá pudieras trabajar en McGuireville, y así la conocería. Bueno, he preguntado un poco por ahí, y Jack Tinker es un buen tipo.

— Sí, lo es.

— ¿Soltero?

— Eso creo.

J.D. soltó un gruñido.

— Me trata como a una profesional.

— Más le vale — farfulló J.D.

A Maggie le pareció divertido que J.D. estuviera tan interesado en su nuevo trabajo, y sobre todo, en si a David y a ella los trataban bien. Y la sorprendió los celos que sentía J.D. Aquello significaba que ella le importaba más de lo que él iba a admitir.

— ¿Todavía piensas que te va a gustar? — le preguntó él.

—Es el trabajo temporal perfecto. Durante los dos pasados días, me he visto de repente en el lado administrativo del negocio. Me ha dado una visión estupenda del trabajo día a día. Y mañana voy a ver a unos cuantos clientes.

J.D. se quedó pálido.

—Espero que no en la sala de embalsamamiento.

Maggie se rió.

—No. Uno de los clientes está planeando las cosas con antelación, y el segundo es un hijo cuyo padre ha muerto a los ochenta años. El proceso es más o menos el mismo, pero el hombre que ha perdido a su padre necesitará un trato más amable, más considerado. Sobre todo, a la hora de elegir el ataúd.

—Mmm. ¿Y has aprendido todo esto en la escuela?

Ella asintió.

—Este trabajo es una oportunidad buenísima para poner en práctica todo lo que he aprendido. Es como tener prácticas intensivas y pagadas. Tendré que enterarme de si me dan créditos por él.

—¿Y... eh... has visto cuerpos ya?

Maggie se preguntó si aquello era curiosidad morbosa o J.D. estaba intentando superar su aversión por los muertos. Con J.D., ella estaba segura de que era algo más que curiosidad, porque normalmente él tenía una buena razón para cada cosa que hacía.

—Todavía no. He estado en la sala de preparación, claro, pero no había ningún cliente en ese momento.

Maggie tomó la calle de la casa de Edna y frenó tras un BMW descapotable.

Se volvió hacia J.D. y le preguntó:

—¿De quién es ese coche?

—De Belmont. Me pregunto qué estará haciendo aquí.

Maggie apagó el motor, salió del coche y abrió la puerta trasera para sacar a David de su sillita. J.D. la siguió y se quedó tras ella, con el ceño fruncido. Ella se incorporó y se volvió hacia él con el niño en

brazos.

— ¿Qué ocurre?

— Espero que Belmont no tenga intención de quedarse. Éste es un asunto de familia, privado.

— Probablemente sólo ha venido de visita y se marchará pronto.

J.D. llamó a la puerta. Su abuela abrió y los hizo entrar en el salón.

— Le he pedido a Belmont que estuviera presente. Hay algunas cuestiones legales sobre las que tenemos que hablar.

— Estás muy segura de cuál es el resultado de las pruebas — comentó J.D.

— Sí. Además, creo que lo mejor es estar preparado.

J.D. se quedó en la puerta con los brazos cruzados.

— Estar preparado está bien, pero yo creo que sólo debería estar presente la familia mientras hablamos de los resultados. Después puedes consultar lo que quieras con Belmont.

— No tengo intención de malgastar el tiempo. Además, él es casi de la familia.

J.D. se encogió de hombros, tomó a Maggie por el codo y la guió hasta el sofá.

— Hola, Edna, Belmont — dijo Maggie, sonriendo débilmente.

Belmont asintió para responder a su saludo. Después se volvió hacia J.D.

— Hola, J.D.

— Me alegro de verte, cariño — dijo Edna, con los brazos extendidos hacia David—. Y sobre todo me alegro de ver a este pequeñín.

— Me gustaría tener a David conmigo durante unos minutos, hasta que se haya acostumbrado — dijo Maggie. La verdad era que el manoseo constante al que Edna sometía a David hacía que se sintiera insegura. Si la mujer era tan posesiva hacia el niño antes de saber con seguridad que era su nieto, ¿cómo sería cuando leyera el resultado de

las pruebas?

Edna se atusó el pelo.

—Oh, bien, si crees que es mejor, querida.

—Sí, señora McGuire.

—Maggie tiene razón, abuela. Ella es su madre —intervino J.D.

Maggie pensó que él había acentuado con el tono de voz la parte de que ella era su madre, como si quisiera recordarle a la mujer un hecho indiscutible.

Edna se sentó en una de las butacas. Parecía una reina ante sus súbditos.

—La cena estará lista en una media hora. ¿Hablamos ya sobre el resultado?

—Abuela, no quiero ser irrespetuoso, pero no creo que sea necesario que Belmont esté aquí. No estás teniendo en cuenta los sentimientos de Maggie.

—Oh, querida, lo siento mucho —dijo Edna, frunciendo el ceño—. Ni siquiera lo pensé.

Maggie le apretó el brazo a J.D.

—A mí no me importa.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—Está bien —dijo él, y le tendió el sobre a su abuela—. Aquí está el informe.

Edna lo tomó con las manos temblorosas y sacó el papel. Se puso las gafas y lo leyó. Se llevó el papel al pecho y cerró los ojos.

—Es nuestro —dijo, en un susurro.

Maggie pensó que era una forma curiosa de describirlo, pero estaba demasiado ocupada intentando mantener a David ocupado como para hacer ningún comentario. El bebé se retorció en sus brazos. Quería bajar al suelo a gatear, pero Edna tenía muchos objetos frágiles que estaban a su alcance.

—No, cariño. Ahora no puedes bajar.

Edna cruzó la habitación, pero antes de que pudiera tomar al niño en brazos, J.D. le tendió los brazos.

David se inclinó hacia J.D.

—Pa.

J.D. se quedó pálido, pero lo tomó en sus brazos.

—Eh, chavalín.

Edna le dijo, en un tono despreocupado:

—J.D., ¿has pensado en nuestra conversación del otro día?

—¿Qué conversación?

Edna miró significativamente a J.D., después a Maggie y después a J.D. de nuevo.

—Ya sabes, de esos hermanos de la Confederación de los que hablamos.

Maggie notó que J.D. se quedó rígido. Lo miró y se dio cuenta de que tenía los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada.

—No, no lo he pensado, abuela, y no tengo intención de hacerlo. Y tú ni siquiera deberías sugerirlo.

Maggie no recordaba haber visto a J.D. tan enfadado. Fuera cual fuera la conversación que habían tenido, debía de haber sido peliaguda. Era raro, pero J.D. no se lo había mencionado.

Edna resopló.

—No hay necesidad de ser maleducado, James David.

—No he sido maleducado. Sencillamente, he dicho algo evidente.

Belmont carraspeó.

—Quizá debiera irme.

—Tonterías, Belmont. Cenaremos muy pronto —dijo Edna, y se volvió hacia Maggie—. Querida, J.D. me ha dicho que tienes un trabajo.

—Sí. Parece que voy a estar aquí durante unos días, así que estoy trabajando temporalmente en Tinker Brothers Mortuary.

—Eso es... admirable. Pero ¿quién cuida de David?

—Jack Tinker me ha permitido tenerlo conmigo en la oficina por

la mañana. Y por la tarde me lo cuida Charla, su sobrina.

—Qué interesante —dijo Edna, con una sonrisa tensa. Se volvió hacia Belmont—. ¿No es eso interesante?

Él asintió con una expresión pensativa, como si estuviera tomando notas mentalmente.

—David está perfectamente atendido, abuela. Yo he ido de visita hoy y el niño estaba dormido, sano y salvo —dijo J.D.

Su voz era más contundente, como si estuviera reaccionando a alguna tensión subyacente en la sala. Maggie tuvo la tentación de ponerse en pie y gritarles que dejaran de hablar como si todos estuvieran en algo que ella no entendía. Sin embargo, tomó aire y se mantuvo en calma.

—J.D. tiene razón. A David le encanta estar en la oficina. Y al tenerlo allí, puedo pasar más tiempo con él.

—Estoy segura de ello, querida —dijo Edna, conciliadora—. Pero ¿no sería mejor que estuviera con la familia mientras tú estás trabajando?

A Maggie se le encogió el estómago, y comenzó a notar dificultad para respirar. Era la misma sensación que cuando la gente de los servicios sociales había comenzado a hacerle demasiadas preguntas. También era así como se había sentido cuando había encontrado el cuerpo de Cassie.

J.D. debió de sentir su ansiedad, porque alargó el brazo y le tomó la mano. A ella le dio valor aquel gesto, y consiguió controlar los latidos de su corazón.

—David está bien conmigo en el trabajo, señora McGuire.

—No quería decir que no lo estuviera. Es sólo que yo podría cuidar de él mientras tú estás en el trabajo, y él estaría con su familia. Significaría mucho para mí —dijo Edna con la voz temblorosa.

Maggie se sintió como si la estuvieran arrinconando.

—No sé qué decir —tartamudeó. Al menos, aquello era cierto. Su mente trabajaba furiosamente, pero no encontraba la forma de

rehusar educadamente el ofrecimiento de la bisabuela de su hijo sin ofenderla.

—De todas formas estará con su familia, abuela. Yo voy a trabajar en casa durante las dos próximas semanas. Tenía la intención de preguntárselo a Maggie en privado, pero como ha salido el tema... Maggie, si no te importa, me gustaría cuidar de David mientras tú estás en el trabajo —dijo J.D.

Ella se dio cuenta de que tenía una mirada de lástima. Sin embargo, su sonrisa era sincera. Tan sincera, que ella estuvo a punto de creerlo.

Capítulo 15

A J.D. No le gustó el rumbo que había tomado aquella conversación. Así pues, hizo lo que le dijo el instinto: proteger a Maggie y a David. No sabía qué era lo que lo molestaba más, si el hecho de que estuviera viendo a su abuela como una amenaza, o sus maquinaciones.

—Quizá esta noche no sea la mejor para que nos quedemos a cenar. Maggie tiene que trabajar mañana.

—Tonterías. Maggie es perfectamente capaz de hablar por sí misma.

Maggie sonrió.

—Sí, soy capaz de hablar por mí misma. Me encantaría quedarme a cenar. J.D., más tarde podemos hablar sobre tu ofrecimiento para cuidar a David.

Por la forma en que ella alzó la barbilla, a J.D. le pareció que no aceptaría. Maggie no estaba dispuesta a permitir que su abuela le cambiara los planes. Una parte de él aplaudía sus agallas. La otra parte deseaba que ella aceptara su ofrecimiento para que no tuvieran que preocuparse de que su abuela hiciera alguna estupidez.

Cambiar de tema le pareció lo mejor.

—Belmont, iba a llamarte para que me digas cuándo puedo ir a tomar medidas para el proyecto del cenador —le dijo J.D.

—Excelente. A Grace le gustaría tenerlo terminado a tiempo para septiembre, cuando renovemos nuestros votos.

—Qué bonito para vosotros —contentó Edna, encantada.

—Hemos pasado una mala temporada, pero ha servido para unirnos más. Y los dos pensamos que sería una buena confirmación

renovar los votos.

—Pues creo que podré tenerlo terminado a tiempo, siempre y cuando no quieras un cenador de tres mil metros cuadrados.

—Tendrás que hablar con Grace —dijo Belmont, rascándose la cabeza—. Creo que tiene algunas ideas muy determinadas sobre lo que quiere.

—Dibujaré algo para ella durante este fin de semana.

—Muchas gracias —le dijo Belmont. Después se dirigió a Maggie—. ¿Qué tal está llevando tu caso Lane Brophy? Me disculpo de nuevo por haber tenido que rechazarlo.

—Muy bien. Parece un hombre muy agradable.

—Sí. Y es un buen abogado, además. ¿Ha venido su detective privado a investigar al pueblo?

—Pues... realmente, tendrías que preguntarle a Lane —respondió Maggie, moviéndose con inquietud en la butaca.

Ella había sido muy cauta a la hora de hablar de Lane Brophy, y J.D. se preguntó por qué. ¿Sólo era por precaución, o porque sentía algo hacia aquel hombre?

J.D. reprimió una punzada de celos. Aquel sentimiento posesivo hacia Maggie no era bueno para él. Pero Lane Brophy era joven, tenía éxito y era guapo. J.D. no pudo evitar preguntarse si el abogado habría intentado flirtear con Maggie.

—Belmont, todavía no entiendo por qué no has podido ayudar a Maggie —dijo Edna, en un tono áspero.

Belmont suspiró, como si hubieran tenido aquella conversación muchas veces.

—Era mi obligación ética abstenerme.

—También tienes una obligación ética hacia esta familia.

—Sí, y alguna vez, las dos cosas son contrarias. Por eso lo llaman conflicto de intereses.

—No pasa nada —le aseguró Maggie a Belmont—. Yo lo entiendo perfectamente —después se volvió hacia Edna—: Espero que no se lo

tome en cuenta. Estoy segura de que es lo mejor.

—Tú eres muy comprensiva, querida. Sé perfectamente que tú no tuviste nada que ver con la muerte de Eric, no importa lo que diga el comisario Andrews.

—¿Y qué ha dicho? —le preguntó J.D.

—En realidad, nada. Sólo que Maggie tuvo los medios, el móvil y no sé qué otra cosa. No lo recuerdo.

—La oportunidad —dijo Belmont.

—Sí, eso. La oportunidad. Pero yo le dije al comisario que sería mejor que se marchara a investigar a esos hombres desagradables y sucios del circuito de carreras. Nuestra Maggie no le haría daño a una mosca.

Aunque su referencia a Maggie fue muy posesiva, él tuvo que estar de acuerdo con lo que decía.

—Sí, a mí también me gustaría que investigaran otras posibilidades. Están perdiendo un tiempo precioso con Maggie.

—Estoy segura de que el comisario Andrews tiene que seguir ciertos protocolos. Bueno, ahora sí creo que la cena está lista.

J.D. estuvo incómodo durante todo el rato. El asado estaba delicioso, como el resto de la comida. Pero había algo en el ambiente que le ponía los nervios de punta. Y deseaba saber qué era.

Maggie también estaba muy callada. J.D. pensó en que la sacaría de allí en cuanto fuera posible.

—La cena está exquisita, Edna —comentó Belmont.

Maggie dejó la servilleta junto al plato.

—Sí, deliciosa. Muchas gracias, Edna. A David le ha encantado el puré de patatas y la salsa —dijo, mirando a su hijo, que estaba sentado en una trona.

David estaba muy sonriente y tenía puré de patatas de oreja a oreja. No parecía que la comida de los adultos le estuviera sentando mal. Maggie siempre la comprobaba dos veces para que no hubiera nada con lo que pudiera ahogarse.

Edna sonrió ante los cumplidos que recibía por su cocina.

—Me encanta tener cenas familiares de nuevo. Y ahora, ¿quién quiere tarta de melocotón?

Todos rehusaron por varias razones: J.D. porque necesitaba salir de allí, Maggie porque no podía comer más y Belmont porque estaba intentando mantenerse en forma.

Edna se quedó desilusionada, pero no insistió, por primera vez.

Todos se retiraron al salón, donde charlaron de cosas irrelevantes, como el tiempo y los últimos partidos de béisbol.

Sonó el timbre de la puerta y Edna se levantó a abrir. Su voz sonó tensa cuando dijo:

—Qué detalle que hayas venido de visita, Nancy, pero ahora no es el mejor momento.

Nancy. Magnífico. Como si la noche no hubiera sido ya lo suficientemente rara, pensó J.D. Agudizó el oído para captar la respuesta de Nancy, pero su abuela entrecerró la puerta del salón y no pudo oír nada.

J.D. no sabía por qué su abuela se andaba con rodeos. Nancy conocía el coche de Belmont, y sabía que él estaba allí. Y seguramente, habría supuesto que el pequeño Toyota era de Maggie.

—Bien, pasa, querida —dijo Edna con resignación, y abrió la puerta del salón—. Está claro que no queremos que estés sola si estás pasando un mal día.

—Gracias, Edna —dijo Nancy, mientras entraba—. Belmont, me alegro de verte.

Después pasó la mirada por el resto de la habitación.

—J.D., no he visto tu furgoneta... —y entonces, vio a Maggie.

J.D. se quedó inmóvil esperando a que hubiera una explosión de fuegos artificiales, preparado para reaccionar y evitar una pelea.

Sin embargo, Nancy levantó la barbilla y extendió la mano. Aunque le tembló la barbilla, fue capaz de mantener la voz calmada.

—Soy Nancy. Creo que no nos han presentado. Maggie abrió unos

ojos como platos, pero le estrechó la mano.

—Hay algunas cosas de las que tenemos que hablar, Maggie. ¿Estarías dispuesta a comer conmigo el sábado?

Maggie se volvió hacia J.D. con una pregunta en la mirada.

Él asintió casi imperceptiblemente. Nancy nunca había sido una mujer cruel, así que lo que quisiera hablar con Maggie debía de ser importante.

—Sí. Por mí no hay ningún problema —respondió Maggie. Se había quedado pálida, así que J.D. se dio cuenta de que sí había un problema, pero que lo superaría. Tal y como había superado los otros obstáculos que la vida le había puesto en el camino.

—Entonces, ¿en mi casa, al mediodía? —le sugirió Nancy.

Maggie titubeó y frunció el ceño.

—No te estoy pidiendo que vengas a mi casa para incomodarte. Sólo que hay algunas cosas que querría enseñarte, y preferiría que no nos encontráramos en un lugar público.

Maggie asintió.

—Entonces, en tu casa. Gracias.

Nancy se volvió hacia Edna.

—Como veo que tienes compañía, me voy. Te llamaré mañana.

—No, quédate, por favor —protestó Edna, débilmente.

—No, será mejor que me vaya. Adiós a todo el mundo —dijo Nancy, y silenciosamente, salió de la casa, dejando tras ella un silencio de asombro.

Maggie apoyó la cabeza contra el asiento y cerró los ojos. No quería más complicaciones. Y comer con Nancy era, definitivamente, toda una complicación.

—¿Estás bien? —le preguntó J.D., con la voz profunda y tierna, mientras conducía.

Ella abrió los ojos y suspiró.

—Sí. Sólo que desearía que el mundo se detuviera al menos durante un minuto. Ni siquiera me he acostumbrado a un cambio

cuando algo nuevo salta ante mí.

—Sí. Yo también me quedé estupefacto cuando Nancy te invitó a comer.

—¿Crees que se pondrá desagradable?

—No. Conozco a Nancy, y debe de tener una buena razón para querer verse contigo.

—Claro. Para arrancarme la cabellera pelo a pelo por destrozarle la vida.

—No. Eso habría ocurrido al principio, con los sentimientos en caliente. Tienes que acordarte de que su vida también ha cambiado, y es posible que ahora se esté adaptando un poco.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo ella. Por mucho que quisiera odiar a Nancy, no podía. Demasiado.

—Por cierto, hablaba en serio antes cuando te dije que cuidaría a David mientras tú estás trabajando —le dijo él.

—Lo sé, pero no es necesario. El plan que tengo es perfecto.

J.D. hizo una pausa.

—Sé que lo parece, pero hay gente que no te conoce y que podría pensar que no estás cuidando bien del niño mientras trabajas.

—¿Otra gente? ¿O tú?

—Yo te he visto en acción. Sé que eres una madre estupenda, y que no importa dónde estés. Pero yo estoy pensando más en... la gente de los servicios sociales.

Maggie sintió al mismo tiempo indignación y miedo. Indignación porque alguien pudiera pensar que era una madre inepta sólo porque se llevaba a su hijo a la funeraria todos los días. Y miedo porque su peor pesadilla se hiciera realidad y que le quitaran a su hijo, como le habían quitado la niña a Cassie.

—David es lo más importante de mi vida. No puedo tomar las decisiones basándome en lo que la mayoría opina que es mejor para criar a mi hijo. Es mejor que los dos estemos juntos, y voy a seguir llevándomelo al trabajo conmigo.

—Está bien, está bien —dijo J.D. Frenó frente a su casa y apagó el motor. Después se volvió hacia ella—. De todas formas, la oferta sigue en pie si finalmente descubres que las cosas no van bien teniéndolo en la oficina.

—Gracias. Agradezco tu preocupación —dijo. Sabía que tenía un tono ligeramente beligerante, pero realmente estaba agradecida—. Sólo estoy enfadada porque algunas personas creen que tienen derecho a decirnos al resto cómo tenemos que criar a nuestros hijos.

J.D. la tomó por la barbilla.

—Eh, yo no quería decirte eso.

La ternura de su voz hizo que a Maggie se le llenaran los ojos de lágrimas. Ella se las secó rápidamente.

—Lo sé. De verdad, no pasa nada.

Él miró hacia abajo, le tomó la mano y le dio un beso en la palma.

—Yo no haría nada que pudiera hacerte daño.

Maggie, incapaz de expresar sus emociones con palabras, le dio un beso en los labios. Después abrió la puerta y salió del coche.

Cuando abrió la puerta trasera para sacar a David de su silla, se dio cuenta de que J.D. todavía estaba sentado en la misma posición, inmóvil, aparentemente asombrado.

* * *

El sábado siguiente, Maggie aparcó ante la puerta de la casa de Nancy y comprobó el número. Sí, aquella era la casa en la que Eric y Nancy habían vivido durante sólo Dios sabía cuántos años.

Apagó el motor, apoyó la frente en el volante e intentó reunir valor. Tenía muchas emociones, y todas ellas a flor de piel. ¿Cómo iba a entrar a aquella casa?

¿Y cómo no iba a hacerlo?

Maggie se irguió, respiró profundamente varias veces y salió del coche. Con la cabeza alta, se dirigió hacia la casa. Era un edificio de ladrillo rojo con preciosas molduras blancas. Tenía macetas llenas de

flores en el jardín, y la hierba estaba muy verde y bien cortada. Era una casa bien cuidada, amada.

¿Habría disfrutado Eric allí, cortando el césped y cuidando el jardín los sábados por la mañana? Era raro, pero Maggie se lo imaginaba así. Y veía a Eric y a Nancy yendo a comer a casa de Edna los domingos, o peor aún, a soportar uno de aquellos interrogatorios mientras comían tarta.

Casi sonrió al pensarlo. De una curiosa manera, le producía paz imaginarse a Eric allí.

Maggie llamó al timbre y Nancy respondió casi inmediatamente.

Ella estaba inmaculadamente arreglada, desde la preciosa cabellera rubia hasta las uñas de los pies, que dejaban ver su perfecta manicura en unas sandalias de tiras.

—Pasa.

Maggie entró al vestíbulo intentando no imaginarse a Eric llevando a Nancy en brazos el día de su boda.

—Qué bonita —murmuró.

—Gracias.

La decoración era una mezcla que funcionaba bien, resultaba original. Había antigüedades, muebles modernos, una vieja colcha doblada y colocada sobre un sofá diseñado con la forma de unos enormes labios rojos. Y había fotografías por todas partes.

Eric y Nancy le sonreían desde todos los rincones y las pareces. Maggie se sintió un poco mareada. Estaba claro que él parecía feliz con Nancy.

—Pensé en quitar las fotos antes de que tú vinieras —le dijo ella, con inseguridad—, pero pensé que te preguntarías qué eran todos los espacios vacíos de las paredes.

Maggie se sintió conmovida por su tacto. Nancy no era una persona horrible, sólo una mujer a la que habían herido horriblemente.

—Me alegro de que no lo hicieras. Necesitaba verlas.

Paseó por la habitación. Con cada fotografía que veía, un pedazo de su corazón se moría. Era, probablemente, como si estuvieran amputando un miembro gangrenoso. Maggie necesitaba conocer el alcance de la infección y cortarla.

Pero no podía cortarla por completo. Eric era el padre de David, y ella siempre recordaría las historias buenas para contárselas a su hijo. Y había habido muchos buenos momentos.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados? —preguntó Maggie.

—Once años.

—Vaya.

—Sí, vaya.

—Nancy, me gustaría decirte que no fue idea mía asistir a la recepción del funeral. Edna prácticamente secuestró a David, y era la única manera de que yo pudiera estar con él. Intenté pasar inadvertida durante el funeral. Supongo que... necesitaba decirle adiós a Eric.

Nancy se encogió de hombros. Su camiseta rosa de adolescente dejaba ver un estómago liso y bronceado. Llevaba unos pantalones cortos de cintura baja y sexy.

A su lado, Maggie se sintió como el patito feo. No era de extrañar que J.D. pensara que ella no era el tipo de Eric.

—J.D. me lo explicó cuando hablé con él hace un par de días. ¿Por qué no te sirves un plato para comer? Yo serviré el té —le dijo Nancy, y le señaló un aparador antiguo sobre el que había dispuesto un bufé de quesos, ensaladas frías y fiambres, además de varios tipos de pan. También había una preciosa tarta roja en un plato.

—Muchas gracias por tomarte tantas molestias.

—Es lo que mejor se me da. Sígueme la corriente —dijo Nancy, con una sonrisa irónica, mientras acercaba a la mesa una bandeja con una jarra de té helado, dos vasos, un platito con rodajas de lima y menta y una pequeña hielera.

A Maggie se le cayó el alma a los pies al observar la perfección que

reinaba en la vida de Nancy.

—Me puse furiosa contigo por aparecer en la iglesia —dijo Nancy—. Además, te culpaba de la muerte de Eric. Y sobre todo, te odiaba porque tú tienes algo que yo deseaba por encima de todo: un hijo.

—El hijo de Eric —murmuró Maggie.

Nancy asintió.

—Sí, J.D. me dijo cuál había sido el resultado. Pero podría haberte odiado sólo por haber formado parte de la vida de Eric y tener un niño.

—Entonces, ¿por qué me tiendes la rama de olivo?

—J.D. me hizo pensar. Me dijo que tú no habías pedido estar en esta situación, exactamente igual que yo. Y que si fuéramos hombres, saldríamos a un bar, nos emborracharíamos, nos daríamos unos cuantos puñetazos y después seríamos amigotes.

Maggie se rió.

—J.D. tiene cierta lógica.

—Es un hombre —dijo Nancy, encogiéndose de hombros, como si aquello lo explicara todo—. Después encontré algunas cosas de Eric. A mí me han servido para entender un poco mejor la situación. Y supongo que a ti también te ayudarán.

—¿Qué cosas?

—Algunas cartas, y fotos, y otras cosas. Te las enseñaré cuando hayamos terminado de comer.

A Maggie comenzó a darle vueltas la cabeza. ¿Qué demonios podía haber dejado Eric?

—Eh... ¿y dónde las encontraste?

—En el último cajón de su cómoda. Estaba cerrado, y en circunstancias normales, yo no lo habría abierto. Eric era muy especial en cuanto a su privacidad. Ahora sé por qué. De todas formas, yo estaba buscando una póliza de seguros.

—¿Tú nunca... sospechaste que yo existiera?

—No. Siempre había cotilleos sobre Eric, pero yo no los

escuchaba. Me negaba a hacerlo. Sabía que él me quería, a su modo.

¿Acaso aquella mujer estaba loca? ¿O aquélla era la forma en que todas las mujeres del mundo hablaban sobre su marido bígamo?

—Sé que todo esto parece muy extraño. Yo he tenido varios días para empezar a hacerme a la idea. Y leer algunas de las cartas de Eric me ha ayudado a perdonarlo un poco. También me ha hecho entender que tú no eras una cualquiera que iba detrás de los hombres casados.

—No fue así en absoluto.

—Quizá algún día podamos sentarnos a tomar una sangría y contar historias sobre él —dijo Nancy, pero su mirada se oscureció—. Sin embargo, yo todavía tengo el alma en carne viva. Los hombres deben de ser más evolucionados que yo.

—Mmm... de algún modo, yo no veo a J.D. perdonando y olvidando si él hubiera sido al que han traicionado.

Nancy se rió.

—No, está claro que no. J.D. es un amor, pero no es muy dado a hacer confidencias. Sin embargo, yo sé que sus sentimientos son profundos.

Maggie asintió y le dio un mordisquito a su sándwich para no tener que responder. Bajo el escrutinio de Nancy, se ruborizó.

—Es un buen tipo, Maggie. Y he visto cómo te mira. No me gustaría que sufriera.

Maggie estuvo a punto de soltar una carcajada. Aquélla tenía que ser la conversación más extraña de la historia de la humanidad. Entonces, se le ocurrió una idea que la asustó.

—Eh... J.D. y tú sois... eh.. me refiero a...

—No, yo sólo soy una observadora preocupada —respondió Nancy. Se limpió la boca con la servilleta y dijo—: Bueno, voy a cortar la tarta. Creo que necesitamos una dosis de azúcar. No es sangría, está claro, pero es casi lo mismo.

Maggie sacudió la cabeza, asombrada. Nancy McGuire no era

como ella se había imaginado. Y Maggie tenía la impresión de que, si se hubieran conocido en otras circunstancias, habrían sido muy buenas amigas.

Nancy puso un plato con un pedazo de tarta frente a Maggie.

—Vuelvo ahora mismo.

Al minuto, entró en el comedor con una caja de zapatos. La puso en la mesa y se sentó.

Y, frente a Maggie, en la caja, había una foto suya con David en brazos, en el hospital.

Capítulo 16

Maggie apretó la caja contra el pecho. Le parecía que Nancy se la había dado hacía días, pero en realidad, sólo habían pasado dos horas. El tiempo había volado mientras ella miraba el contenido de la caja mientras intentaba mantener una conversación normal con su anfitriona. Maggie apenas podía esperar a llegar a casa, donde podría leer las cartas que se había abstenido de abrir frente a Nancy. No había necesidad de hacerle más daño del que Eric le había hecho ya.

Maggie le hizo una suave caricia en el brazo a Nancy y le dijo:

—Gracias, Nancy. Podrías haber destruido todas estas cosas, y yo nunca lo habría sabido.

—El hijo de Eric se merece saber que su padre lo quería.

—Y David lo sabrá —respondió Maggie. Después titubeó, incapaz de formular la pregunta que sabía que tenía que hacer—. ¿Nancy?

—¿Sí?

—He oído decir que estabas en el circuito la noche en que murió Eric.

Nancy se puso muy rígida.

—No hay nada secreto en este pueblo. Le dije al ayudante Wells que quería ver a Eric, pero que él no estaba allí. O, al menos, yo creía que no estaba allí —dijo, y se estremeció—. El ayudante piensa que yo asusté al asesino.

Maggie ladeó la cabeza, y Nancy se cruzó de brazos.

—Y no, yo no lo maté. Dios sabe que tenía ganas de hacerlo. Pero no llegué a hablar con él —dijo.

—Por algún motivo, te creo.

—Me crees porque pese a todo, tú y yo nos parecemos más de lo

que crees —le dijo Nancy, y le puso la mano sobre el brazo—.
Cuídate, ¿me oyes?

Maggie asintió y tragó saliva para intentar que se le deshiciera el nudo que tenía en la garganta.

—Una cosa más. ¿Fue Roy contigo al circuito?

—No. Él estaba demasiado enfadado como para que yo le permitiera acercarse a Eric. Roy es muy... protector.

—Parece que él, bueno, en fin, te tiene mucho cariño.

Nancy se puso en pie y elevó la barbilla. Echaba chispas por los ojos.

—Sé lo que dice la gente de Roy y de mí. No es cierto. Él siempre ha sido un perfecto caballero conmigo. Él sabía que yo estaba dedicada a Eric.

Maggie sólo había visto a Roy un par de veces, y en las dos ocasiones había sido muy solícito con Nancy. Era posible que siempre hubiera sido un perfecto caballero, pero probablemente aquello no se debía a una falta de interés por ella.

—Yo no siempre creo lo que oigo por ahí, Nancy. Prefiero decidir por mí misma. Gracias de nuevo por la comida. Cuidaré mucho las cosas de Eric, de modo que algún día, David las tenga.

En el espejo retrovisor, Maggie pudo ver a Nancy, todavía en el porche, un momento después.

Mientras Maggie conducía hacia casa de J.D., su mente trabajaba febrilmente. Necesitaba tiempo para asimilar las implicaciones que tenía aquella caja, pero su instinto de conservación le decía que lo más importante para ella en aquel momento era averiguar quién había matado a Eric. El comentario de Edna sobre las sospechas del comisario Andrews la tenía muy asustada. Y, aunque habían interrogado a Nancy, parecía que las autoridades no estaban investigando a fondo a nadie más que Maggie. Posiblemente, era más fácil creer que una persona de fuera era capaz de cometer un asesinato, que no alguien de su comunidad.

Mientras llegaba a la antigua casa colonial, Maggie no pudo dejar de admirar la belleza de la casa de J.D. Las columnas blancas estaban prístinas, el porche era amplio y atrayente. Maggie casi se sintió desilusionada al ver que las mecedoras estaban vacías, movidas ligeramente por la brisa.

J.D. salió por la puerta mientras ella aparcaba frente a la casa, con las manos en los bolsillos, unos pantalones de loneta azul marino y una camisa de manga corta. Tenía una sonrisa cálida y un brillo de curiosidad en los ojos.

Maggie apagó el motor, salió del coche y lo rodeó para sacar la caja del asiento del pasajero.

— ¿Te ayudo?

— No, ya la tengo.

— ¿Qué tal ha ido todo?

— Mejor de lo que yo esperaba. Tenías razón, Nancy es muy agradable. Si nos hubiéramos conocido en otra situación, habríamos sido amigas.

— Eso es lo que yo pensaba. Sin embargo, no he podido evitar preocuparme un poco.

— Ella me ha contado que tú alisaste el camino para que nosotras pudiéramos hablar. Te lo agradezco, pero tengo que hacerte una pregunta. ¿De verdad los hombres olvidan y perdonan con tanta facilidad como tú le has dicho?

Él se rió.

— Depende del hombre y depende de la ofensa. La bigamia es demasiado grave como para arreglarlo con una pelea en la barra de un bar.

— Gracias a Dios. Y yo temiéndome que los hombres sí sois más evolucionados que las mujeres.

— Oh, claro que sí. Lo que pasa es que disimulamos bien.

Maggie resopló y comenzó a subir los escalones.

J.D. alargó los brazos para tomar la caja, pero ella lo apartó con el

codo.

—Mm, mm. Esta caja es mía.

—Sólo quería ayudarte —dijo él, en un tono dolido.

—¿No tenías ni siquiera un poco de curiosidad por saber lo que hay en esta caja?

—Está bien, me has pillado —respondió J.D., con una media sonrisa casi infantil—. Tengo muchísima curiosidad por saberlo.

—Yo necesito un poco de tiempo para mí misma. Pero después de eso, te prometo que te enseñaré todo lo que hay en la caja.

—Y... ¿cuánto tiempo es «un poco de tiempo»? —dijo él, siguiéndola por la puerta de la casa—. ¿Cinco minutos? No pueden ser más de diez —añadió, fingiéndose aterrorizado ante la posibilidad de que se tratara de más tiempo.

—Lo que haga falta. Nunca me había dado cuenta de lo curioso que eres.

—Tendrías que verme en Navidad y en mi cumpleaños. Soy muy bueno encontrando mis regalos, y adivinando qué son.

Era muy atrayente pensar en él como en un niño pequeño que buscaba sus regalos. Maggie se preguntó cómo habría sido su vida si no hubiera tenido siempre la carga de cuidar a su hermano pequeño sobre los hombros. Probablemente sería como era en aquel momento, con las ganas de hacer travesuras reflejadas en la mirada, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Está dormido David?

—Sí. El pobre estaba agotado.

—Eres una bendición, J.D. No sé cómo darte las gracias por todas las veces en que me has ayudado y has cuidado de David por mí —le dijo ella. Cuando todo aquello terminara, iba a hacer algo agradable por él. Quizá le tejiera una manta para el cuarto de estar.

—No tiene importancia. Nos lo hemos pasado muy bien. A mí me encanta estar con David.

—¿Qué habéis hecho mientras yo no estaba?

—Un poco de esto y de aquello. Me ha visto lijar una cómoda mientras él botaba en el parque. Creo que eso es lo que lo ha dejado hecho polvo. También hemos ido a la ferretería.

Maggie se alegró de haber dejado la sillita del coche de David en casa. Llevarse al niño al centro de bricolaje era lo que haría un padre con su hijo. Supo que J.D. siempre estaría en contacto con ellos, por David, aunque no fuera por otra cosa.

—Cuéntame más cosas de tu comida con Nancy — le pidió J.D.

—Bueno... el comentario que hizo tu abuela el otro día sobre lo que el comisario Andrews pensaba de mí me ha puesto un poco nerviosa. Me ha dado la impresión de que sólo me están investigando a mí, así que voy a intentar averiguar algo por mí misma. Y... le he hecho un par de preguntas a ella.

—¿De veras?

—Ella ha admitido que estuvo en el circuito la noche en que murió Eric. Me ha dicho que fue a hablar con él, pero que Eric no estaba allí. También me ha contado que el ayudante del comisario piensa que ella asustó al asesino.

—Nancy ha sido mi cuñada durante casi toda su vida adulta. Sí, tenía muchos motivos para hacerlo, pero no creo que fuera ella.

Maggie asintió.

—Yo tampoco. ¿Y Roy? ¿Qué tal se llevaba con Eric?

—Roy es mi socio, y lo conozco desde hace muchos años. Sin embargo, cualquiera que tenga ojos se dará cuenta de que está loco por Nancy. Roy era el patrocinador del coche de carreras de Eric, y a menudo yo he pensado que era para mantener a Eric alejado del pueblo. Pero de repente, dejó de patrocinarlo por algún motivo.

—Lo sé. Yo estaba con Eric cuando perdió su patrocinador. Había inflado los gastos y alterado algunas de las facturas. Me imagino que Roy se quedaría lívido cuando lo descubrió.

J.D. sacudió la cabeza y frunció el ceño.

—Yo no lo sabía. Roy no me lo ha contado.

—Nancy dijo que Roy no fue con ella al circuito. ¿Es posible que dejara a Nancy en casa y después se fuera a la carrera tras ella?

—Claro, es posible. Pero a mí me cuesta pensar que Roy pudiera estar tan enfadado.

—Nancy me dio más información interesante. Niega que haya tenido una aventura con Roy. Dice que él siempre ha sido un perfecto caballero, pero yo he visto cómo la mira. ¿Crees que quizá él estuviera intentando despejar el camino de una forma definitiva?

—Mmm... Yo no habría culpado a Nancy si ella hubiera dejado a mi hermano. Pero si dice que no tenía una aventura, yo la creo. Ella ha querido a Eric desde que estaban en el instituto, y nada pudo cambiar eso. Me imagino que Roy aprovecharía la oportunidad de casarse con ella si la tuviera. Sería interesante saber si ahora que Nancy está libre él seguirá siendo un caballero.

—Dejaremos a Roy en la lista de sospechosos y sacaremos a Nancy por ahora —dijo Maggie, y señaló la caja con un gesto de la cabeza—. Si no te importa, voy a subir a mi habitación a mirar algunas de estas cosas antes de que se despierte David. Te prometo que te lo enseñaré cuando esté lista.

—Eh, no te sientas presionada. No debí haber insistido, pero me pudo la curiosidad. La caja es privada, algo entre Eric y tú. Adelante.

Ella se puso de puntillas y lo abrazó. Después subió a toda prisa hacia su habitación. Cerró la puerta y dejó la caja en la cama, y después se acercó sigilosamente al parque donde estaba durmiendo David. J.D. le había dicho que se lo había pedido prestado a unos amigos, pero estaba completamente nuevo.

Maggie observó el sueño de su hijo. Su bebé tenía las mejillas sonrosadas y los bracitos extendidos. Maggie tuvo la certeza de que algún día podría decirle a David que su padre lo había querido.

Parpadeó para contener las lágrimas al pensar en los regalos increíbles que le había hecho Eric. El primero era David, el segundo era la prueba de que él había querido a Maggie y a su hijo.

Se dio la vuelta y se sentó en la cama, junto a la caja. Sacó un pequeño montón de cartas que Eric le había escrito pero que no le había enviado, y en las que le explicaba por qué no estaba seguro de que David fuera hijo suyo. También le explicaba que se sentía desgarrado entre Nancy y ella, y que había querido hacer lo que era mejor y más correcto, pero que no había sido capaz.

Mientras recordaba el tiempo que había pasado con Eric, Maggie lloraba. Lloró por la joven Maggie y la vida que había imaginado. Y también lloró por Eric, el niño que nunca llegó a crecer. Y lloró por todas las mentiras y malentendidos que los habían mantenido juntos, y al final, los habían separado.

Pero no lloró por David, porque supo que había sido engendrado con amor.

Maggie tomó un pañuelo de papel de la mesilla de noche. Acababa de empezar a asimilar lo que había encontrado en aquella caja, pero no quería estar sola. Quería compartir todo aquello con alguien que también hubiera querido a Eric.

Lo metió todo en la caja de nuevo y la tapó. Después salió de puntillas de la habitación y bajó a buscar a J.D. Sin embargo, él no estaba por ninguna habitación de la casa. Salió al garaje y lo encontró allí, concentrado en tallar un dibujo complicado. Era asombroso que sus manos, grandes y encallecidas, pudieran crear algo tan delicado. Tenía la cabeza doblada sobre la madera y la cara tensa de concentración.

Era como si Maggie lo estuviera viendo por primera vez. No sólo era el hombre que había estado apoyándola en un momento muy difícil, sino también el hombre que la entendía tan bien como para anticiparse a sus necesidades. Que la había ayudado sin que se notara que la ayudaba. Que había construido su confianza, no con halagos, sino con su presencia duradera y fiable. En cualquiera de las cosas que hacía, J.D. tenía una seguridad calmada y una fuerza de carácter que permitían que Maggie fuera ella misma, sin juicios ni

etiquetas.

Ella siempre había pensado que la sonrisa rápida de Eric y su risa contagiosa lo convertían en el hombre más atractivo de la tierra. En aquel momento, sabía que todo aquello quizá escondiera al hombre más infeliz del mundo.

Un hombre sexy era aquél que hacía que una mujer se sintiera amada y aceptada pese a todo. Maggie ansiaba acercarse a J.D. y rodearle la cintura con los brazos, y apoyar la mejilla en su espalda. ¿Cómo reaccionaría él? ¿Se daría la vuelta y la abrazaría, o se pondría tenso y encontraría cualquier excusa para alejarse?

Ella nunca había aprendido a pedir lo que quería; simplemente, aceptaba lo que le ofrecían. ¿Hasta qué punto habría sido distinta su vida si hubiera tomado decisiones basándose en lo que era mejor para ella?

—Eh, ¿cuánto tiempo llevas ahí? —le preguntó J.D.

Maggie se puso colorada. ¿Cuánto tiempo llevaba allí, observándolo?

—Un par de minutos. He venido porque ya estoy lista para enseñarte la caja —le dijo, y le tendió una mano.

Él se quitó el delantal de trabajo y ella lo guió hasta el cuarto de estar. Ambos se sentaron en el suelo, y Maggie puso la caja entre ellos dos. Le temblaban las manos ligeramente cuando abrió la tapa. Allí estaba su pasado, y posiblemente, su futuro.

—Mira, esta foto es de una vez que Eric y yo fuimos a una feria —dijo, y se la entregó.

J.D. sonrió.

—Parecéis unos niños.

—Éramos jóvenes.

Él dejó la foto a un lado, cuidadosamente.

—Y esto —dijo, y le ofreció un ricitito de pelo de bebé atado con un lacito azul—, es un mechón de David. Se lo di a Eric para que lo llevara al circuito, para que siempre tuviera algo de David.

J.D. carraspeó.

—¿Y lo guardó? Yo... no sabía que Eric fuera tan sentimental.

—Parece que era más sentimental de lo que ninguno pensábamos. ¿Sabías que creía que se estaba muriendo?

—¿Qué?

—Estaba convencido de que moriría joven, de que el cáncer que tuvo cuando era niño se le reproduciría. Creo que por eso era tan temerario y tentaba al destino. Pero no tan temerario como para no rezar antes de cada carrera.

—No lo sabía. Los médicos le aseguraron a mi abuela que estaba completamente curado.

—Mmm. Entonces, él debió de entender mal las cosas.

J.D. tomó una foto de Maggie con David en brazos, recién nacido, y se quedó mirándola fijamente. Cuando alzó la vista, a Maggie se le cortó la respiración. Él tenía una sonrisa agridulce que le llegó al corazón. Ella podría haber jurado que tenía una mirada de melancolía y anhelo.

—Espera —le dijo ella—. Voy a enseñarte una cosa.

Maggie fue a su habitación, abrió el armario y sacó una foto que se había llevado desde Arizona. Era la compañera de la que había en la caja de Eric. Sin embargo, la imagen era la del orgulloso padre con David en brazos.

Maggie volvió al cuarto de estar, le tendió la foto a J.D. y observó atentamente su reacción al sentarse de nuevo frente a él. A J.D. se le nublaron los ojos y se le enronqueció la voz.

—Se ve claramente que quería a David. Se le ve en la cara.

—Sí, es cierto. Pero ahora entiendo por qué parecía un poco triste. En realidad, no creía que David fuera suyo, pero lo quería de todas formas. Porque David era parte de mí —Maggie se mordió un labio, intentando no ponerse a llorar en presencia de J.D.—. Siento estar tan emocionada. Se suponía que esto era para recordar a Eric.

—No me importa.

Maggie recuperó la compostura y sacó el montón de cartas de la caja.

—Eric me escribió todas estas cartas, pero no me las envió. Son como una especie de diario en el que escribía sus pensamientos. Han respondido a muchas de mis preguntas, y seguramente también pueden responder las tuyas.

J.D. titubeó.

—No hay nada explícito —le aseguró ella.

Él le tomó la mano con fuerza.

—¿No te importa que las lea?

Ella le puso la palma de la otra mano en la mandíbula áspera.

—No, no me importa. Si hay alguien con quien quiero compartirlas, es contigo.

Capítulo 17

J.D. Aceptó las cartas como si fueran de cristal y se le pudieran romper. Le temblaban ligeramente las manos, y no podía mantenerlas firmes.

—Yo voy a ver a David para que puedas estar solo —le dijo Maggie. Se puso de pie y salió del cuarto de estar.

J.D. se sintió agradecido por su generosidad y su tacto. Necesitaba leer aquellas cartas, no porque tuviera una curiosidad insana en conocer detalles íntimos de la relación entre Maggie y Eric, sino porque necesitaba saber quién había sido su hermano.

La primera carta había sido escrita poco tiempo después de que Maggie le hubiera contado a Eric que estaba embarazada. Él pensaba que el niño no era suyo, y no se le había escapado la ironía de la hiriente sensación de traición por parte de la mujer a la que pensaba que quería. Aunque, si lo imposible había sucedido y aquel niño era suyo, ¿qué iba a hacer? Él nunca había tenido la intención de dejar a Nancy. Aunque de vez en cuando se separaran, Nancy siempre había representado su hogar, y él no podía y no quería perder aquella sensación de seguridad. Él siempre la querría tanto como era capaz de querer.

J.D. hizo una pausa, sacudiendo la cabeza ante el ensimismamiento de su hermano.

La segunda carta estaba fechada varios meses después y era muy similar a la primera, salvo que Eric se preguntaba cómo podría seguir unido al niño si finalmente resultaba ser suyo.

Había algunas cartas más, en las que se describía la progresión del embarazo de Maggie y la confusión de Eric. Él quería ser padre

con todas sus fuerzas, pero sabía que era improbable.

J.D. oyó que Maggie entraba de nuevo en la sala. Ella se sentó a su lado, pero permaneció en silencio mientras él leía. Cuando terminó la última carta, se volvió hacia ella.

—¿Nunca creyó que David fuera hijo suyo?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Como el resto de la familia, creía lo que le habían dicho los médicos.

—Pero decidió estar contigo y cuidarte lo mejor que pudiera durante el embarazo. Irónico, y de una manera retorcida, casi noble. ¿Nunca te habló de sus sospechas?

—Sólo una vez, poco después de que yo le dijera que estaba embarazada. Insistió en que el niño no era suyo, pero yo creía que estaba asustado y por eso lo negaba —le explicó Maggie, con el ceño fruncido—. Él no me había dicho que fuera estéril.

—Me pregunto si las cosas hubieran sido distintas si él hubiera sabido que David era suyo. ¿Habría dejado a Nancy? Parece que os quería a las dos —dijo J.D., y se pasó la mano por la cara—. Qué lío.

Maggie le puso la mano en el antebrazo.

—Me alegro de saber la verdad. Me resultará más fácil ser buena cuando le hable a David sobre él. Y supongo que el hecho de saber que no me estaba usando también hace que me sienta mejor —dijo. Después volvió la cabeza, pero no antes de que él viera que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Aunque también hace que me ponga furiosa. ¿Por qué no pudo creerme? Los médicos no son infalibles. Eric me quería, pero no estaba dispuesto a tener fe en mí. Se supone que el amor no es así.

A J.D. le resultaba difícil soportar el dolor de su voz.

—Cariño, tú te mereces que te quieran incondicionalmente —le dijo. Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Ella apoyó la cabeza en su pecho—. Probablemente, Eric mentía tanto a la gente que quería que no sabía cómo confiar en los demás.

Maggie alzó la cara hacia él. Tenía las pestañas húmedas.

—Tú me creíste incluso antes de tener la prueba.

—Supongo que yo soy un tipo extraordinario —bromeó él. No quiso pensar en que la verdadera razón había sido que había visto la absoluta bondad de Maggie.

Él le alzó la barbilla con el dedo índice. Quería darle un beso en la punta de la nariz, pero se sorprendió a sí mismo al besarla en la boca. Un beso agradable, amistoso, para conocerse. Al menos aquello era lo que él pensaba, hasta que su esencia lo envolvió y ella separó los labios. Con un suave gruñido, él hizo el beso más profundo y se perdió en su respuesta. A medias, se dio cuenta de que la sentaba en su regazo. El pulso le latía en los oídos.

Ella se apartó de él, con los ojos muy abiertos.

—No estoy segura de que esto sea buena idea.

J.D. se ruborizó.

—Lo siento. No debería haberlo hecho.

Maggie se levantó, recogió las cartas y las fotografías y las metió en la caja. Después, prácticamente, salió corriendo de la sala.

—Maggie, espera.

Pero ya se había marchado. J.D. se sintió como un estúpido. Ella había confiado en él y había querido compartir aquellos recuerdos con él. Y él le había succionado las amígdalas.

«Sutil, McGuire, sutil».

Y había pensado que era el más sensible y evolucionado de los hermanos McGuire.

* * *

Maggie cerró la puerta de su habitación, casi sin aliento. Se apoyó en la pared, pero las piernas le fallaron y se deslizó hasta el suelo.

Se cubrió los ojos con las manos y gruñó. Aquello era lo que ella quería, ¿no? Pero cuando J.D. había demostrado un interés no precisamente muy platónico en ella, Maggie había querido recuperar

al viejo J.D., al falso hermano mayor que la cuidaba, la ayudaba y hacía que se sintiera segura. Maggie se apretó la boca con la mano para evitar que se le escapara una carcajada histérica.

La peor parte era que su relación con él nunca volvería a aquel lugar seguro y protegido. Entonces, ¿hacia dónde iban desde aquel punto?

Tenía un cosquilleo en los labios. Ella pensaba que los fuegos artificiales sólo ocurrían con el primer amor, pero estaba equivocada. Aquel beso le había borrado cualquier pensamiento racional de la cabeza. Lo único que quería era estar cerca de él, sentir sus dedos en la carne desnuda y la aspereza del vello de su torso contra el pecho. Darle la bienvenida dentro de ella y no dejar que se alejara nunca.

En el calor del momento había olvidado que era el hermano de Eric. Había pasado a ser sólo J.D., un hombre intenso y sexy que trataba bien a los demás sin esperar nada a cambio, y que si le decía a una mujer que la quería, la quería de verdad. Y en exclusiva.

El aire acondicionado se encendió automáticamente, y Maggie tuvo un escalofrío. Había cometido un error al huir de J.D. Él se merecía algo mejor que su comportamiento de niña asustada.

Maggie fue al baño y se lavó la cara con agua fría. Mientras se secaba, decidió que le debía una explicación. Pero ¿cómo le iba a explicar su retirada sin parecer una adolescente inmadura?

Una cosa era segura: tenía que intentarlo. Pasó junto al parque de David de puntillas, conteniendo la respiración al notar que su hijo se estiraba. Se quedó inmóvil durante unos instantes, pero David se sentó, frotándose los ojos. Miró a su alrededor por la habitación hasta que la vio. Entonces la cara se le iluminó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, cariño. ¿Has dormido bien?

Él extendió los brazos hacia ella, y ella lo sacó del parque.

—Vamos a cambiarte. Después, mamá tiene que hablar con el tío J.D.

Unos minutos después, Maggie bajó a la cocina y dio de merendar unos cereales con leche a David. Cuando terminaron, salieron a buscar a J.D. al garaje. Él seguía trabajando en la misma pieza de madera. Cuando oyó que Maggie se acercaba, se volvió.

—Eh, con respecto a lo que ha pasado antes...

—Tengo que explicártelo.

Él frunció el ceño.

—Me he pasado de la raya.

—No, claro que no. Yo he disfrutado de cada segundo, y eso me ha asustado.

J.D. arqueó una ceja.

—Pero un buen tipo de susto, ¿no?

Maggie se apartó el pelo de la frente y se rió.

—Ojalá lo supiera.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé. Pero estoy abierta a sugerencias.

—¿Una cita, quizá? ¿Una cena y un concierto en el parque, mañana?

Maggie dejó escapar un suspiro de alivio. De repente, las cosas no parecían tan difíciles.

—Eso sería estupendo. Y podríamos llevar a David.

—Mm, mm. No se llevan bebés a las citas. Al menos, no a la primera cita —se corrigió él—. Me imagino que mi abuela estaría muy contenta de cuidar a David mañana por la noche. Eso le dará la oportunidad de recordar lo absorbentes que son los bebés. Quizá así deje de dar la lata para que le dejes al bebé durante el día.

—No me da la lata.

—Pero a mí sí.

—Ah, ya veo. ¿Cree que puedes convencerme?

—Algo así.

A Maggie le pareció interesante que Edna pensara que era tan fácil de manipular.

—¿Piensa que soy maleable en las manos de cualquier hombre McGuire?

Él se ruborizó.

—No, no creo. Sintoniza mucho con los demás, y se figuró que yo me sentía atraído por ti.

En la cadera de Maggie, David comenzó a botar, con los brazos extendidos hacia J.D.

—Ven aquí, amiguito —dijo J.D. Se sacudió el serrín de la camisa y de las manos antes de tomar al niño en brazos.

David le dio unos golpecitos en la cara.

J.D. sonrió, encantado.

—Debe de haber dormido muy bien. Antes eras un niño muy malhumorado —le dijo a David, y después miró a Maggie—. Creía que me odiaba.

—Oh, no es nada personal. Siempre se pone así cuando está cansado. Ahora que ha dormido mucho, ha merendado y tiene un pañal limpio, es un tipo feliz.

—La vida sería muy agradable si todo fuera tan fácil, ¿verdad?

—Pues sí. Pero entonces, me perdería la cita de mañana —dijo ella, y se acercó un poco—. Y lo estoy deseando —se puso de puntillas y le dio un beso en los labios.

David gritó y botó en los brazos de J.D. Parecía que aquello le había resultado muy divertido.

—Y puedes decirle a tu abuela que tengo la intención de ejercitar mi voluntad y salir con su nieto. No porque a ella le resulte conveniente, sino porque su nieto es un hombre increíble.

J.D. echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Creo que quizá la abuela haya encontrado la horma de su zapato. Vamos a casa y la llamaremos.

Maggie se giró frente al espejo y se rió con ganas. Era maravilloso volver a sentirse tan viva.

Acarició la gasa del vestido de los sesenta que había encontrado

en una tienda de segunda mano en el centro del pueblo. La tela era de color crema y tenía pequeñas flores verdes. Era de manga larga y el escote dejaba los hombros al descubierto, al estilo campesino. Con el pelo suelto, se sentía como una princesa gitana. Completó el efecto con unos pendientes de aro dorados.

David estaba de pie en el parque, animándola a grititos. Era evidente que notaba la excitación y se daba cuenta de que estaba a punto de suceder algo maravilloso.

Maggie terminó de peinarse, tomó el bolso y sacó a David del parque.

—Ahora vas a ir a ver a tu bisabuela. Probablemente, ella te inflará de galletas y de cosas con azúcar.

David intentó agarrar uno de los pendientes mientras bajaban las escaleras, pero Maggie fue más rápida. El niño soltó un grito de frustración cuando su madre le tomó la mano y le dijo que no.

—Ya puedes ahorrarte ese carácter para tu bisabuela, porque conmigo no funciona.

—Pues conmigo sí —dijo J.D., desde los pies de la escalera—. Este niño tiene un buen par de pulmones.

Maggie se rió.

—Espera a que tu abuela le dé una buena dosis de azúcar. El demonio de Tasmania a su lado parecerá un angelito.

J.D. se rió, y la miró de pies a cabeza con admiración.

—Seguramente, piensas decirle que no le dé dulces a David bajo ningún concepto, para que ella lo infle de tarta y galletas en cuanto entremos al coche, ¿no?

—No, yo no soy manipuladora, aunque la idea me resulta muy tentadora —respondió ella—. Bueno, bromas aparte, ¿estás seguro de que ella será capaz de cuidar a un bebé tan activo?

J.D. le puso las manos en los hombros.

—Maggie, yo nunca haría nada que pudiera poner a David en peligro —le aseguró él. Después besó a David en la frente y a ella en

los labios—. Esta noche será buena para él, para ella, y espero que muy buena para nosotros. Ahora, vayámonos.

J.D. agarró la cuna portátil con la mano izquierda y se puso la enorme bolsa de pañales al hombro. Con la mano derecha, tomó la sillita del coche.

—Sólo va a estar fuera una noche. ¿Estás segura de que necesita todo esto?

—Oh, sí, y eso es sólo lo de primera necesidad. ¿Estás seguro de que Edna se ofreció a cuidarlo durante toda la noche? Pensé que estaba preocupada por las apariencias, y David puede ser una especie de carabina que limite nuestras oportunidades de... intimidad.

—Sinceramente, creo que eso es lo que ella quiere. Las apariencias se pueden ir al diablo ante una oportunidad de emparejamiento.

—Pero antes no estaba interesada en emparejar. ¿Por qué ha cambiado?

J.D. se encogió de hombros.

—Lo que ella quiere, por encima de todo, es tener a David cerca. ¿Y qué mejor forma de conseguirlo que emparejarnos a ti y a mí?

—¿Y no te importa que esté intentando manipularnos?

—Eh, tenía una buena excusa, no quería que la molestáramos a ella, ni al bebé tampoco, más tarde de las diez. Además, sólo nos manipula si consigue que hagamos algo que no queremos. Yo estoy deseando tenerte para mí solo para cenar a la luz de las velas y tener una conversación interesante. Después tengo intención de disfrutar escuchando un concierto de jazz bajo las estrellas. Pero no tengo planes más allá de eso, así que no te preocupes. No hay ningún plan de seducción.

Maggie se arrepintió al instante.

—Lo siento. No quería decir que Edna te estuviera manipulando. Bueno, quizá sí, pero debería haber sabido que no es cierto.

—No te culpo por ser cautelosa. Yo quiero ganarme tu confianza.

—Gracias —respondió Maggie, con la esperanza de que no se le notara en la expresión de la cara que se le estaba derritiendo el corazón.

—¿Quieres conducir?

—Ya sabes adónde vamos, así que ¿por qué no conduces tú?

Antes de que Maggie se diera cuenta, habían llegado a casa de Edna. Y aunque le resultó difícil dejar allí a David, se sintió ligera y despreocupada mientras iban hacia el restaurante.

—Me encanta verte sonreír así —le dijo J.D.

—No me he sentido tan bien... nunca. Casi había olvidado cómo era hacer algo simplemente por diversión. Probablemente, eso te parecerá extraño.

—En absoluto. Me doy cuenta de que estás totalmente dedicada a David, así que seguramente, se te ha olvidado cómo cuidar de ti misma. Y eso incluye la diversión.

Maggie lo miró de reojo.

—¿Y tú? ¿Tienes muchas oportunidades de divertirte mientras estás matando dragones y protegiendo a los McGuire?

Él se quedó silencioso durante un instante.

—¿Sabes? Nunca lo he pensado. Simplemente, es lo que hago. Yo tengo tiempo para divertirme, pero creo que, hasta que David y tú entrasteis en mi vida, se me había olvidado cómo se juega.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo sólo por divertirte?

—¿Antes de David y tú? Mmm... no lo sé. Posiblemente, desde que mis padres murieron.

—¿De verdad?

Él asintió.

—Eso me temo.

A Maggie se le encogió el corazón ante aquella respuesta.

—Así que esta noche es la primera para los dos, ¿no? Quizá aprendamos a jugar de nuevo. Juntos.

Capítulo 18

J.D. llevó a Maggie al mejor restaurante de marisco y carne del pueblo. Había hecho una reserva, así que inmediatamente los llevaron a su mesa.

— Sé que no eres vegetariana, así que me imaginé que no habría problema por venir aquí. Es uno de mis restaurantes favoritos.

— Es maravilloso.

J.D. apartó la silla de la mesa para que Maggie se sentara, confuso por su deseo de tratarla como a un objeto precioso y único. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía aquello por una mujer? Al menos, una década. O quizá nunca lo hubiera sentido.

Su mesa estaba apartada, tal y como él había pedido.

La luz de las velas se reflejaba en los hombros desnudos de Maggie, iluminándole las pecas del pecho. Llevaba un pequeño colgante dorado en el cuello, Él alargó el brazo y lo tocó delicadamente con un dedo, preguntándose si se lo habría regalado Eric.

— ¿Tiene un significado especial?

Ella tenía los ojos oscuros y misteriosos a la débil luz de la vela.

— Era de mi hermana. Llevo una fotografía de mi sobrina dentro, a un lado del medallón, y al otro una de David.

Él asintió, sin saber qué decir.

Maggie le agarró la mano.

— No pasa nada. Puedo hablar de ello. Pero esta noche es para divertirse.

El camarero llegó y les entregó las cartas. Poco después, pidieron la cena. Él, langosta, y ella, solomillo.

—Éste es un lugar maravilloso, J.D. —dijo ella, señalando las paredes cubiertas por panelas de roble, las mesas con asientos cómodos, la iluminación tenue.

—Quería traerte a un lugar especial.

Por el rabillo del ojo, J.D. vio a Belmont y a su esposa entrando al restaurante. Esperaba que el abogado no los hubiera visto. Una cena para cuatro no era la idea de diversión que tenía J.D. Al menos, aquella noche no.

Él fingió que estaba concentrado en la carta, pero oyó que lo llamaban. J.D. suspiró y miró hacia arriba. La pareja se aproximó rápidamente. Grace, la mujer de Belmont, tiraba de la mano de su marido. A ella le encantaban los cotilleos, y posiblemente no podría esperar para extender la noticia de que había visto a J.D. y a Maggie cenando solos.

—Espero que no os estemos molestando —dijo Belmont—. Mi mujer insistió en venir a saludaros.

J.D. asintió y sonrió forzosamente.

Belmont carraspeó.

—Ella es mi mujer, Grace. Grace, tú ya conoces a J.D., por supuesto, y ella es Maggie, eh, McGuire.

Las dos mujeres se estrecharon la mano e intercambiaron saludos amables.

J.D. no quería animar a charlar a la pareja, pero tampoco quería ser maleducado.

—Grace, ¿qué tal estás?

—Muy bien. ¿Te ha dicho Belmont cómo quiero que sea el cenador?

—Me sugirió que hablara directamente contigo. Tenía la intención de llamarte y fijar una reunión. ¿Te parecería bien que pasara por tu casa mañana por la tarde?

—Sería perfecto —respondió Grace, y tomó del brazo a su marido—. Vamos a renovar los votos en septiembre, y me encantaría

celebrarlo en el cenador, con unos cuantos amigos íntimos.

Maggie sonrió a la mujer.

—Es muy romántico. ¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Veinticuatro años —contestó Grace. Sin embargo, añadió con la voz ahogada—: Estamos impacientes por celebrar nuestras bodas de plata.

J.D. se alegraba de que Belmont y Grace hubieran vuelto a vivir juntos después de haber estado separados durante varios meses. Había habido rumores sobre infidelidades por ambas partes.

Belmont le pasó el brazo por la cintura a su mujer.

—Bueno, nos veremos más tarde. Vamos, querida —le dijo, y se la llevó hacia su mesa.

—Qué pareja más extraña —comentó Maggie—. No se les da muy bien fingir que son felices, así que ¿por qué van a renovar los votos matrimoniales?

—Supongo que es principalmente por las apariencias. Bueno, ya es suficiente de Belmont y Grace —dijo él, aliviado porque hubieran llegado sus ensaladas, junto con una copa de vino para cada uno.

—Por la diversión y las primeras citas —dijo él, en un brindis.

Maggie alzó su copa.

—Por las citas y la diversión.

Maggie ayudó a J.D. a extender una manta por la hierba mientras miraba a su alrededor. Había mantas por toda la extensión de césped y por la colina que ascendía suavemente junto a ellos. Los niños corrían y se reían, las parejas de adolescentes se acurrucaban y las familias disfrutaban del ambiente relajado.

—Qué idea más buena —dijo ella. Dobló las piernas para sentarse y se arregló la falda del vestido sobre las piernas. Echó la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas y respiró el aire fresco. Parecía que todo era perfecto cuando estaba con J.D.

—Me pareció que sería divertido —le dijo él, y le tendió un frasco de crema—. Toma, es posible que lo necesites.

Maggie se rió.

—Repelente de insectos. Que romántico.

Él sonrió.

—¿Qué podría decir? Soy un tipo práctico. Además, los mosquitos engullirían en segundos esa piel tan suave y tan preciosa que tienes.

Al pasarle el dedo por dentro del brazo, ella se estremeció, y él se rió suavemente.

—¿O quieres que yo te la ponga?—le preguntó, en voz baja.

Maggie se ruborizó al pensar en sus manos frotándole la crema en la piel. Pero además, su fantasía no terminaba en las zonas expuestas. Tuvo la tentación de ver su farol. Lo único que se lo impidió fue la multitud de familias que había a su alrededor.

Mirando a su alrededor, Maggie dijo:

—Oh, no, creo que puedo hacerlo yo.

J.D. sonrió.

—Cobarde.

Tenía toda la razón. Se sentía tan atraída por él que tenía miedo. Porque la Maggie responsable que estaba plenamente dedicada a su hijo y a su trabajo tenía la tentación de dejarse llevar por la Maggie divertida. Se recordó que sus primeros tiempos con Eric habían sido embriagadores, pero que habían dejado de serlo poco después de que ella se quedara embarazada.

Afortunadamente, la banda salió al escenario y comenzó a afinar sus instrumentos. Mantener una conversación se volvió difícil.

J.D. se sentó a su lado. Maggie disfrutó de la camaradería, contenta por estar escuchando la música relajadamente. Eric estaba demasiado lleno de energía como para quedarse quieto durante mucho tiempo. Sin embargo, parecía que J.D. era feliz disfrutando de las cosas sencillas.

No era difícil imaginárselo allí con su propia familia. Con una mujer que lo adorara y varios niños correteando a su alrededor.

Maggie sintió una punzada de envidia. Aparentemente, todo lo

que ella deseaba en la vida estaba allí, en aquel pueblo.

J.D. le dio un suave golpe con el hombro y se inclinó un poco hacia ella.

—¿En qué estás pensando?

—Me estaba preguntado qué tal estará David —respondió ella. Sin embargo, la excusa hizo que se sintiera culpable, porque sólo había pensado en David un par de veces. Aquella sensación de libertad era tan inesperada que resultaba tonificante.

—Llamaremos a casa de mi abuela en el descanso, ¿de acuerdo? Tengo el teléfono móvil.

Ella asintió.

La banda terminó la primera parte del concierto. La gente comenzó a hablar de nuevo, los niños siguieron jugando y un labrador negro pasó corriendo a su lado, arrastrando la correa por el suelo. Un hombre de unos treinta y tantos años lo persiguió junto a varios niños.

—Lo siento, J.D. —gritó el hombre, al pisar la esquina de su manta.

Maggie echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—No me habías dicho que había espectáculo de entretenimiento durante el descanso.

J.D. se inclinó hacia ella y le susurró:

—Le diré a Mike que le agradeces el espectáculo. Pero hay muchas otras formas de entretenernos.

Ella miró a su alrededor y vio a varias parejas besándose en la oscuridad.

Cuando se volvió hacia J.D., se sorprendió al encontrar su cara a sólo unos centímetros de distancia. Él se acercó y la besó. Fue un beso tan apasionado como los de los adolescentes que se estaban besuqueando en las sombras.

Maggie se apoyó en él. Necesitaba sentir el calor de su cuerpo.

Él le puso la mano en la nuca y murmuró su nombre.

Entonces una locomotora los atropelló y los tiró al suelo. Al menos, parecía una locomotora.

Maggie se sentó de nuevo, intentando recuperar la respiración, cuando una bestia negra le lamió la barbilla.

J.D. se puso de pie.

—¿Estás bien?

—Eso creo. Salvo por el lametazo de perro.

—Espero que te estés refiriendo a Jethro... —él tomó la correa y terminó con el reinado del terror de Jethro—. Y no a mí.

—Por supuesto, a Jethro —respondió Maggie. J.D. era mucho más persuasivo con la lengua. Maggie se ruborizó al pensar en aquello.

—Bien. Por un segundo, me has tenido preocupado.

El dueño de Jethro se acercó corriendo a ellos y se dobló por la cintura para recobrar el aliento. Cuando pudo incorporarse, por fin, dijo:

—Gracias, J.D. Jethro podía haber llegado a otro condado antes de que yo lo alcanzara.

—De nada —respondió J.D., y le entregó la correa—. ¿Qué tal va el negocio? —le preguntó, y después se volvió hacia Maggie—. Mike es el mejor mecánico del estado.

—Bastante bien. A propósito, ¿se quedó contenta tu abuela con la reparación del Lincoln? Belmont me dijo que todo estaba bien, pero quería asegurarme de que la señora McGuire estaba satisfecha.

J.D. frunció el ceño.

—¿Qué reparación?

—Oh, demonios, creía que ya te habrías enterado. Se chocó contra una valla. Me preguntaba por qué se había molestado en arreglarlo. Quiero decir... con todos los rasguños y abolladuras que tiene la chapa, ¿de qué sirve arreglar uno? Pero ella tenía miedo de que tú te enteraras y no le permitieras conducir más. Espero no haber metido la pata.

—No te preocupes. ¿Y dices que Belmont te dio el visto bueno?

—Sí. Él fue a recoger el coche. Su mujer lo acercó.

—Pues lo comprobaré. Gracias por decírmelo.

Jethro se aprovechó de la falta de atención de su dueño y echó a correr. A Mike se le escapó la correa de las manos y el perro se alejó a toda velocidad. El hombre soltó un juramento y salió persiguiendo al perro. Se despidió por encima del hombro.

—Estoy segura de que no fue nada —le dijo Maggie, cuando J.D. se sentó a su lado.

—¿Eh? No, no, seguro que no —dijo él. Se sacó el teléfono móvil del bolsillo y se lo dio a ella—. ¿Quieres llamar para preguntar por David?

—Sí, gracias. Pero tú te has quedado preocupado.

—No estoy seguro de lo que ocurre con la abuela — dijo. Después le recitó el número de teléfono de Edna a Maggie y ella marcó.

Edna estaba muy tranquila mientras informaba a Maggie de su velada con David. La conversación fue breve, y dejó a Maggie mirando al teléfono.

—¿Qué ha dicho?

—Se lo están pasando muy bien. David ya está bañado y a punto de acostarse, y ella me ha sugerido que no llame más esta noche. No quiere que la despierte el teléfono.

—Entonces, no hay nada de lo que preocuparse.

De repente, Maggie deseó que hubieran incluido a David en la cita. No se sentía completa sin su hijo.

—Vamos, cariño —dijo él, y la abrazó suavemente—. De vez en cuando, tenéis que pasar algún tiempo separados. Y te prometo que mi abuela no permitirá que le ocurra nada a David.

Maggie apoyó la cabeza en su hombro.

—Supongo que tienes razón.

—Sí la tengo. Ahora, vamos a disfrutar del resto del concierto. Parece que la banda ya ha vuelto.

Ella siguió su consejo y se apoyó contra su pecho. Cuando él le

pasó el brazo por los hombros, Maggie se sintió como si todas las piezas encajaran. Lo único que le había faltado en la vida hasta aquel momento había sido J.D.

Cuanto más se acercaban a casa, más nervioso se ponía J.D. Era incapaz de estarse quieto. Tamborileaba con los dedos en el volante mientras deseaba que el Toyota tuviera cinco marchas. Si tuviera que cambiarlas, al menos así podría tener las manos ocupadas.

Oh, él sabía muy bien cómo quería ocupar las manos. Quería llevarse a Maggie a su habitación y explorar cada centímetro de su cuerpo. Pero se suponía que era más sensible, más evolucionado que su hermano. Y aquello hacía que la seducción se complicara enormemente.

Primero, tenía que estar completamente seguro de que quería tener un futuro con Maggie. Tener una aventura de una noche con ella después de lo que le había hecho Eric sería cruel. Sí sabía que quería estar con ella, pero no sabía cuánto tiempo.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Maggie.

—No —respondió él—. Nada en absoluto.

Continuaron en silencio hasta que llegaron a casa.

—Me he divertido mucho esta noche, J.D. Muchas gracias.

Él se giró para mirarla a los ojos, deseando que su hermano nunca hubiera conocido a Maggie. Pero entonces, él tampoco la habría conocido.

J.D. se inclinó hacia ella y la besó. Fue un beso ligero, lo justo para que ella supiera que le importaba. Cuando ella separó los labios, él se resistió a aceptar su invitación.

Separarse de ella le costó un gran esfuerzo, pero J.D. estaba excesivamente orgulloso de su control.

Salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta a Maggie.

Se había acordado de dejar la luz del porche encendida, y la casa estaba bañada en un brillo de bienvenida.

Los hombros de Maggie brillaban bajo la luz. Su piel era suave y

delicada.

J.D. sintió un cosquilleo en los dedos. Deseaba bajarle el vestido por los hombros para dejar a la vista su esbelta espalda. Se imaginó que dibujaba la línea de su columna vertebral con la lengua. Después, se volvía para trazar sus pechos pequeños y perfectos.

Estuvo a punto de soltar un gruñido, pero se contuvo a tiempo. En vez de eso, soltó un juramento entre dientes.

Mientras subían la escalera, Maggie le tomó la mano. Fue como si hubieran salido juntos muchas veces, y volver a casa juntos fuera algo totalmente natural.

J.D. sabía que su control se estaba debilitando. El cuerpo le decía que sólo había una manera apropiada de terminar una noche tan espléndida. Pero ¿cómo iba a seducir a Maggie, a su cuñada, su invitada, y no preguntarse si ella tenía una sensación de obligación hacia él?

Maggie se detuvo en el porche y se volvió hacia él. Alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Dime, J.D. Dime qué es lo que he hecho mal.

Él la atrajo hacia su cuerpo y apoyó la barbilla en su cabeza.

—Ay, cariño. Todo lo has hecho bien. Ése es el problema.

—Entonces, ¿por qué te has apartado de mí? Te encerraste en ti mismo en cuanto nos pusimos de camino a casa.

J.D., se encogió de hombros. No tenía idea de cómo explicárselo.

—J.D., creo que tú siempre has sido sincero conmigo.

Él carraspeó.

—Siempre lo he intentado.

—¿Y no lo estás intentando ahora? ¿Cuál es la diferencia?

—La diferencia es que si tú fueras cualquier otra persona, estaría intentando por todos los medios seducirte.

—Entonces, ¿el problema es que no quieres seducirme?

Él emitió un sonido de impaciencia.

—Pues claro que quiero.

—Entonces, sedúceme.

—No es tan sencillo. Tú has sido la amante de mi hermano, eres la madre de su hijo. Él te trató mal, y tú eres vulnerable. Lo último que debería estar pensando es en acostarme contigo.

Maggie le tomó la cara con las manos, suavemente.

—Puede que sea vulnerable, pero sé que puedo confiar en ti. Quiero estar contigo esta noche. Así que no pienses. Sólo sedúceme.

—Yo no soy así —replicó él—. Yo siempre pienso en las repercusiones.

—Entonces, supongo que tendré que conseguir que dejes de pensar.

Maggie se puso de puntillas y le mordisqueó el labio inferior, Después le regó de besos la mandíbula mientras le desabrochaba los dos primeros botones de la camisa y deslizaba las manos dentro.

J.D. inhaló bruscamente.

—Por favor, J.D. Te necesito esta noche.

Él la miró a los ojos, enormes y verdes, y supo que estaba perdido.

Capítulo 19

Maggie tenía la esperanza de estar haciendo lo correcto. Ella nunca había seducido a un hombre. Eric había sido el seductor en su relación.

Sólo sabía que necesitaba a J.D. Él hacía que se sintiera viva de nuevo, y estaba muy cansada de estar entumecida.

—Por favor, abrázame —le pidió, mientras le besaba el cuello. Cuando, por fin, él la apretó contra su cuerpo, ella dejó escapar un suspiro de placer—. Te necesito, J.D. Por favor, quédate conmigo esta noche.

Él respondió con la voz ronca.

—Cariño, no hay ninguna otra cosa que desee más.

Ella lo tomó de la mano y lo guió hasta la puerta que sabía que era la de la habitación de J.D. Sin embargo, una vez dentro, vaciló. ¿Debería arrancarse la ropa y saltar a la cama? Quizá debiera arrancarle la ropa a él, empujarlo al suelo y aprovechar la oportunidad. Al imaginárselo, se rió nerviosamente.

Él la miró confundido.

—¿De qué te ríes?

—Ahora que te tengo aquí, no estoy muy segura de cómo debo seducirte.

J.D. le tomó la mano y le dio un beso sorprendentemente erótico en la palma.

—Maggie —dijo, con un suspiro—. No es necesario que me seduzcas. No sabes lo mucho que deseaba esto.

—Pues me has engañado —dijo ella, con un escalofrío, mientras él le besaba y le mordisqueaba la muñeca y el brazo, hasta llega a su

hombro. Cuando le invadió la curva del cuello, a Maggie se le cortó la respiración—. No parecías muy... interesado.

—Oh, claro que lo estaba —respondió J.D., empujándola hacia la cama—. Pero no habría sido responsable por mi parte perseguirte.

—¿Y ahora?

J.D. la besó profunda, sensualmente, y sin preocuparse de las consecuencias. Ella murmuró su nombre y se acercó más a él, con lentitud.

Él la abrazó con fuerza.

—Te deseo, Maggie.

—Yo también te deseo, J.D., pero quiero asegurarme de que sabes que yo no me acuesto con cualquiera. Siento algo por ti.

Claro que sentía algo por él. Todas las células de su cuerpo sentían lujuria por él, le gritaban que pusiera las cosas en marcha.

—Quiero decir que me importas.

—A mí también me importas, Maggie. Quizá más de lo que le imaginas. Pero ¿estás segura de que esto es lo que quieres?

Ella asintió. No podía hablar.

—Quiero verte desnuda. ¿Quieres?

—Si —respondió Maggie.

Entonces, dio un paso atrás y desató el lazo que mantenía el vestido cerrado. Ladeó la cabeza y se detuvo insegura.

J.D. emitió un suave sonido de aprobación. Le acarició los rizos que se le derramaban por los hombros y le acarició la clavícula.

Sus caricias fueron tan suaves, tan tímidas, que a ella se le derritió el corazón. Tiró del vestido hacia abajo y se lo deslizó por los hombros. Después, esperó su reacción.

—Eres preciosa —susurró él.

Le acarició los hombros con las palmas de las manos, y ella inhaló bruscamente debido a la sorpresa. ¿Quién se hubiera imaginado que el roce de unas manos encallecidas por el trabajo podía resultar tan erótico? Ella le tomó las manos y se las deslizó hasta los pechos. Las

durezas de las palmas le rasparon los pezones.

Maggie soltó un suave gruñido al experimentar una exquisita sensación. Se bajó el vestido por las caderas, desde donde la prenda cayó al suelo. Después, se quitó las braguitas.

J.D. apretó la mandíbula, como si estuviera intentando controlarse.

—J.D., te necesito. Ahora —susurró ella.

Él se desabotonó la camisa y dejó al descubierto los espléndidos tendones y músculos que ella había imaginado bajo aquella ropa. Maggie le deslizó el dedo índice por los bíceps y observó con deleite cómo a él se le ponía la carne de gallina.

Lo miró a los ojos y murmuró:

—Tú también eres muy guapo.

Él terminó de desnudarse rápidamente, y Maggie se dio cuenta de que había subestimado la belleza de su cuerpo. Las sombras jugueteaban con sus músculos mientras él tomaba un paquete de la mesilla de noche y sacaba varios preservativos. J.D. le puso uno en la mano.

—¿Quieres ayudarme con esto?

Ella lo rasgó.

—Será un placer.

A la mañana siguiente, el sol apenas entraba por entre las persianas cuando J.D. notó que Maggie se movía a su lado. Ella se fue despertando poco a poco, con la cabeza apoyada en su pecho, y percibió los latidos de su corazón. Se hubiera quedado allí, contenta, durante toda la vida.

—Buenos días, mi amor. ¿Qué tal estás?

—Mmmm... mejor que nunca.

Él le acarició el pelo, con movimientos lentos y perezosos.

—¿Maggie?

—¿Sí?

—Creo que me he enamorado de ti.

Ella lo miró con ternura, y se le aceleró el corazón al ver la emoción que había reflejada en su rostro. Le acarició suavemente la barbilla.

—Me alegro. Porque yo me enamoré de ti hace un tiempo.

Maggie volvió a apoyar la cara en su pecho. El sonido rítmico de su corazón la relajaba. Siempre y cuando J.D. se preocupara, por ella, todo iría bien.

—¿Se te ha ocurrido la idea de mudarte aquí? —le preguntó él.

—Mi escuela está en Arizona...

—¿Y no podrías hacer un traslado de expediente?

—No lo sé. Tendría que enterarme —Maggie rodó hasta su lado de la cama y se apartó los rizos de la cara—. Pero... J.D., ya he hecho grandes cambios en mi vida antes por un hombre, y fue desastroso. No sé si estoy segura de mudarme al otro lado del país.

—No tenemos por qué decidirlo ahora.

—No, es cierto.

Maggie no podía imaginarse ya la vida sin J.D., pero la asustaba mucho pensar en los cambios que implicaba lo que él había sugerido. Su vida era segura en aquel momento. No tan emocionante como cuando Eric estaba con ella, claro, pero ya había tenido suficientes emociones. Y David crecía feliz en el apartamento de Arizona.

Maggie se incorporó bruscamente.

—David. ¿Qué hora es? ¿Cuándo tenemos que ir a recogerlo?

—No te preocupes. Tenemos tiempo suficiente —J.D. la atrajo hacia sí—. La abuela nos ha invitado a desayunar a las doce.

Maggie tenía el corazón ligero cuando J.D. la tomó de la mano. Llegaban unos minutos tarde a desayunar, pero habían utilizado bien el tiempo, y había merecido la pena.

—Estoy deseando ver a David. Ésta es la ocasión en la que hemos pasado más tiempo separados desde que nació —dijo ella, mientras subía volando las escaleras del porche.

—Yo también echo de menos al pequeñajo —dijo J.D. Le pasó la

mano por la cintura y la abrazó—. Pero tengo que admitir que he disfrutado mucho del tiempo que hemos pasado solos.

Ella alzó la cara y se encontró con un beso apasionado. Se abandonó a su fuerza, a su aroma y a la perfección de dejarse abrazar por él. J.D. levantó la cabeza un momento y Maggie recuperó la capacidad de funcionar en el mundo real.

Había oído un ruido...

—He dicho «ejem».

J.D. la soltó.

Los dos se volvieron hacia la puerta.

—Eh... buenos días, abuela. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Lo suficiente. Le dije a David que había oído algo en la puerta, y os encontré dando el espectáculo en el porche.

—Vamos, abuela, acuérdate de las viudas confederadas —dijo él, sonriendo, y le guiñó un ojo.

—Entrad antes de que los vecinos se figuren lo que habéis estado haciendo.

J.D. guió a Maggie hacia la puerta.

—¿Dónde está David? —preguntó ella, impaciente por ver a su hijo.

—En el cuarto de estar, querida.

Cuando los vio entrar en la sala, David dejó escapar un gritito de alegría. Maggie lo tomó en brazos y le regó de besos la carita y el cuello.

—¡Qué contenta estoy de verte! —le dijo Maggie, y se volvió hacia Edna—. ¿Me ha echado de menos?

—Lloró un poco antes de acostarse. Debes de mimarlo mucho.

—Es normal que un niño de su edad sienta algo de ansiedad ante las separaciones.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —preguntó J.D., alegremente.

—Algunas de tus comidas favoritas —respondió Edna, con una sonrisa espléndida—. Como cuando eras pequeño. Huevos revueltos,

beicon, salchichas, tostadas con mermelada y tortillas de maíz fritas.

J.D. se inclinó hacia Maggie y le dijo en voz baja:

—Sí, todo lo preferido de Eric.

Edna fingió que no lo había oído. Le tendió los brazos a David.

—Ven con la bisabuela, cariño.

David le apartó las manos a golpecitos.

—Yo lo sentaré —dijo Maggie, y miró la mesa de caoba, perfectamente puesta, preciosa—. ¿Dónde está la sillita que se acopla a la mesa que traje?

—Oh, no la necesitamos. David puede comer sentado en mis rodillas.

Maggie le lanzó una mirada de preocupación a J.D.

—Abuela, voy a buscar la silla. ¿Dónde está? —preguntó él, en un tono que no admitía réplica.

Edna frunció el ceño.

—Está junto al parque.

En el comedor se hizo un incómodo silencio mientras las dos mujeres esperaban a que volviera J.D. Maggie se colocó a David en la cadera y le dio un beso en la cabeza.

—Mamá te ha echado de menos —le dijo.

—Aquí estoy —dijo J.D. al entrar con la silla—. ¿Dónde quieres que se siente Maggie?

—Aquí, a la derecha —dijo Edna.

—Entonces, pondré a David aquí —dijo él, mientras acoplaba la silla a la mesa—, y yo me sentaré al otro lado. Así haremos un equipo, y nosotros también podremos comer.

—Habría estado perfectamente en mis rodillas —murmuró ella entre dientes, mientras les hacía un gesto hacia el bufé que había servido en la cómoda—. Por favor, servíos. Mientras, yo sostendré a David —entonces, le quitó al niño de los brazos a Maggie antes de que ella se diera cuenta.

Maggie reprimió la ira que estaba sintiendo. Edna era una mujer

anciana, y estaba acostumbrada a hacer su voluntad. Ella podría seguirle la corriente durante una hora. Cuando Maggie puso su plato en la mesa y se volvió para tomar a David, se encontró a Edna con el niño en la cadera, llenándose el plato también.

—Gracias por sostenerlo —dijo Maggie, y tendió los brazos para tomar al niño. Su hijo se inclinó hacia ella, pero Edna no hizo ni caso.

—Es un placer, querida. Por favor, siéntate. Estoy bien.

Maggie miró a J.D, como pidiéndole consejo. Él se encogió de hombros. Entonces, ella ocupó su sitio de mala gana y observó cómo la testaruda mujer terminaba su tarea. Cuando Edna puso su plato sobre la mesa, tenía una sonrisa de triunfo. Se sentó y se colocó a David en el regazo.

Maggie se dijo que no tenía importancia. Una pequeña lucha de poder; sin embargo, se sintió molesta.

J.D. se puso de pie.

—Lo pondré en su silla.

Edna le lanzó una mirada asesina, con las mejillas muy rojas.

—Tonterías, James David. Siéntate.

—Abuela, lo digo en serio —insistió él, con la voz tensa.

Maggie sabía que él siempre intentaba agradar a su abuela, y lamentaba haberlo puesto entre las dos. Le tocó el brazo y murmuró:

—No importa, J.D. De veras.

J.D. volvió a sentarse, pero no estaba contento con la situación.

Y Edna estaba completamente furiosa.

Comieron en silencio durante unos minutos. Sólo se oía el ruido de los cubiertos contra la porcelana.

Edna inclinó la cabeza majestuosamente.

—David es un niño muy bueno. Es como Eric a su edad. Salvo que Eric era enfermizo, y David come estupendamente.

Maggie sonrió, pero se sentía tensa y forzada.

—Sí, es muy bueno. ¿Se ha comido toda la comida de bebés que le traje?

Edna tomó un pedacito de tortilla y se lo dio a David.

—No, el niño tiene que comer comida de verdad. Deberías haberlo visto comiendo el puré de patatas y la salsa que había sobrado.

J.D. se dirigió a Maggie.

—¿No habías dicho que querías limitar la comida de los adultos que tomaba para prevenir posibles alergias?

Ella asintió.

—Es lo que recomiendan los expertos. Pero me imagino que un poco de tortilla no le puede hacer ningún mal.

—Claro que no. A David le encanta. Crecerá más deprisa si come alimentos nutritivos.

—Yo le doy todo lo que recomienda su pediatra.

Edna resopló.

—Los médicos piensan que lo saben todo. Pensaban que Eric no podría tener hijos, y mira lo equivocados que estaban.

J.D. frunció el ceño.

—Me encontré con Mike Tanner en el concierto de ayer. Quería saber si estabas contenta con la reparación del Lincoln.

Edna se puso muy rígida.

—No sé de qué estás hablando.

—Me contó que Belmont le había pedido que te lo arreglara. Y parece que tú no querías que yo me enterara. Me dijo algo de que tenías miedo de que yo te quitara el coche.

—Debe de estar confundido.

J.D. suspiró.

Maggie observó cómo David tomaba un trozo de beicon del plato de Edna y comenzaba a mordisquearlo. Entonces se levantó y se lo quitó de la mano.

—Edna, puede ahogarse.

Tomó al niño y se lo quitó del regazo a la anciana.

—Las tortillas son una cosa, porque son suaves y puede tragarlas

con facilidad. Pero el beicon es otra.

—El niño estaba perfectamente —protestó Edna.

En aquel momento, sonó el timbre de la puerta, y ella se excusó para ir a abrir la puerta. Maggie aprovechó la oportunidad para sentar a David en su silla.

—Me gustaría que nos marcháramos cuanto antes —le susurró a J.D.—. Tu abuela me está haciendo sentir muy incómoda.

—Hoy no es ella misma —dijo J.D., asintiendo, y miró en dirección al salón—. Y en cuanto a lo del coche, me pregunto si no estará comenzando a fallarle la memoria.

—Hay una manera de averiguarlo. Cuando salgamos, puedes echarle un vistazo al Lincoln.

—Creo que lo haré. Ahora come rápido para que podamos marcharnos.

El murmullo de Edna se alternaba con el de una voz aguda. La conversación continuó durante unos minutos, y después Edna volvió seguida por un hombre uniformado al que Maggie no reconocía.

—Comisario Andrews, por favor, sírvase lo que quiera —le dijo la anciana, y le hizo un gesto hacia el bufé.

—No, muchas gracias, señora. No me voy a quedar. Como ya le he explicado, sólo necesito a J.D.

Edna puso mala cara.

—Le dejaré que termine su desayuno.

—No, señora. Tengo una orden de registro —dijo el hombre, y le tendió un documento a J.D.—. Necesito que me dejes entrar en tu estudio de arquitectura.

J.D. arrojó la servilleta sobre la mesa y se puso en pie.

—¿Por qué?

—Estamos investigando a tu socio por el asesinato de Eric McGuire.

Capítulo 20

Maggie le apretó suavemente el brazo a J.D.

—No te preocupes. No va a pasar nada —le dijo, mientras los dos observaban cómo los ayudantes del comisario manoseaban el trabajo de toda su vida.

Él se pasó la mano por la cabeza en un gesto de frustración.

—El comisario me ha asegurado que serían tan cuidadosos como pudieran, pero que no podía garantizar que no hubiera daños.

—Oh, J.D. —dijo ella, apoyando la frente contra su hombro—. Esto es horrible.

—No puedo creer que Roy haya hecho algo así. Lo conozco desde el instituto. Estaba en nuestra casa todo el rato.

—Quizá todo sea un error —le dijo Maggie, pero no pudo decirlo con mucho entusiasmo. Un par de amigotes de cervezas de Roy habían declarado que él había discutido con Eric la noche del asesinato. Y él había comentado, más tarde, que Eric había recibido lo que se merecía.

J.D. le pasó el brazo por los hombros.

—La parte buena de todo esto es que las cosas van a mejorar para ti desde ahora.

—Sin embargo, yo preferiría que las cosas hubieran sido distintas.

Y deseaba que la posibilidad de limpiar su nombre no significara perder a J.D. justo cuando lo había encontrado. El comisario había dicho que informaría a su abogado de la nueva línea de investigación, y que era posible que ella pudiera regresar en poco tiempo a Arizona. Maggie quería volver a la escuela y conseguir su graduación, pero su corazón, su alegría, se quedarían con J.D.

Él miró al carrito donde estaba dormido David.

—Si crees que van a despertado, os llevaré a casa y volveré aquí.

—No vamos a ir a ninguna parte. David está bien, y yo quiero quedarme aquí.

Él la besó en los labios.

—Gracias.

Maggie tuvo la sensación de que muy poca gente había estado al lado de J.D., apoyándolo, en el pasado. Y aquel pensamiento hizo que se sintiera triste.

—No tienes que darme las gracias. Yo no querría estar en ningún otro sitio.

—Cuando todo esto termine, tenemos que hablar — le dijo J.D. Le había tomado la barbilla con ternura para alzarle la cara y la estaba mirando fijamente a los ojos.

—Sí, tenemos que hablar —afirmó ella.

Aunque, en realidad, no tenía ni idea de qué iban a decir. Ella tenía que estudiar en Arizona, y la familia y las raíces de J.D. estaban en Arkansas.

Maggie necesitaba mantener la cabeza ocupada para no obsesionarse con el futuro en aquel momento.

—¿Creen que el arma homicida está aquí?

—No. Yo creo que simplemente están siendo minuciosos. El único cuchillo que Roy tiene aquí es una navaja de bolsillo, y el informe del forense dice que el asesinato se cometió con un cuchillo de deshuesar de veinticinco centímetros.

—¿Y tú sabes dónde podría haber escondido Roy algo así?

—No. Roy y yo ya no hablamos mucho.

Uno de los ayudantes gritó que había encontrado algo en el despacho de Roy. Maggie quiso acercarse, pero el ayudante les dijo que permanecieran en la recepción. El comisario Andrews pasó por delante de ellos con la bolsa de las pruebas.

J.D. se quedó pálido. Agarró al ayudante por el brazo.

—¿Han encontrado algo?

—Una caja de herramientas y una navaja de bolsillo, pero nada parecido al arma homicida. Quizá los chicos que están registrando su casa tengan más suerte.

—Dios, Maggie, si ha sido Roy, ¿cómo he podido estar tan ciego?

—a J.D. se le hundieron los hombros.

Ella se sentía como si la derrota fuera suya. Quería consolarlo con todas sus fuerzas, pero no tenía palabras. Así que optó por decir la verdad.

—Algunas veces sólo vemos lo que queremos ver. Yo soy especialista en eso.

Maggie se sentía agradecida por tener que ir a trabajar al día siguiente. La ayudó a quitarse de la cabeza los problemas de J.D. y los suyos.

Sin embargo, David no estaba contento. Le estaban saliendo los dientes, estaba muy quisquilloso y quería que todo el mundo se enterara.

A media mañana, finalmente, Maggie asomó la cabeza por la puerta del despacho de Jack y le preguntó:

—¿Te importa que me tome un descanso ahora? Me gustaría llevar a David a dar un paseo. Quizá eso lo calme un poco. Siento que esté dando tanto la lata hoy.

—Adelante, y tómate un buen descanso. Has trabajado mucho y te lo mereces. El contestador tomará los mensajes. Y en cuanto a David, no te preocupes, no me molesta.

—Gracias, jefe.

Maggie estaba sonriendo cuando volvía a su sitio. Sin embargo, se encontró una mujer junto a su escritorio, con el ceño fruncido. Llevaba un traje azul marino, no iba maquillada y tenía el pelo recogido en una cola de caballo.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Estoy buscando a Maggie McGuire.

—Soy yo.

La mujer le entregó una tarjeta.

—Soy Stephanie White, del Departamento de la Infancia y la Familia.

Maggie tomó la tarjeta mientras se moría por dentro. Sin embargo, por fuera permaneció calmada.

—¿Sí, señora White?

—Hemos recibido un aviso de negligencia en el cuidado de David McGuire. ¿Es este niño que está en el parque?

—Sí, es mi hijo. Está muy bien.

—Entenderá que tenemos que investigar todas y cada una de las quejas. Necesito examinar a David y después hacerle unas preguntas a usted.

—No puede ser —dijo Maggie, con un nudo de angustia en la garganta—. Tiene que haber algún error.

—Seguramente, tiene usted razón, pero yo debo seguir el procedimiento —dijo la mujer. Se inclinó sobre el parque y le habló a David en un tono suave—. Hola, cariño. ¿Puedo tomarte en brazos?

El niño miró a Maggie, como si estuviera buscando seguridad.

—No pasa nada, pequeñín. Es una amiga.

Ella dejó su informe y el bolso sobre el escritorio de Maggie, tomó a David en brazos y se lo colocó en la cadera.

—Eres un niño muy grande —lo dijo. Después se volvió hacia Maggie—. Claramente, no está desnutrido.

—No. Come perfectamente.

—La queja indicaba que el niño no estaba adecuadamente alimentado.

Maggie tuvo una sospecha al recordar los comentarios de Edna durante el desayuno del día anterior. No podía ser que Edna hubiera presentado una queja por su desacuerdo en la mesa... ¿verdad?

—¿Le están saliendo los dientes? —preguntó la señora White, mientras lo miraba dentro de la boca.

—Sí, y está un poco refunfuñón.

—Bueno, eso es muy normal. Ahora tengo que quitarle la camiseta —dijo la asistente social, y lo hizo eficientemente.

David comenzó a llorar. Claramente, aquella no era su idea de la diversión. Aunque tampoco era la de Maggie.

—Parece que está en una excelente condición física —dijo la señora White, después de examinar al niño, mientras volvía a ponerle la camiseta.

—Está en una excelente condición física. Sigo las instrucciones de su pediatra al pie de la letra.

La señora White miró a su alrededor por la habitación.

—¿Las plantas son de verdad?

—No, son de seda.

—No veo que haya tapas de seguridad en los enchufes.

—David siempre está en el parque o yo lo tengo en brazos. No lo dejo nunca en el suelo.

Hablaron sobre el trabajo de Maggie y sobre el plan de cuidados de David durante mucho tiempo, incluyendo el lugar donde estaban almacenados los productos químicos. Maggie le prometió a la asistente que le daría el número de teléfono del pediatra de David de Arizona.

La señora White cerró el sobre donde llevaba el informe y lo guardó en su maletín.

—Tendré el informe terminado para el viernes. Estaremos en contacto. Ah, y si tiene algún plan de vacaciones, o piensa volver a Arizona antes del viernes, por favor, avíseme.

Maggie asintió.

—Sí, por supuesto.

Cuando la mujer salió de la oficina, a Maggie le daba vueltas la cabeza. Tenía que pensar algo. No podían llegar a la conclusión de que era una madre negligente. Pero ¿y si lo hacían? Podrían llevarse a David como se habían llevado a Emma.

¿Qué podía hacer?

Maggie caminó de un lado a otro, intentando calmarse. Tomó el bolso y le pidió a Jack que le permitiera salir pronto a comer. Después se dirigió con David hacia el único lugar donde se sentía segura: a casa de J.D.

—¿J.D.? —lo llamó, al entrar.

Él salió de su despacho. Tenía unas profundas ojeras y la sombra de la barba en la cara.

—¿Qué ocurre?

Maggie se acercó a él.

—Alguien ha formulado una queja sobre mí al Departamento de la Infancia , y la Familia por negligencia. Han enviado a una funcionaria a comprobar si David estaba bien.

J.D. la abrazó.

Por primera vez desde que había visto a Stephanie White, Maggie se permitió derrumbarse. Le temblaban las rodillas y tenía escalofríos.

—Tiene que ser un error —le dijo J.D., para intentar calmarla—. Vamos a dejar al pequeñajo en el parque un minuto, mientras intentamos aclarar todo esto.

J.D. tomó a David en brazos y lo dejó en el parque y le hizo cosquillas bajo la barbilla con su oso de peluche favorito. David dio pataditas y se rió. Después agarró al osito y lo abrazó.

A Maggie se le nublaron los ojos mientras observaba a J.D. con su hijo. Qué hombre tan maravilloso y cálido. Su fuerza no estaba en su cuerpo musculoso, sino en su carácter.

—J.D., tengo que irme. Ayúdame a recoger todas nuestras cosas y saldré de aquí antes de que la asistente social sepa que me he ido.

—Vamos, no hagas nada apresurado. Primero cuéntame todo lo que ha ocurrido y después pensaremos algo.

—No lo entiendes. Pueden quitarme a David, y yo no podría seguir viviendo si ocurriera eso.

—Escúchame, Maggie. No estás sola. Tu hermana cometió el error de no pedir ayuda. Tu situación es distinta. Yo estoy aquí contigo. Y mucha otra gente que se preocupa por David y por ti. Yo estaré a tu lado.

Maggie reprimió una carcajada histérica.

—Sí, claro, ¿y quién crees que ha llamado a los servicios sociales?

J.D. entrecerró los ojos y apretó la mandíbula.

—¿Crees que fue mi abuela la que formuló la queja?

—No lo sé —dijo ella, desesperada—. Tengo tanto miedo que no puedo pensar con claridad.

—Está bien, cálmate. Respira profundamente un par de veces.

Ella obedeció, y aquello la ayudó un poco.

—¿Qué te han dicho, en concreto, sobre el aviso? ¿Mencionaron a la abuela?

—No, no me dieron el nombre de la persona que se ha quejado. Pero fuera quien fuera, les dijo que yo era negligente en el cuidado de David, que no lo alimentaba bien. Y la funcionaria estaba muy interesada en el área de recepción del trabajo. Quería saber si las plantas eran de verdad, dónde se almacenaban los químicos y por qué no había tapas de seguridad en los enchufes.

J.D. comenzó a caminar de un lado a otro.

—No puedo creer que la abuela haya hecho algo así. Pero tampoco podía creer que Roy hubiera matado a mi hermano, y aparentemente, lo hizo —dijo, con una mirada de dolor y confusión.

—Tu abuela insistió mucho en que David tomara comida de adultos para que creciera más. Menos mal que la asistente social dijo que David estaba muy sano.

—Averiguaré quién ha sido y lo detendré —le aseguró J.D., en voz baja. El hombre cálido y sensible había desaparecido. De repente, se había convertido de nuevo en un extraño peligroso. El mismo del día en que se habían conocido.

—No, J.D. No quiero que hagas nada que pueda destruir tu

relación con Edna.

—Tenemos derecho a pedirle una explicación.

—¿Y si no ha sido Edna? Quizá haya sido un cajero del supermercado, o alguien que vino a hablar con Jack o conmigo.

—Entonces, la abuela entenderá nuestra preocupación —respondió él—. No voy a permitir que nadie te haga daño.

Maggie le apoyó las manos en el pecho.

—Eres la primera persona que me defiende en este mundo. Pase lo que pase, quiero que sepas que eres muy especial para mí.

—Cariño, de eso trata el amor. Unidos venceremos.

—¿Amor?

—¿No te lo había dicho? —dijo él, con una sonrisa de picardía. Aquélla era la faceta juguetona de J.D. que algunas veces tomaba por sorpresa a Maggie.

—No.

—¿Estás segura?

Maggie se rió, pero la respiración se le cortó en la garganta.

—Créeme, me acordaría.

—Te quiero, Maggie. Creo que te he querido desde la primera vez que te vi en aquel estrado, haciendo una buena escenita. Me acuerdo de que pensé que parecías un ángel vengador.

Maggie absorbió aquellas palabras y las guardó cerca del corazón. J.D. había visto lo mejor y lo peor de ella, y la quería pese a todo. Quizá incluso la quisiera por todo aquello.

—Yo también te quiero, J.D. Me encanta estar contigo. Consigues que me parezca que todo es posible. Me aceptas por lo que soy aquí —le dijo, y se tocó en el pecho, sobre el corazón.

Él la besó. Su boca, su olor, su lengua, todo era familiar y bienvenido.

Maggie se apoyó en él y le rodeó la cintura con los brazos. Después, de mala gana, se apartó. David era lo primero.

—Iremos juntos a hablar con Edna. Quizá debieras llamarla y

decirle que iremos a su casa después de que yo salga de trabajar. Por mucho que quiera pasar el resto de la tarde contigo, tengo que volver.

— ¿Y si me pregunta el motivo?

— Dile que estamos deseando comer su tarta de nueces pecanas

— respondió ella, y le guiñó un ojo.

J.D. arqueó una ceja.

— Así que habrá interrogatorio, ¿eh?

— Sí, pero no será ella quien lo haga.

Capítulo 21

J.D. estuvo a punto de soltar un gruñido cuando vio la camioneta del comisario Andrews aparcada frente a la casa de su abuela. Ya tenía suficiente con las sospechas de que había traicionado a la mujer que él amaba.

No podía creer que la mujer estricta pero honorable que lo había criado hubiera sido capaz de intentar manipular las cosas de aquella manera.

Miró a Maggie, que iba sentada a su lado, y se maravilló de verla tan calmada. Sin embargo, ella estaba moviendo las manos nerviosamente en el regazo, hasta que él se las apretó cariñosamente.

—Todo va a salir bien.

Ella sonrió débilmente.

—Sí, tiene que salir bien.

—Estoy seguro de que vamos a aclarar la situación.

—Eso espero.

—Si fue mi abuela, ella puede llamar a los servicios sociales y explicarles que estaba equivocada. Todo saldrá bien, ya lo verás — repitió J.D. Sin embargo, aquello le sonaba vacío incluso a él.

—Si todo va a salir bien, ¿por qué está aquí el comisario?

—Quizá hayan encontrado el arma homicida en casa de Roy. No es raro que las autoridades mantengan a la familia de la víctima informada de los avances de la investigación.

Maggie asintió y miró hacia atrás.

—¿Cómo puede alguien ver a David y pensar que ha sufrido algún tipo de maltrato?

—Nadie racional lo pensaría —respondió J.D. Y aquello era lo que

más lo molestaba. El extraño comportamiento que había tenido su abuela últimamente. ¿Acaso la habría desequilibrado la muerte de Eric? ¿O acaso estaba ocurriendo algo más?

—Sacaré a David —dijo Maggie, y salió del coche.

J.D. la observó mientras se inclinaba para sacar a David de su sillita, y recordó la primera vez que la había visto hacerlo. Se le había subido la camiseta y había dejado a la vista la piel blanca de su espalda. Él había deseado acariciarla, exactamente como deseaba hacerlo en aquel momento.

Se acercó a ella y le puso la palma de la mano en la espalda. Ella se dio la vuelta y le sonrió con una mirada de amor. Después, se incorporó con David en los brazos.

Dios, J.D. la quería tanto que le dolía el alma. ¿Qué haría si se marchaba a Arizona?

Se apartó de la cabeza las dudas. Más tarde hablarían de su futuro. Pero, en aquel momento, necesitaban asegurarse de que nadie intentaría separar a Maggie de su hijo.

Cuando llamaron a la puerta de casa de su abuela. J.D. tenía la garganta seca.

El comisario salió a abrir con la expresión grave.

—Hola, J.D., Maggie —dijo. Se puso el sombrero y salió de la casa. Edna estaba en el vestíbulo, muy pálida.

—Pasad.

—¿Qué estaba haciendo aquí el comisario? —le preguntó J.D.

—Ha venido a contarme que están interrogando a Roy sobre el asesinato de Eric.

Claro, aquello ya eran viejas noticias. Sin embargo. J.D. no le hizo la observación a su abuela. Antes debían tener una conversación diferente.

Edna carraspeó mientras miraba a Maggie.

—Por favor, sentaos cómodamente en la sala mientras os sirvo un trozo de tarta.

—No, no es necesario —dijo Maggie—. Sólo hemos venido a hacerle unas preguntas.

La abuela se quedó helada.

—¿Preguntas?

—Sí —dijo Maggie, y miró a J.D.

Él asintió. Si ella quería tomar la iniciativa, él estaría más que satisfecho de apoyarla.

—Quizá debiéramos sentarnos —sugirió Maggie.

—Claro —respondió Edna, e hizo un gesto hacia el salón.

Mientras se sentaban en los sofás, a J.D. le pareció que su abuela parecía más vieja aquel día. ¿Estaría cansada? ¿Preocupada? Él no sabía cuál podía ser la causa de aquel cambio.

Maggie se sentó con David en las rodillas.

—Edna, una asistente social ha ido a verme hoy al trabajo para comprobar el bienestar de David. ¿Sabe algo de eso?

—¿Por qué iba a saberlo? —le preguntó ella, y miró a J.D.

—La asistente social me dijo que alguien estaba preocupado porque yo cuidaba mal de David y no le daba bien de comer. Después de nuestra conversación durante el desayuno del otro día, pensé que era posible que usted hubiera entendido mal las cosas y se hubiera quedado preocupada por el niño —le explicó Maggie, con la voz calmada, pero firme.

—No, por supuesto que yo no he dado ninguna queja al respecto —dijo Edna, con las mejillas rojas de indignación—. Y ahora que hemos aclarado la situación, me gustaría hablar con J.D., a solas.

—Maggie puede oír lo que tengas que decirme —intervino J.D.

—Esto es diferente —replicó Edna, con la barbilla temblorosa.

A J.D. se le encogió el estómago. Tenía un mal presentimiento. Nunca había visto tan angustiada a su abuela, salvo cuando le habían dicho que Eric había muerto.

—Maggie, por favor, sal un momento con David. Yo iré en un minuto —le pidió él.

Maggie asintió y salió con David, aunque pareció que Edna ni siquiera se daba cuenta.

—¿Qué ocurre, abuela?

—Yo siempre he cuidado de ti, James David. Aunque tú no eras de mi carne y de mi sangre, te acogí cuando murieron tu madre y mi querido hijo —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Y yo siempre te lo he agradecido.

Ella asintió.

—Has sido un buen chico. Ahora necesito pedirte un favor.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti.

—Sí. Necesito que digas que estabas conmigo la noche en que murió Eric. Que viniste aquí después de dejar a Nancy en el motel y que estuvimos juntos toda la velada.

J.D. no se habría quedado más asombrado si su abuela le hubiera pedido que la llevara volando a la luna.

—¿Qué ocurre?

—Yo me quedé aquí sola después de que Belmont me trajera, así que nadie puede verificarlo.

—Eso nunca se ha cuestionado. ¿Por qué ahora?

Ella se agarró las manos y se levantó.

—Parece que Roy está diciendo mentiras horribles para salvar su propio cuello.

—¿Qué mentiras?

—Dice que me vio en el circuito aquella noche, entrando en la caravana de Eric a la misma hora a la que se cree que murió —le explicó ella, mientras caminaba de un lado a otro—. Son estupideces, claro, pero la gente podría creérselo. Y no sería nada preocupante si tú dijeras que estabas aquí conmigo.

—Pero no estaba, y la policía ya sabe dónde pasé la noche. Tú me educaste para que dijera la verdad, abuela.

—Te estoy pidiendo que te inventes una verdad sólo en esta ocasión, hijo —le dijo. Se sentó a su lado y le tomó las manos—. Por

favor. ¿Lo harás por mí?

A J.D, se le rompió el corazón al pensar que ella estaba dispuesta a sacrificar la integridad de su nieto.

—Abuela, nadie va a pensar que tú mataste a Eric. Es una ridiculez.

Ella titubeó durante un segundo.

—Claro que es ridículo, pero hay gente inocente que ha ido a la cárcel.

Él separó las manos de las de su abuela con suavidad y se puso de pie.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo —dijo, y salió de la casa destrozado.

Fue el hecho de ver a Maggie y a David esperándolo junto al coche lo que evitó que cayera en un pozo de dudas. Le debía mucho a su abuela, pero no iba a mentir por ella.

Mientras se acercaba a Maggie, David extendió los brazos y se inclinó hacia él. J.D. lo tomó en brazos y aspiró la dulce esencia del niño.

—Hola, pequeñín —le dijo, con la voz ronca. Aquello estaba bien. Lo que su abuela le había pedido que hiciera estaba mal.

—¿Quieres contármelo? —le preguntó Maggie, con cara de preocupación.

—Me ha pedido que mienta por ella. Yo le he dicho que no.

—¿Qué clase de mentira?

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ahora no. Tengo que mirar una cosa. ¿Me acompañas al garaje?

—Sí, claro —respondió ella, y le dio la mano,

El interior del garaje estaba oscuro, y J.D. encendió la luz. Después se acercó al lado del pasajero del coche de su abuela y pasó la palma de la mano por la carrocería.

—La abolladura está arreglada.

—Pero Edna dijo que no lo había mandado a arreglar. Quizá lo

hiciera Belmont como un favor hacia ella, o para darle una sorpresa.

—Lo dudo.

¿Qué había ocurrido con la mujer que los había sermoneado sobre el honor a sus nietos mientras crecían? Por supuesto, parecía que J.D. era el único que había escuchado.

—Dios, tengo una familia destrozada.

Maggie le puso una mano en el brazo.

—Todas las familias lo pasan mal, pero algunas lo disimulan mejor que las otras.

Él echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. La desesperación lo estaba consumiendo.

Entonces sintió las manitas de David dándole golpes en la cara. Al abrir los ojos, J.D. se dio cuenta de que tenía la esperanza en los brazos.

—No, no todas ellas. Tengo que creer que nosotros podemos cambiar eso. Creo que tú y yo podemos ser unos buenos padres para David y crear una familia sana si lo deseamos lo suficiente.

Maggie respondió en voz baja.

—A mí me gustaría mucho intentarlo.

J.D. le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él.

—Yo también.

Maggie encontró a J.D. sentado en el porche. Miró a las estrellas y tomó aire.

—He bañado a David y lo he acostado.

—Bien. ¿Quieres sentarte? —le preguntó él, y le señaló la otra mecedora.

Una parte de ella quería aceptar la oferta, estar allí para él. Pero la otra parte no podía dejar de averiguar qué había tras la petición de Edna. Necesitaban respuestas, y las necesitaban rápidamente.

Maggie se colgó el bolso del hombro y le preguntó:

—¿Te importaría que diera una vuelta en coche? Sólo sería una hora, más o menos.

—No, claro. Toma mi teléfono móvil, por si acaso necesitas algo.

Él se sacó el teléfono del bolsillo y se lo dio. Todavía estaba caliente por la temperatura de su cuerpo, y por algún motivo, hizo que Maggie se sintiera conectada a J.D.

Ella sonrió.

—Volveré enseguida.

J.D. todavía seguía en el porche cuando ella puso el Toyota en dirección al pueblo. El paseo le recordó a la noche en que había llegado a McGuireville. Se estremeció al pensar en que alguien había asesinado brutalmente a Eric mientras ella se dirigía hacia el circuito de carreras. Si Maggie no se hubiera parado a pedir indicaciones para llegar, era posible que se hubiera encontrado con el asesino y hubiera sido asesinada, también. David se habría quedado huérfano.

Le dolía el alma por J.D. Edna le había dado un hogar estable cuando lo necesitaba desesperadamente, y aquel día se lo había arrebatado. ¿Cómo podía haberle hecho aquello?

Maggie sospechaba que Edna estaba más preocupada por la supervivencia que J.D. en aquel momento. Y aquello era lo que tenía intención de demostrar.

Cuando entró en el aparcamiento, Maggie se dio cuenta de que no estaba tan lleno como la primera y última vez que ella había estado allí. Se dirigió hacia la parte trasera del aparcamiento, buscando el mismo sitio donde había dejado el Toyota aquella vez. La entrada a aquella parte era estrecha, y había cadenas que hacían las veces de vallas a ambos lados. En las noches más animadas, las cadenas se retiraban para que la gente pudiera aparcar en el campo que había más allá.

Maggie detuvo el coche y apagó el motor. Tomó una linterna de la guantera y salió, inspeccionando cuidadosamente el primer poste. Nada. Sin embargo, en el segundo poste había restos de pintura negra.

Se le cayó el alma a los pies. Tenía la esperanza de estar

equivocada. Si sus sospechas se confirmaban, aquello le destrozarla el corazón a J.D.

Maggie puso a cero el cuentakilómetros antes de salir para el pueblo.

J.D. seguía en el porche cuando ella volvió, meciéndose y pensando, pensando y meciéndose. Sonrió cuando ella se acercó, pero Maggie se dio cuenta de que su mente estaba muy lejos de allí.

Se sentó junto a él y apoyó los codos sobre las rodillas.

—J.D., tenemos que hablar.

J.D. suspiró.

—¿No podrías esperar? Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Es algo que tiene que ver con tu abuela y el asesinato de Eric.

—¿Qué quieres decir?

—Me resulta muy difícil preguntarte eso, pero ¿no se te ha pasado por la cabeza que Edna pudiera haber... matado a Eric?

—Ella lo adoraba.

—Algunas veces, el límite entre el amor y el odio es muy vago. Y tú mismo has dicho que últimamente se ha estado comportando de una manera extraña.

—Pero eso no es lo mismo que decir que se ha convertido en una asesina.

—J.D., he ido al circuito y he visto que alguien se dio un golpe contra uno de los postes del aparcamiento. La pintura de los postes es plateada. Y allí había restos de pintura negra.

Él se quedó pálido.

—Y la abuela tenía aquella abolladura nueva en el coche, con restos de pintura plateada. Y bastantes kilómetros de más en el cuentakilómetros del Lincoln.

—¿Estás seguro? Yo he medido la distancia al volver, para poder hacer cálculos con respecto al tiempo que yo he tardado. Hay treinta y cinco kilómetros desde el circuito a tu casa. Añádele unos tres más hasta la suya.

—Sí, más o menos.

—Entonces, debería tener unos setenta y seis kilómetros de más en el cuentakilómetros. ¿Cuántos tenía?

—Setenta y ocho. Eso podrían ser veinte viajes al supermercado en una semana, o un viaje inesperado de ida y vuelta al circuito de carreras —J.D. apoyó la cabeza entre las manos—. ¿Qué voy a hacer, Maggie?

Ella le pasó el brazo por los hombros.

—No lo sé, J.D. Pero, hagas lo que hagas, yo estaré contigo.

Se quedaron sentados en silencio durante un tiempo que pareció eterno. Finalmente, J.D. dijo:

—Supongo que iré a hablar con el comisario a primera hora de la mañana. No es probable que ella se marche a ningún sitio esta noche. Y que Dios me ayude si estoy equivocado.

«Que Dios me ayude si tengo razón».

Maggie se puso de pie y extendió la mano hacia él.

Lo consolaría de la mejor manera que pudiese.

—Me voy arriba. ¿Vienes conmigo?

Él le dio la mano y se levantó lentamente.

Capítulo 22

Maggie se apoyó sobre un codo para observar a J.D. mientras dormía. Estaba sumido en un sueño inquieto, intermitente, pero al menos, descansaría algo.

Ella tenía ganas de acariciarle los labios y la cabeza afeitada. Pero no lo hizo. Él necesitaba dormir cuanto pudiera.

Unos ligeros sonidos salieron del transmisor de David. El bebé se había despertado y pronto le estaría pidiendo su atención. Con un suspiro, Maggie decidió que aún se tomaría unos segundos para sí misma, para disfrutar de la visión de los brazos y los hombros fuertes de J.D.

Sin embargo, pronto comenzó a pensar en otras cosas, y a preguntarse si realmente Edna habría matado a Eric. ¿Por qué? Desgraciadamente, Edna era la única que podía responder a aquella pregunta.

El balbuceo del bebé le llegó por el monitor, y Maggie se levantó. Al imaginarse a su hijo en la cuna, jugando con los deditos de los pies y hablando solo, sonrió. Calculó rápidamente que tenía tiempo para una ducha rápida sin que David se enterara. Tendría que hacerlo en cinco minutos.

Se había duchado y vestido, y estaba dándole a David los cereales del desayuno cuando J.D. apareció en la cocina, recién afeitado y vestido.

—¿Por qué no me has despertado? —le preguntó a Maggie, con la voz ronca por el sueño.

—Necesitabas dormir. La pequeña alarma humana saltó antes de lo que yo hubiera querido.

—Hola, pequeño —le dijo J.D. a David, y le hizo una caricia bajo la barbilla.

Después se sirvió una taza de café y se sentó junto a Maggie.

—¿Quieres que te llame al trabajo después de que haya hablado con el comisario?

—¿Trabajo? No, no. Hoy voy a estar contigo.

Él arqueó una ceja.

—¿Qué? Tenemos que estar juntos en los momentos difíciles. De eso trata el amor. Unidos venceremos.

Él sonrió tímidamente al escuchar sus propias palabras.

—No tienes por qué hacerlo, pero no me importaría tener el apoyo moral.

—Ya he llamado a Jack y le he dicho que tenía un asunto familiar importante que tratar. Me espera mañana.

J.D. se inclinó y la besó. David y el resto del mundo se desvanecieron mientras él le demostraba lo mucho que la quería y la necesitaba. O, al menos, aquello fue lo que ella interpretó.

Cuando el beso se rompió, ella estaba sin aliento. Y la perezosa sonrisa de J.D. le dio a entender que él sabía perfectamente cuánto la afectaba.

—Desayuna algo, Romeo. Va a ser un día largo. Hay cereales, magdalenas, fruta y todo aquello que puedas engullir.

—Tienes razón. Me da la impresión de que va a ser un día muy largo —dijo él.

Después, le dio un sorbo al café, con una expresión indescifrable.

J.D. apagó el motor y miró la casa que un día había considerado su hogar.

Por el espejo retrovisor, vio el coche del comisario frenando tras él. Habían acordado que J.D. hablaría con su abuela primero, y después el comisario Andrews ejecutaría la orden de registro.

J.D. deseaba con todas sus fuerzas estar en cualquier otro lugar, pero le debía a su abuela estar a su lado, aunque sus peores temores

se hicieran realidad. Ojalá Maggie pudiera estar con él. Sin embargo, la había dejado en casa. Aquella iba a ser una visita muy difícil, y David no tenía por qué pasar por aquello.

Lentamente, salió del coche y subió las escaleras del porche. Cuando llegó arriba, se dio la vuelta y vio al comisario esperándolo junto a su coche patrulla. Era una cortesía que J.D. le agradeció fervientemente.

Llamó a la puerta.

No hubo respuesta, y volvió a llamar.

Entonces, su abuela abrió la puerta con la cabeza muy alta.

—J.D., no sabía que ibas a venir.

—¿Puedo pasar? Tenemos que hablar.

Ella miró por encima del hombro de J.D. y vio el coche patrulla, pero le cedió el paso a su nieto.

—¿De qué se trata todo esto? —le preguntó.

—Creo que ya lo sabes. Le he pedido al comisario que me acompañe porque he averiguado algunas cosas que me preocupan.

—¿Y qué puedo haber hecho para que tú te preocupes?

—Eso es lo que yo quiero saber. ¿Por qué había tantos kilómetros de más en el cuentakilómetros de tu coche? ¿De dónde salió la abolladura de la puerta? ¿Y por qué sólo mandaste arreglar ese golpe?

—Ya sabes que yo no le presto demasiada atención al coche —dijo ella, con un gesto desdeñoso de la mano.

Él carraspeó.

—Y además, me pediste que mintiera para que tuvieras una coartada. Nada de esto tiene sentido.

—Tonterías.

J.D. miró por la ventana y vio que se acercaba otro coche patrulla.

—Abuela, no tenemos mucho tiempo. He pensado mucho sobre esto durante la noche. No me importa lo que hayas hecho. Estaré a tu lado. No tendrás que pasar por todo esto sola. Pero no mentiré, y no

me interpondré en el camino de la justicia.

A ella comenzó a temblarle la barbilla al mirar por la ventana.

—¿Van a arrestarme?

—No. Pero tienen una orden de registro. Y yo quiero estar contigo mientras registran la casa. ¿Puedo decirles que entren?

Edna asintió, con los ojos llenos de lágrimas. Se las secó con un pañuelo de papel y se puso muy derecha. A él lo entristeció ver la aceptación y el miedo en su rostro.

—Diles que pasen.

J.D. abrió la puerta principal, y el comisario entró, acompañado de varios ayudantes. Él le puso la mano alrededor de los hombros a su abuela, preocupado por que pudiera desmayarse mientras le entregaban la orden de registro. Ella se apoyó en su nieto. Y J.D. estuvo a su lado mientras los hombres uniformados buscaban por la casa de su infancia, y estuvo allí tres horas después, cuando los ayudantes entraron en el jardín con detectores de metal. J.D. fue quien sostuvo a su abuela cuando le vacilaron las rodillas al saber que los policías habían encontrado el cuchillo.

La guió hasta una silla, pensando en la triste ironía de que ella hubiera enterrado el arma a los pies de una estatua de granito. La estatua de un soldado confederado.

—¿Por qué, abuela? —le preguntó, al recordar que Eric siempre había sido su favorito.

Ella se cubrió la cara con las manos y sollozó.

—Yo no quería hacerlo, pero él había causado tanto dolor... Lo vi allí dormido y pensé que quizá fuera mejor que ya no volviera a despertar. Y pensé en todas las formas en las que había avergonzado a la familia y había traído el deshonor al apellido McGuire. Estaba enfadada... tan enfadada...

Con la mirada, le pidió a J.D. que la comprendiera.

—¿Por qué tu no pudiste ser un McGuire?

Él la tomó de la mano, sin saber qué decir. Sólo pudo hacerle una

pregunta.

— ¿Y por qué tú nunca pudiste quererme, de todas formas?

Edna no respondió, y él salió de la casa.

* * *

Hacía tiempo que había anochecido cuando J.D. llegó a casa. Se le animó un poco el corazón al ver una luz de bienvenida a través de la ventana de la cocina. Llevaba horas conduciendo sin destino, pensando.

Mientras iba hacia los escalones, se detuvo un momento para admirar su preciosa casa, las elegantes columnas, los ladrillos rojos suavizados por el tiempo, y lo mejor de todo, para pensar en las dos personas que estaban dentro. Apretó la cara contra el cristal y vio a Maggie poniendo la cena en la mesa. David lo estaba supervisando todo desde su trona.

Como si hubiera percibido su presencia, Maggie se dio la vuelta, lo vio, y le lanzó una sonrisa que le llegó al alma.

Ella corrió hacia la puerta y abrió. Tenía las mejillas sonrosadas.

— ¿Qué haces ahí fuera? Vamos, entra. Tu sitio es éste.

J.D. se dio cuenta de que ella tenía razón. Ya no era un niño pequeño que miraba las cosas desde el exterior. Su sitio estaba dentro, con Maggie y David, las dos personas que lo querían tal y como era.

Epílogo

Maggie subió a la tarima y suspiró. Parecía que siempre tenía que hacer una escena en las celebraciones familiares. Aquélla era una reunión de la parte Rossi, celebrada en Boston, y J.D. se lo estaba pasando estupendamente hablando con primos, tíos y tías a los que no veía desde hacía mucho tiempo. Maggie también estaría disfrutando mucho, de no ser porque tenía los tobillos hinchados y parecía que llevaba un bebé elefante en el vientre, aunque el médico le había asegurado que no era así.

De todas formas, le encantaba ver a J.D. en medio de su encantadora familia italiana. Se había dejado crecer el pelo, y ella no lo distinguía fácilmente entre todas las cabezas morenas de los Rossi. Era una pena que tuviera que interrumpir la diversión.

—Por favor, disculpadme —gritó.

Pero aquélla era una reunión muy alborotada, y su voz no llegó a la última fila. Maggie suspiró filosóficamente, fue hacia el estrado y tomó el micrófono.

—Estoy buscando a mi marido.

Unas cuantas personas la miraron, pero la mayoría estaba tan concentrada en sus conversaciones que no le prestaron atención.

—Eh... Decía que estoy buscando a mi marido —repitió, tan alto como para agitar la lámpara de lágrimas de cristal—. Sé que está por ahí, en alguna parte. J.D. McGuire, ¿dónde estás? —preguntó. Sin embargo, él no apareció. Allí había más Rossi de los que ella pudiera contar.

Maggie lo intentó de nuevo.

—Por favor, ¿podría alguien buscar a J.D. y decirle que su mujer

acaba de romper aguas y necesita que la lleve al hospital? Y cualquiera que sea la encantadora tía que esté pellizcándole el moflete a David, por favor, ¿podría dárselo a su papá?

J.D. emergió de un gran grupo que había al fondo de la sala, entre palmadas en la espalda y bromas. Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Aquí estoy, cariño.

Mientras él avanzaba por el salón, las tías se pasaban a David de unas manos a otras, como si el niño estuviera en la ola del público de un concierto. David, que ya había cumplido dos años, se reía encantado y tiraba besos por el camino. Evidentemente, era un niño feliz y sano, algo que los servicios sociales habían comprobado poco tiempo después de que Edna hubiera sido arrestada. Aunque el caso se había cerrado rápidamente, había pasado un año antes de que Maggie dejara de preocuparse porque las autoridades le quitaran a David.

Sin embargo, en aquel momento todo era de color rosa. Aparte de los tobillos hinchados y los bebés elefante, Maggie pensaba que aquella era la mejor reunión familiar a la que había asistido. Había merecido la pena tomarse unas pequeñas vacaciones de su trabajo en la casa funeraria Tinker & McGuire, donde su diploma de la Universidad de Arkansas estaba colgado, orgullosamente, en una de las paredes de la oficina.

J.D. y David llegaron junto a ella justamente cuando una contracción hizo que se doblara.

—Vamos al hospital ahora mismo, cariño —dijo J.D. Aunque parecía calmado, tenía una mirada de preocupación en los ojos.

Casi doce horas después, Maggie le apretaba la mano a J.D, mientras la pequeña Faith Rossi McGuire nacía. Las enfermeras la limpiaron y se la entregaron a su papá.

A Maggie se le derramaron las lágrimas por las mejillas cuando vio a J.D. tomar en brazos a su hija. Él también tenía los ojos humedecidos.

—Ahora tengo a las dos mejores chicas del mundo, a las que les gusta montar escándalos en las reuniones familiares —murmuró, acariciándole suavemente la carita roja a Faith.

La enfermera les sacó una fotografía al padre y a la hija, con la cámara que Maggie le había dado de antemano.

J.D. apretó la fotografía contra la división de cristal durante la siguiente visita que le hizo a su abuela en el Women's Correctional Institute. Había mejorado mucho desde que había empezado a tomar la medicación adecuada contra la depresión. Su estado no tenía nada que ver con su crimen. Tanto los psiquiatras de la defensa como los del fiscal habían declarado que ella sabía diferenciar el bien y el mal cuando había matado a Eric.

Afortunadamente, el fiscal había pedido la mínima pena, debido a su avanzada edad. Quizá también se hubiera dado cuenta de que los miembros del jurado la habrían visto como si fuera su abuelita.

J.D. no estaba seguro de si ella podría aceptar alguna vez lo que había hecho. Tampoco creía que él fuera capaz.

La abuela miró la fotografía durante mucho tiempo. Finalmente, se agarró las manos junto a la barbilla y exclamó:

—Oh, es una McGuire de los pies a la cabeza.

J.D. sacudió la cabeza, pensando que algunas cosas nunca cambiaban. Pero, en aquella ocasión, se sentía feliz de estar fuera, mirando hacia dentro.

Fin